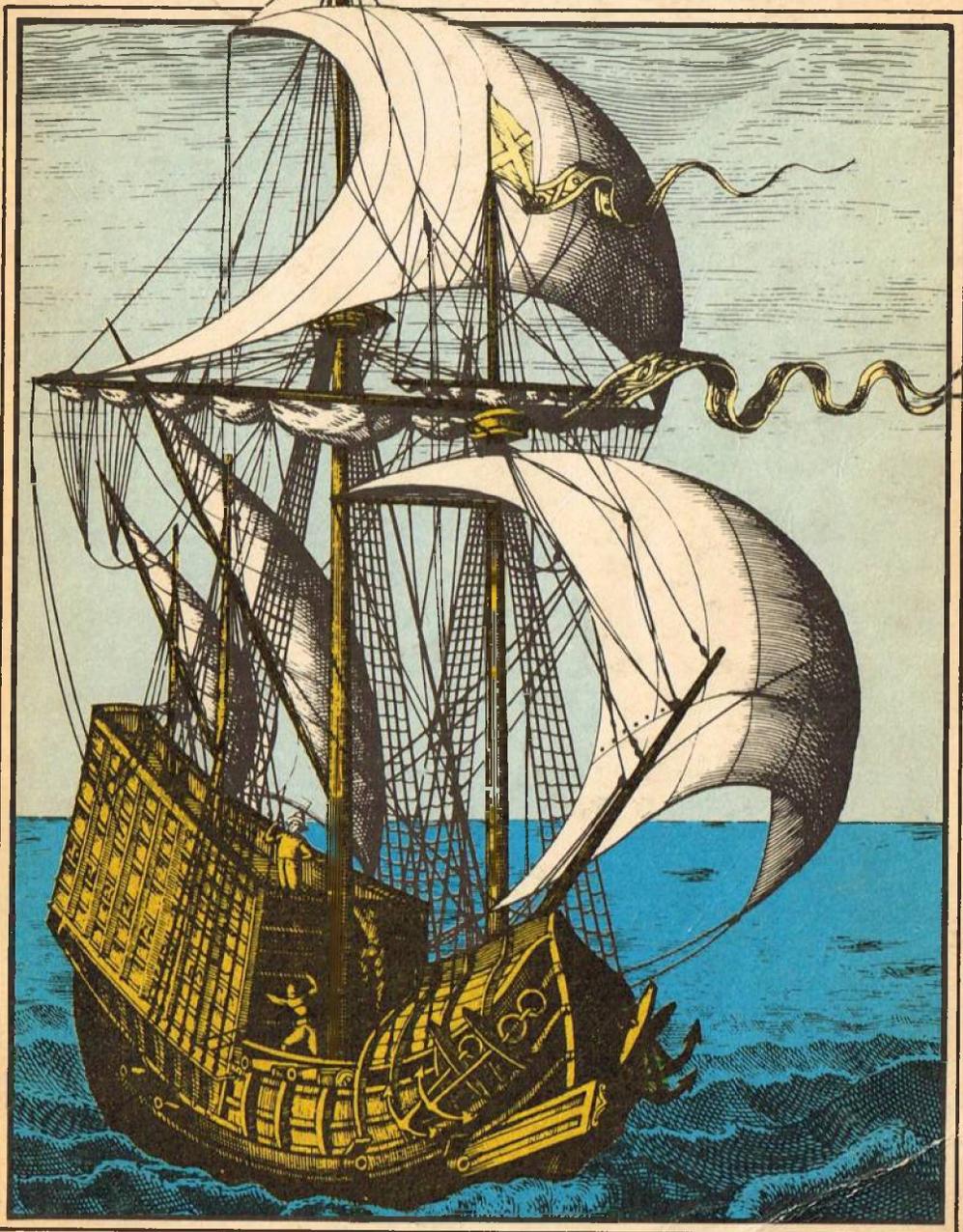


ARMIDA DE LA VARA

ITINERARIO



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

ITINERARIO

ARMIDA DE LA VARA

ITINERARIO



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Hermosillo 1985

Primera edición: 1985

PRÓLOGO

Al clásico intento por comprimir la historia de una vida en una obra escrita por el dueño de otra vida, le hemos dado siempre el nombre de biografía. Al intento propio por dar a los demás una historia personal que nadie nos ha pedido, le hemos dado un nombre que la dudosa calidad humana de los autopresentados ha hecho caer, últimamente, en el descrédito: la autobiografía.

Por otra parte, aquellos cuya aspiración es la de lograr una obra literaria que merezca trascender, parecen más propensos a la antología (hecha por otro escritor o crítico) aunque también los hay proclives a la antología personal que en este caso equivaldría a la autobiografía.

Quizá por eso, lo que aquí se intenta no quepa en el cauce semántico de ninguno de los conceptos anteriores ya que se trata de hacer un viaje de regocijo por las obras de una de las más sensibles escritoras sonorenses. Y como todo viaje ha de tener sus inevitables escaladas, *Itinerario* parece la palabra más apropiada para guiar al lector a través de una obra que arranca desde el lejano y tímido poema de juventud hasta la evolucionada obra de la madurez.

Ese es el camino por el que esa obra nos interna en el mundo imaginativo de Armida de la Vara (Opodepe 1926) quien, como todos los con-

PROLOGO

tagiados por el virus luminoso de las letras, comenzó a expresar sus ansias de “tocar lo intangible” a una edad todavía boreal. De esas ansias nació *Canto rodado*, un intento juvenil todavía poco logrado pero que encauza ya una intuición en pleno fluir que comienza por entonar un “canto a la vida/viéndola de frente” y ofreciéndole una sonrisa que pide le dure para siempre.

Es el impulso de la ansiedad positiva, cuando el dolor no se conoce todavía, pero se presiente, por lo que se promete abrirle la puerta cuando sea tiempo: “te abriré, no lo dudes”, le dice, porque le tiene pena, y porque lo intuye compañero en el “itinerario” de su vida.

Cuando las primeras realidades le auyentan las primeras ilusiones, clama desconsolada: “ya la vida toda se me hizo silencio” en un lamento prematuro porque siente que esas esperanzas juveniles ya no se recobran y se van como:

esas hojas
que revuelve el viento
y que poco a poco
se van deshaciendo

Finalmente recobra el ímpetu inicial y cierra el círculo de *Canto rodado* con el mismo llamado a la vida conque lo había comenzado porque todavía tiene las “alas codiciosas de cielo” y “la sandalia impaciente de rutas”.

Más tarde, llevada por la vocación, parece posponer por un tiempo la pasión por las letras y se dedica a completar su carrera de maestra. Investiga, escribe tesis, libros didácticos, ensayos, biografías, artículos, etc., hasta redondear una sólida profesión en la enseñanza y coronarla con la licenciatura en letras.

Entonces parece resurgirle la pasión creadora al mismo tiempo que la ha capturado el interés por la historia. Y se le agolpan juntas la intuición creadora y la inquietud didáctica llevándola a producir obras en los dos campos. Nace así *La creciente*, obra en la que se vierte ya una indudable madurez literaria.

Trozos de la vida de personajes “reales” de un pueblo típico de Sonora que juntos conforman la vida colectiva de una comunidad entera; microhistoria hecha con talento literario y sin digresiones costumbristas y descriptivas. Y todo, hecho con un dominio poco común de los modos del habla sonoreense que la autora conoce por vivencia y no por erudición.

En *La creciente* campea el hilo subterráneo, no confesado pero evidente, de un amor nostálgico por “el pueblo” en el que todos nacimos y todos sentimos abandonado en las primeras etapas de nuestro “itinerario”. Y ese amor se concreta en personas, en familias, en parajes; se percibe en recuerdos “que se huelen”: en cebolla, en sandía, en anís silvestre . . . y, paralela, transcurre una historia colectiva, con personajes definidos (que todos parecemos conocer) y con un hilo novelesco oculto tras una narración tersa y amena. Así se nos entrega algo mucho más interno y vivencial que una “monografía” de Opo-depe; una visión interior de una comunidad rural que sólo puede transmitir el talento.

Fuera de una tácita promoción de algunos valores cristiano-occidentales (caídos en descrédito desde hace mucho tiempo) y de una pasiva aceptación de ciertos prejuicios típicos (evidenciados más en la autora que en los personajes) esta

obra emerge como la más lograda en el trabajo literario de Armida de la Vara, y una de las pocas joyas en la no muy abundante producción literaria sonorensa.

Mas la obra que mayor repercusión ha tenido a lo largo y ancho del país es la realizada por Armida en la redacción de los Libros de Texto Gratuitos. Sus lecturas, adaptaciones y cuentos motivadores, así como la ingeniosa presentación de biografías de héroes nacionales y universales han llenado muchas páginas de los libros de Español y Lecturas. Como ella dice, el tener la oportunidad de escribir para los niños ha sido un gran privilegio, su tarea máxima y su diversión preferida.

Más adelante en su "itinerario", Armida de la Vara despliega un intenso trabajo centrado en obras históricas que nos dan frutos como *SONORA: vientos prósperos sobre el desierto*, que constituye uno de los trabajos más logrados entre todo lo que se ha producido en aras de la enseñanza primaria de la historia. Es el dato escondido tras la gracia, casi literaria, de la sencillez; tras el estímulo imaginativo que sustituye la odiada retahíla de fechas y de héroes con que se acostumbraba torturar nuestra indefensa memoria de niños. Monografía indispensable para los que comienzan su educación y para algunos que no están familiarizados con la historia de Sonora (aunque no estén ya muy jovencitos). La solemnidad ha sido desterrada de esta obra y el resultado tenía que ser el de una amenidad que sólo da el verdadero dominio de la palabra, y que sólo transmite el lenguaje llano y directo.

La oscilación de Armida de la Vara entre la literatura y la historia vuelve a confirmarse, ya

que su recurrente reincidencia en el mundo de la fantasía nos vuelve a entregar el conocimiento histórico envuelto en el fascinador mundo de la ficción. De esa vena nace *El tornaviaje* que no es sino una incursión fantástica en las épocas históricas en alas del tiempo literario. Y es que, entre las estrechas rendijas por las que el hombre atisba hacia el pasado y hacia su “otra realidad”, existen dos aberturas paralelas que aparecieron en el momento mismo en que el ser humano supo que tenía memoria colectiva: la literatura y la historia. Cuando empezó a interpretar la realidad de su tiempo por medio de un relato embellecido y ficticio basado en una experiencia individual, empezó a hacer literatura; cuando quiso explicar los hechos de trascendencia colectiva por medio de la exposición del contexto social que rodeaba esos hechos, comenzó a hacer historia. ¿Cuándo una se convirtió en arte y la otra en ciencia? Es asunto largo de explicar, el caso es que Armida de la Vara se asoma por entre ambas rendijas y por eso produce obra literaria y obra histórica alternadamente. O más bien, enseña historia a través de la obra literaria y hace literatura de la obra histórica. Por esos mismos caminos, este *Itinerario* intenta conducir al lector. Que sea, pues.

Gerardo Cornejo Murrieta

ARMIDA DE LA VARA Y ROBLES

Ya avanzado el siglo xx, con las galas de su modestia y de su juventud, Armida de la Vara y Robles llega tan airoosamente al campo lírico, que a los veintidós años de edad, en el cuarto Concurso del Libro Sonorense, se concede al suyo la más señalada distinción.

Despojada de esa lacra del espíritu que es la vanidad, lo titula *CANTO RODADO* (piedra que baja del cerro y que la corriente del río o del arroyo pulimenta), y en su contenido —versos alados y miniaturas en prosa— las complicaciones del pensamiento y de la forma, o, en otros términos, la extravagancia y la incomprendibilidad, ceden lugar a la sencillez, a la claridad y a la tersura, abriantadas por la originalidad de las ideas, entre las que se transparenta la limpieza de su condición moral.

Versos como para ser recitados lindamente a la sordina son gran parte de los suyos y en ellos, su inquietud espiritual se diluye paradójicamente en plácida serenidad:

No te aflija el árbol
que desnudo y seco
desafía al crudo,
riguroso invierno,
que por cada hoja
que prodiga al viento
brotará un renuevo;
que por cada queja,
que por cada acento
preñado de angustias,
por cada silencio,
brotará a la vida

otro canto nuevo.

.....
.....

No te aflija nada
por que si ahora sientes
que un dolor acerbo
se te clava dentro,
muy dentro del pecho,
piensa que mañana
ya no habrá más lágrimas
resbalando quedas
por tu cara pálida;
piensa que la vida
toda es armonía
que nunca descansa. . .

Evoca a la adorada madre ausente, y su tristeza se impregna de dulzura:

Si pudiera saber dónde te encuentras,
si escucharas mi grito
que en silencio te nombra noche a noche,
tú estarías conmigo.
Pero, madre, los cielos están mudos
y sordos a mi grito;
mi sollozo y mi pena no han podido
sacar de su mutismo
a la estrella que mira indiferente
el llanto que reprimo.

.....
.....

¿Qué acaso no es tu sangre esta mi sangre?
¿Acaso si respiro
y si pienso y si canto y si amar puedo
no es porque tu cariño
se hizo cuerpo para que yo naciera?

¡Oh, madre, no te olvido
porque vives en mí y en mí florece
de nuevo tu camino!

Y aun exhalando quejas de índole sentimental, su acento adquiere una suavidad que nos conmueve, como la voz del niño precozmente entristecido.

Esa lágrima es la mía
que resbala por tu cara;
ese suspiro es el mismo
que de mi pecho escapara,
y esa risa con que encubres
lo que dentro de tu alma
se retuerce palpitante
atormentando la entraña,
es igual que mi sonrisa,
es igual que mi esperanza:
¡toda llena de horizontes
y castigada de lágrimas!

Pero, ¿a qué seguir enumeración y comentarios? Abra el lector el libro, con la delicadeza con que a veces entreabrimos la corola de una rosa para aspirar mejor su perfume, y recorriendo sus páginas se convencerá por sí mismo

de que Armida es una magnífica promesa para el prestigio intelectual y artístico de nuestro Estado.

La trayectoria de su vida se inicia el primero de enero de 1926 en Opodepe, donde abrió los ojos a la luz.

Opodepe es un pueblo pequeño —2600 habitantes— en cuyas viejas calles florecen diariamente la quietud y la melancolía. Antiguo asien-

to de la tribu de los ópatas, indios mansos absorbidos casi totalmente por el mestizaje, se siente orgulloso de su hija en cuyos altos destinos tiene fe. La hija predilecta que después de haber cursado con aprovechamiento el cuarto año en la escuela del solar nativo, fue llevada por sus padres a Hermosillo, para que allí continuara sus estudios.

Transcurre corto tiempo, y la vemos en la Escuela Secundaria; entra luego en la Escuela Normal de la Universidad, y obtiene el título de maestra; y un día, cuando apenas ha cumplido dieciocho años, recientemente traspasados los linderos de la pubertad, publica los primeros versos en que se insinúa la poetisa que habrá de conquistar sitio distinguido entre los artífices de la expresión y que se encamina a paso firme a las cumbres de la fama, bajo el signo de la Victoria.

Con las últimas palabras cerraría las líneas desmañadas del ensayo que atrevidamente me propuse escribir, si no me lo impidiera la urgencia de exponer que antes de empezarlo, para eludir escrúpulos retóricos me puse en guardia contra el dómine pedante que me asalta algunas veces y se apodera de mi pensamiento y de mi voluntad, y principalmente si no fuera porque quiero declarar que el trabajo producido, fue realizado con el único propósito de ofrecerlo, en prenda de alta estimación, a la gentil Armida de la Vara y Robles, dueña de mi simpatía y amiga de toda mi predilección.

Guaymas, Sonora, 6 de octubre de 1948

Alfonso Iberri

CANTO A LA VIDA

Has escuchado el ritmo de la vida
y sientes su latir sabio, perenne,
palpitar hasta en la tierra que pisas,
haciéndose sentir hasta en la muerte,
porque la muerte es símbolo de vida
que se transforma y brota nuevamente.
La vida no permite estancamientos
ni en la materia que se dice muere;
tu cuerpo ha de saber dentro de poco
cómo brota el botón, cómo florece
la planta que a la aurora despereza
en eclosión de luz su cuerpo verde;
sabrás de lo secreto de ese impulso
pues será tu materia dizque inerte
la que forme el tejido y la celdilla
donde la vida en savia borbotee;
escucharás su canto por las noches
y verás las estrellas nuevamente
y sabrás el milagro: lo perenne
de lo que fue tu risa y tu mirada
reviviendo en la flor cuando amanece,
vibrando ya en el día, ya en la noche,
siendo renovación, lo que no muere,
lo que continuamente se transforma,

ITINERARIO

lo que a pesar de todo no fenece.
¡Oh gran sabiduría de la vida
dame tú la Verdad! Tú que la tienes
en la luz y en la sombra, en el contraste
de todo lo que existe, en la solemne
majestuosa canción de los abismos,
en la paz del mediocre, en la rebelde
crispación del creador que te renueva
en la nota gentil donde te vierte,
en el verso flexible o en la mole
que entre sus manos tórnase viviente.
Toda tú eres canción y ritmo y nota
hecha transformación; nada detiene
tu latir armonioso, acompasado,
que mueve mundos y organiza seres;
y hoy sube la oración hasta mis labios
por saber del milagro de tenerte:
¡Oh, Vida toda luz y toda canto
deja que de rodillas te venero!

ANSIEDAD

Ven, refrena mis alas
codiciosas de cielo
y cierra el horizonte
a todas mis miradas;
detén mano con mano
estas mis manos ávidas
de tocar lo intangible,
de abrir puertas cerradas,
de palpar en la bruma
y escudriñar las almas.
Enséñame el lenguaje
de las cosas calladas

engreídas de sombra
sin amor ni esperanza,
y estrangula mis voces
y tritura mis alas;
oscurece mis cielos,
destroza la sandalia
impaciente de rutas,
y ciegos de alboradas
transfórmame los ojos
abiertos a mis ansias.
A pesar del silencio
seré una nota blanca
en medio de las líneas
de un negro pentagrama,
a pesar del silencio
señalaré la pauta
de mi cantar recóndito:
reír de notas blandas,
y el indecible anhelo
de sorprender las auras
y poseer los cielos.
Salvaré la distancia
cortando el infinito
y mis alas quebradas
renovarán el vuelo
que tu mano truncara;
abarcaré la vida
toda de una mirada
y teñiré de auroras
éstas mis manos ávidas
de tocar lo intangible,
de abrir puertas cerradas,
de palpar en la bruma
y escudriñar las almas. . .

RENACER

Ya no tengo más versos que ofrecerte,
¿qué no ves? ya mi lira destrozada
calló de sus cordajes la armonía
aún vibrantes en cantos de esperanza.
Ya no tengo más versos que ofrecerte,
mi labio inerte ya no canta a nada.
El poeta calló y era la noche
manto de sombra obscureciendo su alma,
ni la luna girando lentamente
apresaba como antes su mirada.
Está muda la lira que otro tiempo
rierá al influjo de la noche blanca.
Es su roto cordaje cual arteria
donde la vida antaño borboteara
en ardiente canción color de sangre;
arteria antes vibrante, ahora trizada,
callada ante la noche que la envuelve,
muda ante las estrellas y las auras.
Vino el día siguiendo en su carrera
a la noche que astuta se escapara
y en su vértigo loco va y tropieza
contra el manto de sombra que desgarró;
todo inunda de luz el nuevo día
mas la yacente lira ya no canta.
Esperemos la luz de otras estrellas,
esperemos la luz de otra mirada,
la serena caricia de otra noche,
la milagrosa claridad de otra alba;
despertará la lira, que ahora engendra
otro canto la entraña desangrada.
Despertará a la luz de otros celajes,
levantará su voz a la esperanza;
resonarán sus ecos en el cosmos
y reirá el cordaje que ahora calla;

que si la sombra se hizo en el camino
ha de hacerse la luz en la nueva alba.

NO...

No escudriñes jamás en otros ojos
buscando mi mirada
porque en cuanto más busques, más difícil
te será el encontrarla.
Nadie te ha de mirar cual yo lo hacía:
con los ojos del alma.
Ya no busques mi acento en otras voces
pues todas las palabras
que otros labios pronuncien, no te dirán
lo que mis labios callan:
silencio que aún viviendo entre penumbras
engendra la esperanza.
No busques la caricia de mis manos
—esa caricia blanca
prolongación de mi ternura suave
que nunca exige nada—
en la caricia ardiente de otras manos
porque no has de encontrarla.
No me busques jamás por los caminos
de torcidas palabras;
búscame en la montaña, donde el aire
trasciende aromas claras;
donde seres y cosas, en silencio,
ven la vida que pasa.
Búscame en esa nota que, discreta
cuando todo está en calma
viene a tu encuentro suave, dulcemente,
y a tu ser acompaña
feliz de darse toda a tus oídos,
a tu vida y a tu alma.

MADRE

Si pudiera saber dónde te encuentras
en cielo o en abismo;
si escuchara tu voz así como antes
iría al infinito
hurgando las tinieblas y los cielos,
pero iría contigo.
Si pudiera saber dónde te encuentras,
si supiera el camino
que separa mis brazos de tus brazos,
si escucharas mi grito
que en silencio te nombra noche a noche,
tú estarías conmigo.
Pero, madre, los cielos están mudos
y sordos a mi grito;
mi sollozo y mi pena no han podido
sacar de su mutismo
a la estrella que mira indiferente
el llanto que reprimo.
Pero sé que tú me oyes ¡cuántas veces
tan cerca te adivino
que te siento llegar muy dulcemente
y aunque no te haya visto
vibras en mí, en mi alma y pensamiento,
y vives si yo vivo.
¿Qué acaso no es tu sangre esta mi sangre?
¿Acaso si respiro
y si canto y si pienso y si amar puedo
no es porque tu cariño
se hizo cuerpo para que yo naciera?
¡Oh, madre! no te olvido
porque vives en mí y en mí florece
de nuevo tu camino;
y aunque te halles muy lejos, muy distante,
en cielo o en abismo

yo sé que estás conmigo y que me escuchas,
 que desde el infinito
 rasgando cielos y cruzando mundos
 vienes si yo te grito;
 adivino tus brazos siempre abiertos
 en busca de los míos;
 adivino tu voz y tu mirada
 en todo lo que miro;
 palpitas en la noche y en la aurora
 y tu nombre bendito
 lo repiten los cielos y la tierra,
 la risa y el suspiro,
 y mi labio balbuce como siempre:
 ¡Mamá, yo no te olvido! . . .

DÉJAME LA RISA

Ni oros ni sedas
 ni joyas ni gloria,
 sólo mi sonrisa;
 así engalanada
 toda de alegría
 aunque nada tengo
 pienso que soy rica,
 rica porque entono
 mi canto a la vida
 viéndola de frente,
 Abiertos los brazos
 sintiéndola mía.
 espero la dicha,
 abiertos los brazos
 espero la herida,
 regando a los aires,
 al sol y a los vientos

ITINERARIO

toda mi alegría,
porque ellos reparten
a los horizontes
mi canción en trizas;
y es como si diera
a los nuevos cielos
algo de mí misma;
como si brindara
convertido en notas
mi cuerpo en cenizas.
¡Oh dación sublime
que me desintegra!
¡Suprema alegría
de saber que existo,
que río y que canto,
que creo en la vida!
Señor de la tierra
de cielos y mundos,
Tú que todo brindas:
la luz y la sombra,
la vida y la muerte,
¡déjame la risa,
la risa tan sólo!
No te pido nada,
sólo mi alegría
para deshacerla
y dar a los cielos
algo de mí misma;
para devolvarte
regado en el cosmos
mi cuerpo en cenizas...

DESPUÉS DE TODO

Después de todo . . . ¿qué?
siempre queda en nosotros
un secreto anhelar
algo que no se ve;
todo lo que es lejano
nos hace suspirar;
queremos lo que en vano
tratamos de tocar.
Y te afanas, y rudas
son las sendas holladas
por quererlo alcanzar;
las mayores locuras
son por tí perpetradas
por sentirlo verdad;
y la ilusión esquiva
que de tí se burlara,
la promesa que altiva
desangrar te mirara,
se te brinda hoy en forma
de bella realidad.
Tocas hoy lo que antaño
noche a noche soñarás;
sabes que es sólo un año
lo que un siglo creyeras;
sabes hoy en tus manos
lo que jamás tocaras:
los ensueños lejanos
y las dulces quimeras
que ahora son realidades;
lo que al principio fueran
inmaterialidades
se han trocado en verdades.
Sientes luego el hastío
de las cosas logradas

ITINERARIO

y te vas como el río:
caminando ligero
tras las cosas soñadas.
¡Oh, fatal desvarío
de anhelar lo lejano
y de sentir hastío
de lo que hay en mi mano,
de lo que a duras penas
he logrado hacer mío!...
Y después de eso... ¿qué?
siempre queda en nosotros
un profundo desear
algo que no se ve;
todo lo que es lejano
nos hace suspirar;
queremos lo que en vano
tratamos de tocar.
Después de todo... ¿qué?

RENUEVOS

No te aflija el árbol
que desnudo y seco
desafía al crudo
riguroso invierno:
que por cada hoja
que prodiga al viento
brotará un renuevo;
que por cada queja,
que por cada acento
preñado de angustias,
por cada silencio,
brotará a la vida
otro canto nuevo.

No te aflija el labio
que obstinado y terco
guarda de tus penas
todos los secretos;
porque cada instante
que vive en silencio
lo vive engendrando
todo un canto pleno
de notas y risas,
de armonías lleno.
No te aflija nada
porque si ahora sientes
que un dolor acerbo
se te clave dentro,
muy dentro del pecho.
piensa que mañana
ya no habrá más lágrimas
resbalando quedas
por tu cara pálida;
piensa que la vida
toda es armonía
que nunca descansa
y tú eres el germen
donde ella radica,
donde ella florece,
donde ella trabaja . . .

MELANCÓLICAS

¡Oh, la sonrisa que aflora
a fuerza de soledad!
Camino de penas hondas,
¿a dónde me llevarás?

ITINERARIO

Ternura que se desborda
y tras el aire se va
deshaciéndose en las sombras,
¿ya nunca retornarás?
¡Oh, caricia que rescolda
sus ansias para volar
y que en dolor se me ahonda!
¿Cuándo me abandonarás?

Veredas que se prolongan
sin llegar a la verdad;
terco dolor que me agobia,
¡déjame, al menos, soñar!

¡Oh, la cantiga sonora
que no volveré a entonar!
Silencio —figura torva—
¡ya no me atormentes más!

Cariño que te me antojas
cadena para llorar;
camino de penas hondas,
¿a dónde me llevarás? . . .

DESCONCIERTO

Y no sabré jamás si fuiste sombra
o luz en mi camino,
tu amor siempre será emoción amorfa,
sin borde, sin principio,
sin límite y sin fin, como las cosas
de rasgos imprecisos
que se mueven, que danzan cual las olas

de mares infinitos
 y que al querer asirlas se transforman
 bajo un cielo distinto.
 ¿Has sido luz en mí? ¿Has sido sombra?
 Quizá no he comprendido
 el ansioso vagar de tu alma sola,
 no he medido el vacío
 de ese vivir desierto que te ahoga
 haciendo tornadizo,
 inconstante el andar de tu alma absorta
 que nunca he conocido.
 Y así jamás sabré si fuiste sombra
 o luz en mi camino,
 tu amor siempre será emoción amorfa
 sin borde, sin principio,
 sin límite y sin fin, como las cosas
 de rasgos imprecisos
 que se mueven, que danzan cual las olas
 de mares infinitos
 y que al querer asirlas se transforman
 bajo cielos distintos. . .

SONORA

Con ecos de abismo resuena la lira
 y el mar tormentoso sus olas retira
 porque nazcas grande; cantan las sirenas
 y sus voces quedan al aire prendidas
 vibrando en las rocas, y al mar confundidas
 mueren quedamente besando la arena.

Tú fuiste engendada por cantos, Sonora,
 cantos que acarician, música que llora,

ITINERARIO

notas arrancadas del monte y del mar,
del azul del cielo y del abismo obscuro,
parece que fuiste creada al conjuro
de una oración queda o un leve cantar.

¡Sonora es mi tierra! Sonora la bella
que tiene por techo miriadas de estrellas
que allá, en la azul comba, se ven parpadear,
sus mujeres tienen ternura en los ojos
y en el pecho fuego, y en los labios rojos
siempre una sonrisa se ve jugar.

Yo soy de ese barro con llanto mezclado
de que tú estás hecha; tú me has modelado
arisca y rebelde, tranquila y serena,
tus mismos contrastes los llevo en el alma:
borrasca en la cima y en los valles calma,
rebelde en la lucha y tranquila en la pena.

Y tengo los brazos color de la arena
que hay en tus desiertos, mi frente morena
sabe ya del rictus que marca el dolor,
de ese gesto adusto que hay en tus montañas
que el cierzo flagela, y cuyas entrañas,
cantan, sin embargo, salmos al amor.

¡Sonora es mi tierra! . . . Mi dulce Sonora
que atrae y subyuga, y que cuando llora
su llanto enjugamos con el corazón;
para tí es mi canto pues de tí he nacido,
pronuncié tu nombre en el primer gemido
y ha de ser tu nombre mi postrer adiós.

POR TODOS

Por toda tristeza que en el mundo rueda,
por todo sollozo que en el alma queda,
por la queja leve, por el quedo grito,
por los ecos tristes que cual vagabundo
sin amor ni techo gimen por el mundo,
por toda miseria, llorar necesito.

Por esa hoja seca, hoja desprendida
que sin rumbo fijo rueda por la vida,
por las alas rotas que hasta el infinito
volar pretendieran, y cayeron mustias,
por el amor falso trocado en angustias;
por todo lo triste, llorar necesito.

Por lo que se ha muerto, por lo que se ha ido
por el trino inútil, el canto fallido,
por la nota dulce que cual débil grito
se arrancó a la musa, y jamás fue oída;
por la frase tierna, la frase perdida;
por toda nostalgia, llorar necesito.

Por aquel sollozo que arrancó la pena
a la madre amante, a la mujer buena,
por aquellos seres con sed de infinito
que pierden su vida, y ven su destino
cual garra que estruja la flor del camino;
yo, por todos ellos, llorar necesito.

SIMILITUD

Esa lágrima es la mía
que resbala por tu cara,

ITINERARIO

ese suspiro es el mismo
que de mi pecho escapara,
y esa risa con que encubre:
lo que dentro de tu alma
se retuerce palpitante
atormentando la entraña,
• es igual que mi sonrisa,
es igual que mi esperanza:
toda llena de horizontes
y castigada de lágrimas.
Tu dolor es como el mío,
mientras más hondo más calla,
más se acurruca en la sombra;
es cual torre sin ventanas
que silenciosa se yergue:
por fuera del muro, calma,
y por dentro las tormentas,
y por dentro las borrascas.
Y así dejo una sonrisa
a cada gente que pasa
quizá ocultando una pena
quizá escondiendo una lágrima,
siendo tal vez cual la torre
de las ventanas cerradas.
Tu dolor es como el mío,
tu esperanza es mi esperanza:
toda llena de horizontes
y castigada de lágrimas. . .

VIEJO AMIGO

¡Oh, dolor! no me grites
para que abra la puerta,
terco dolor, no grites. . .

Yo bien sé que el camino
tiene muchos gujarros
y que nadie te espera,
yo bien sé que a tu paso
toda puerta se cierra
y te quedas temblando
por la angustia del frío
—negra nota de espanto
a mitad del camino—.
Ya no grites, aguarda
solamente un instante,
deja que la esperanza
que adivina el llamado
salga por la ventana;
ya no sigas gritando
ni agitando las alas
contra el duro madero
de mi puerta cerrada;
te abriré, no lo dudes,
sólo espera a mañana
cuando venga la aurora
con sus galas rosadas;
te abriré, no lo dudes,
sólo espera a que mi alma
se acostumbre a la idea
de la nueva jornada
que hará junto contigo.
Ya no temas, fantasma,
por los fríos inviernos
ni las noches heladas,
yo te abriré la puerta
para que entres a casa
ya que nadie te quiere;
encendí una fogata
para cuando llegaras
¡mira cómo las llamas

ITINERARIO

han pintado de rojo
la pared de la sala!
Pero pasa, no temas,
mírame cara a cara,
te recibo contenta,
viejo y triste fantasma,
te recibo contenta
¿qué no ves? . . . la esperanza
se ha fugado ligera
por la abierta ventana
pero yo me he dejado
una sonrisa franca
y una mano extendida
para cuando llegaras;
no te extrañe mi gesto,
era que te esperaba.
Ya no sigas gritando
ni agitando las alas
contra el duro madero
de las puertas cerradas;
ven y siéntate al fuego,
que has llegado a tu casa;
ven y siéntate al fuego,
sueña, espera, descansa . . .

¿DÓNDE ESTÁ LA PAZ?

Dime, Padre mío, Tú que todo sabes,
Tú que tienes todo —posees la Verdad—
si hay paz en el ala inquieta del ave
que hiende las sombras en la inmensidad.

Dime, Padre mío, Tú que tienes hechas
las piadosas manos para acariciar

si hay amor en lo hondo de todas las brechas,
si hay paz en la cima que hemos de escalar.

Si entre los aullidos de los lobos-hombres
se esconde la nota que dice tu nombre
—la divina nota que perdida va—;

dime que en las garras del dolor que ruge,
en la leve queja del árbol que cruje
ahí están tus huellas, que ahí está la paz.

LA MADRE TIERRA

Hermano labriego, rotura la tierra
que toda ella es vida;
que tu pie desnudo sepa del latido
con que ella palpita;
recuesta tu cuerpo cansado en el negro
terron de tu milpa,
y mira a los cielos, para que conozcas
toda la alegría
de saber que el surco, ese surco humilde,
da la más precisa
lección de la vida: que toda ella es canto
que nunca termina.
Ama cada fruto y cada hoja seca
y cada semilla
que tu honrada mano ponga bajo tierra,
ama cada espiga
que al cielo levante su escultura esbelta;
brinda una sonrisa
al cielo y al viento y al sol que madura
el grano que un día
amorosamente cubriste con tierra

ITINERARIO

negra de tu milpa.
Hermano labriego, en la noche oscura
la tierra suspira;
las frondas escuchan ese extraño acento
de milagrería,
es que el germen brota y en el seno pródigo
el grano se hincha
con las crispaciones y el cantar interno
de la vida misma.
Hermano labriego, la tierra se queja
cual mujer encinta;
cuida de su fruto, pues tú sabes cómo
de tí necesita,
y cuando tú mueras verás cómo entonces
ella te cobija
y amorosamente hace de su seno
una blanda cripta
para que reposes, y cómo en las noches
brota su cantiga
para que tú duermas, y hace de tu cuerpo
una nueva espiga
que diga a los aires: la tierra es mi madre,
mi madre querida . . .

NIEBLA

Tus palabras de antaño se me han ido
fundiendo en el silencio;
se me pierde en la nada tu caricia,
se desvanece el gesto
de ternura sutil que me brindaste
en visiones de invierno,
y el impalpable afán de tu presencia
se me vuelve recuerdo.

Para rehacer tu cara y tu figura
 es preciso un esfuerzo
 que rebota incansable contra el muro
 tenaz de tu silencio.
 ¡Cómo duele que así, a pesar de todo
 vaya mi amor perdiendo!
 que la pregunta insomne se me vaya
 diluyendo en un eco
 que miro deshacerse en los espacios
 forjados por mi anhelo!
 Quiero encontrarte en mí y en vano han sido
 la lumbre de mi verso
 y el ademán grotesco de mis brazos
 abiertos a los cielos.
 ¡Cómo duele que así, a pesar de todo
 vaya mi amor perdiendo!

SILENCIO

Ya la vida toda
 se me hizo silencio
 por las ilusiones
 que han ido muriendo;
 por lo que antes tuve
 y que ya no tengo,
 por lo que fue un día
 y no sigue siendo.
 En la vida mía
 se ha hecho el silencio
 y a pesar de todo
 prosigo viviendo
 con el alma absorta
 dentro de mi cuerpo
 persiguiendo sombras

ITINERARIO

que se lleva el viento,
—hojarasca magra
novia del invierno
que danzando en rondas
se va deshaciendo—.
¡Cómo su murmullo
rellena el silencio!
¡Cómo cuando pasa
se recuerda el eco
indeciso, absurdo,
delicado y tierno
de su paso leve,
y cómo en invierno
cuando calla el labio,
cuando duerme el verso
cual paciente larva
ansiosa de vuelo,
se nos llena el alma
del murmullo incierto
de ese roce leve,
delicado y tierno!
Son alas que sueñan
con tocar el cielo
alas que se arrastran
juguetes del viento
y que poco a poco
se van deshaciendo.
Ahora que la vida
se me ha hecho silencio
por las ilusiones
que han ido muriendo;
ahora que persigo
con mis ojos ciegos
anhelantemente
un trozo de cielo;
ahora que a mis manos

retuerce el recuerdo
de las cosas bellas
que raudas se fueron,
pienso en esas hojas
que revuelve el viento
y que poco a poco
se van deshaciendo. . .

HERMANA

Hermana . . .
la de los largos silencios
y de la corta esperanza,
la que atisba tras la reja
o acodada en la ventana
se pasa las horas muertas
viendo las nubes que pasan,
soñando no sé qué sueños,
o contando las bandadas
de patos, que al cielo bordan
puntos de cruz con sus alas.
Hermana . . .
la de los ojos profundos,
la de la ignota mirada
azul, como son los lagos
que al alto cielo retratan,
¿qué miras todas las tardes
acodada en la ventana?
—Miro los niños que ríen
y la juventud que canta;
estudio sobre los rostros
las inquietudes del alma,
y aquí, tras la reja fría
miro la vida que pasa

ITINERARIO

con su alforja de tristezas,
con su cruz y con su espada,
con su gárrula alegría
y con su angustia callada.
¡Cuántos misterios encierran
cada risa y cada lágrima!
¡Cuántos dolores ocultos
pasan frente a esta ventana!
Hermana . . .
la de los largos silencios
y de la corta esperanza,
dame tu mirar profundo
para taladrar las almas,
para escudriñar los rostros
y ver, tras una ventana
toda la vida que pasa
riendo, y sorbiendo sus lágrimas . .

SI PUDIERA IR

Si pudiera ir allá, donde el monte se une al
cielo, ¡Qué goce profundo de tocarlo con mis
jo del sol que ya se va o en una partícula de ese
azul que nos rodea! ¡Cómo mis dedos se teñi-
rían con los colores del arco iris y cómo me
inundaría de luz!

Si pudiera ir allá, donde el monte se une al
cielo . . . Mi cuerpo se trocaría en algo etéreo,
en algo invisible que ascendiera poco a poco,
sin saber a dónde, dejando abajo los flecos do-
rados de las nubes y el rubor del sol que se
oculta a las miradas ávidas de los hombres . . .

Si pudiera ir allá, donde el monte se une al
cielo . . . Me vestiría de sutiles gasas, sería un

átomo, un algo pequeñito que no se deja ver, pero que se siente. Podía llegar a ser una brisa que suspira y ríe al pasar, podría ser un aroma indefinible en una flor exótica; sería algo que no se ve, pero que se siente, si pudiera ir allá, donde el monte se une al cielo. . .

LA ESTRELLA

Hoy he mirado a los cielos, y brillando como lentejuela en negro ropaje, he descubierto una estrella, grande, grande, parpadeante, inquietamente esplendorosa. ¿O es que también las estrellas sienten frío?

¡Qué majestuosa serenidad la de la noche! . . . Si escuchamos con atención van atenuándose los ruidos de la calle y se percibe una melodía distinta: la melodía de los astros que ruedan incansables con su misteriosa y acompasada serenidad. ¡Qué bueno es saber que en el cielo hay siempre una estrella brillando para nosotros!

Abajo la tierra convulsa e insomne no encuentra su rumbo. Las tendencias contrapuestas chocan, y los países, enfermos de avaricia, enseñan los dientes al sonreírse, y con la elegancia de la inclinación diplomática se encubren los más ruines designios. ¡Y cómo es bueno, por las noches, abrir la ventana y pensar que, a pesar de todo, hay sobre el cielo una estrella que brilla para nosotros! . . .

DA GRACIAS

Te has detenido un momento y has pensado: ¿Qué quiero? ¿Qué pediré a la vida? Y has formulado una larga lista de las cosas que desees tener. No has pensado nunca inquiriendo al destino: ¿Qué tengo? Preguntas siempre: ¿Qué quiero? No ha habido en tí el gesto blando para dar gracias por lo que posees; tienes salud, los colores han aflorado a tu rostro y no has pensado que sea eso una merced; tu sonrisa es fácil, brota de repente espontánea y clara; arde en tí la juventud con todos sus privilegios y no has pensado darle gracias a la vida por rodearte así de sus mejores dones. Si la obscuridad se hiciera en tus ojos bendecirías sin duda al destino por permitirte escuchar el acento dulce de una voz familiar, por sentir sobre tu rostro el aire tibio de la tarde, por poder acariciar los sedenos rizos de una cabecita amada. Pero tú que tienes el camino abierto, firme y seguro el paso, tú que sientes la vida borboteando en cada latido; tú que amas, que amas plenamente, que ves y oyes, que acaricias y cantas, preguntas siempre a la vida: ¿Qué te pediré?

DENTRO DE TÍ

Todo lo llevas dentro de tí: la nota dulce y la rebelde, la brisa modesta —la de sonrisa tenue— y el huracán rugiente de ecos atronadores. El cordaje que diga todo o que todo calle, que lllore o ría, que grite o cante.

Haz de tu vida lo que quieras. Reúne los ar-

pegios armoniosos que llevas dentro y forma una melodía llena de paz y ternura, llena de amor y consuelos.

Sorprende entre el arrebatado estruendo del huracán el eco suave, y con avaricia guárdalo muy dentro para tu consuelo, cuando estés triste.

¡Y pensar que todo lo llevas dentro de tí!

EL GRAN PRIVILEGIO

Has descubierto que amas y con esa certidumbre un raudal de armonías desconocidas que llevabas dentro, ignoradas por tí. No has pensado que quizá no te amen, no has pensado que quizá te repudien, sólo has escuchado ese cantar encerrado en tí como se recata la perla, escondida y profunda. Fue como si de pronto se abriese una ventana que permitiera al sol entrar a la habitación oscura, ignorante de luz, y que al recibirla sintiérala bella y buena.

Sólo has pensado en la gloria de amar, no en la satisfacción de sentirte amada. ¡Tu puedes amar! ¿Sabes que eres una privilegiada? Las almas torvas no aman jamás, no gustan por eso ni de la luz ni de los cantos, vegetan en la sombra como engendros de ponzoñosas entrañas; se ocultan como fantasmas que viven sólo al abrigo de las sombras y que a la primera luz de la aurora desaparecen. ¿Te das cuenta? ¡Tú puedes amar! No prostituyas ese sentimiento preguntando si te aman. ¿Y si te odian? Es de Dios amar a quien nos odia. Regocíjate, empápate en la alegría de saber que amas, siéntelo profun-

damente como un privilegio, que no a todos les es permitido amar.

ARMONÍA

Grita a la vida tu alegría y ella te contestará sonriendo. Piensa que la vida no vale la pena de vivirse, y todo te parecerá negro y escueto.

Todo lo llevas dentro de tí. Sólo en tí radica la posibilidad de la dicha o la desdicha. El perenne devenir de las cosas gratas o ingratas tiene su razón de ser.

No pienses al sufrir: —¿Y precisamente a mí tenía que suceder esto? Todo se te da en la medida en que lo necesitas. Ni un minuto de dicha se te prodiga de más. Ni un minuto de pena se prolonga por ser tú quien lo resiste. Todo es armonioso. Fuera de tu capacidad de gozar o de sufrir, nada te es dado.

Las sociedades sufren un movimiento penoso. Cada tendencia choca con la opuesta; pero ese movimiento es necesario para que se haga la Armonía, dueña y señora del cosmos.

Grita a la Vida tu alegría y ella te dará su sonrisa.

NO TEMAS

Alma mía, no seas como la flor que se agosta prematuramente sin antes haber hecho la dádiva de su perfume, sin antes haber hecho, a la

brisa que pasa, la caricia aromática prometida. Aprende a penetrar hasta los dolores más negros y amargos, y sacar una gota de almíbar, una chispa luminosa. Allá, en lo más profundo del dolor hay una gran paz y una tranquilidad tan perfecta que te admiras de haber injuriado tus largas horas amargas, pobladas de insomnio, que te hicieron conocerla y gozarla. La vida te obliga a tocar el aldabón de la casa donde moran las penas. Te abren, te ves impelida a caminar por sendas tortuosas, y te maravillas de encontrar al final del pasillo obscuro y retorcido, henchido de misterios, un jardín con tantas rosas y tantos armoniosos murmullos. Penetra en esa morada, alma mía, y no temas. Penetra con valor sin mirar medrosamente hacia los lados. Llevas una armadura que detendrá todos los golpes que quieran asestarte. Ve gozosa por esa senda, alma mía, que al fin encontrarás lo que anhelas: un lugar solitario y perdido, poblado de armonías y de trinos, donde humildemente, dejando la espada a un lado, podrás sentarte a pensar.

CREO

Estamos organizados para creer, y así el creó brota espontáneo de nuestros labios. Uno a uno van cayendo sobre nuestros hombros fardos de incomprensión y aún en la mirada hay fe y de los labios trémulos a fuerza de elevar plegarias, florece un creó. Y así lo dicen al retratarse unos ojos en otros, al unirse dos manos tibias y bue-

ITINERARIO

nas, y así cuando se eleva la oración estrujada de angustias, con notas temblantes de fe: ¡Creo en tí! Creo en tu fortaleza y en tu valor —contraste hiriente con mi cobardía— en tu mirada serena y límpida hay que creer para saber de los tesoros de fe que en ella bogan; creo en la sabiduría de tus manos que tejen incansables guirnaldas de comprensión y amor; y creo encontrar un asentimiento a mi súplica, esclava de tu propia fe: ¡Déjame sólo que crea en tí!

FIAT

¡Hágase la luz! Y la luz se hizo. Y rasgando la oscuridad una ráfaga luminosa fue esclareciendo la bruma espesa que como un velo de luto envolviólo todo. ¡Fiat!... Y se hizo. Y conocimos el contraste.

Desde los tiempos bíblicos fue preciso conocer la luz, que al conjuro de ese Fiat inmenso, eternamente grande brotó de la nada, para saber que se vivía en tinieblas. Y hoy sabemos que reímos porque hemos llorado; y hoy sabemos que la alegría es, porque hemos probado el dolor. Y huimos de las tinieblas, del dolor y de las lágrimas, cuando por ellas aprendimos que hay claridad, alegría y risas...

¿QUÉ HABRÁ MÁS ALLÁ?

¿Qué habrá más allá, detrás del monte? Traspueta esa sierra, ¿qué habrá más allá? Después

de la fatiga del ascenso debe haber una gran alegría de descender al valle soleado y tranquilo que sin duda será después de traspuesta esa sierra. Debe haber una brisa pródiga en perfumes y una alfombra muelle que invite al descanso. Debe haber un cielo muy azul y un silencio rumoroso que invite a pensar.

¿Qué habrá más allá?

Quizá haya rocas escarpadas y voraces abismos que acechan a los que se aventuran, o negras simas que atraen a los incautos, o huracanes que furiosos arremeten contra todos los obstáculos que osan oponerse a su paso, o extensos desiertos de abiertas fauces y ojos incandescentes que engañan formando oasis ondulantes.

¿Qué habrá más allá?

¡Cómo quisiera agigantar mi paso, trasponer esa sierra, atravesar lagos y llanos y desiertos, y sentir que el huracán me ciega y que el sol arde sobre la caldeada arena, que las lianas del bosque ciñen mi cuerpo para no dejarme escapar, sentirme empapada por la lluvia, temblar ante el horrísono estruendo del rayo que desgaja el árbol corpulento, sufrir y gozar con auras fugaces y con el dorado milagro de los ocasos, para al fin no tener que preguntarme constantemente: ¿Qué habrá más allá?

GRACIAS

Hoy que tengo una pena es día de dar gracias, pues están luchando en mí dos fuerzas que,

latentes, no habían tenido oportunidad de mostrarse.

Ayer que tuve una gran alegría fue día de dar gracias, por haber sabido del supremo privilegio de gustar un momento de felicidad. ¿Por qué odiar el dolor si te da ocasión de hacerte fuerte? Sé como la mariposa que, primero larva, dichosa y apacible vive encerrada, ciega y sorda a todo reflejo, a toda nota tierna, y que una mañana ávida de luz abre sus alas —mañana de colores increíbles— y asciende soñando tocar el sol.

Si hoy has tenido una pena, hoy fue día de dar gracias; si ayer fue la vida para tí más blanda, si con faz risueña llegó a tu vera, alégrate; si la recibiste con los brazos abiertos y fuiste feliz, apaciblemente feliz, ayer fue también día de dar gracias.

ILUSIÓN-REALIDAD

Tarde que, pródiga, desparrama oro sobre las arenas de la playa y sobre una cabecita rizada de apenas quince años. Grácil y bella la figurita parece deslizarse. ¡Allí está el mar! ¡Allí... frente a ella!...

¡Cuántas veces se había extasiado al contemplarlo en una estampa decrepita que displicente colgaba, desde hacía años, en un ángulo de su recámara! ¡Y allí estaba hoy, frente a ella!

A lo lejos una vela blanca se ve balancearse graciosamente sobre las ondas tranquilas... Y la voz de su madre se dejaba escuchar llamándola...

—No, ella no iría; ella esperaría ahí —sus pies hundidos en la arena— hasta que el velero blanco llegase a la playa... Y la voz de su madre se dejaba escuchar llamándola...

—El mar está picado y el velero es tan débil. Ven aquí, mi niña, que en mis brazos estarás tranquila y segura.

—No, madre, déjame ir en el velero de la ilusión...

Y los últimos fulgores de la tarde pusieron su tinte rosado sobre el velero que se alejaba de la playa.

Tarde borrascosa. Noche de tempestad. El faro pone su nota luminosa sobre el concierto que preside el viejo mar enfurecido. Cabalgando sobre ondas espesas el velero regresa a la playa, y en él la niña ligera y grácil que azorada y llorosa, da voces que se pierden en el estruendo de la tempestad.

Día de sol. Gotas de lluvia ornando las rocas. La vida vibrando en cada átomo. Y sobre la playa otra niña también grácil y bella clamando con su vocecilla:

—Madre, déjame ir en el velero de la ilusión...

DOCILIDAD

Te hieren y te has atrevido a responder con un gesto de desafío. Te injurian y has osado contestar también con injurias.

Eres una masa informe, pero moldeable. Las manos de ese gran artista que se llama dolor han de apretujarte haciéndote gritar; han de

amasarte y modelarte en medio de indecibles torturas para llegar a ser al fin el busto que desde lo alto, mira las pequeñeces que como alimañas se arrastran allá, muy abajo.

Sé dócil al dolor que hará brotar de la materia burda y vulgar, el espíritu fuerte pleno de serenidades, que se levanta majestuoso ante toda adversidad.

COMO TÚ

¡Cómo quisiera ser como tú, montaña amiga: inconmovible y fuerte! ¡Cómo quisiera ser como tú! Afrontar las tormentas imperturbablemente, sin experimentar emoción alguna, sentir que se desencadenan horribles tempestades sin que logren estremecerte ni el relámpago ni el trueno que sobre tus flancos multiplica sus ecos!

¡Cómo quisiera ser como tú, montaña amiga!

Diariamente el sol coquetea contigo irisándote con sus reflejos y te llena de luz; se causa, se aburre de su asedio, y la noche viene con su enorme ojo luminoso, y tú sigues siempre igual: imperturbablemente serena.

¡Cómo quisiera ser como tú, montaña amiga!

Ni te cansa la monotonía ni te aburre la rutina; no hay en tí impacencias por avizorar esos celajes que son a tus espaldas, ni te esfuerzas por ver más allá de donde tu vista alcanza. Eres una dama siempre joven y serena que desafía los años, tu sonrisa igual no degenera en carcajada ni tu placidez en torbellino.

¡Cómo quisiera ser como tú, montaña amiga! . . .

DÁDIVA

Bendice a la vida y ámala ¡es tan dulce y tan buena! ¡Cómo se te brinda en todo y dondequiera! Hoy alguien te ha sonreído con bondad, y aunque ignoras su nombre te es familiar ¡tantas veces la has visto pasar! Hoy ha brillado el sol y has realizado una buena obra. Mira cómo la vida se te brinda en todo y dondequiera. ¡Y tú la has mirado con cara adusta! ¡Y has osado a veces llenarla de invectivas!

Vívela tal como llegue a tí, sin preguntar nada. Recíbela como una dádiva inesperada. Filosofías... ¿para qué? Ella encarna el principio y el fin, el fin y el principio. Y así llega a tí: alegre y confiada. Vívela bien ¡es tan dulce y tan buena!

CONFESIÓN

¡Vida, yo te amo! Con la unción inmensa de la fe repito la oración que te brindo: “Yo te amo”. “Confío en tí”. Sé que no has de darme más de lo que necesito. Sé que mis manos pueden fundirse en tu esencia y emerger radiantes de tu luz. Vida, creo en tí. Confío en tí. Eres sabia hasta en tu propia rudeza; eres buena hasta en tus golpes hirientes; eres grande hasta en tus mínimos detalles cotidianos, hasta en tus cantos rodados, humildes y tenaces.

¡Vida sabia, Vida sabia, déjame que crea en tí!

LA CRECIENTE

. . .Cada día iré sintiendo menos y recordando más, pero qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos, un diccionario de caras y días y perfumes que vuelven como los verbos y los adjetivos en el discurso . . .

Julio Cortázar

Para Juan, Esteban, Matías, Bernabé,
Ignacio, Manuel, Alejandro,
Marcelino, Pedro, Felicitas, Perpetua,
Águeda, Lucrecia, Lucía, Inés,
Cecilia, Anastasia, Celina y
Concepción, Pablo, Andrés, Santiago,
Tomás, Hernán, Felipe, Bartolomé,
Mateo, Simón y Tadeo, Lino,
Refugio, Cleto, Clemente, Sixto,
Cornelio, Lorenzo, Crisógono
Juan, Pablo, Cosme y Damián.

—¿No está el patrón? ¿No ha llegado el patrón?

La voz resonó sin respuesta a lo largo del corredor solitario, apenumbado ya. Hacía un calor. . .

—Ni una gota de agua y casi veinticuatro de junio. San Juan nos va a coger asonsados, oliendo a puro sudor —pensó José Arvizu; arrastró una silla y se sentó—. Va a ser cosa de esperar al patrón hasta quién sabe qué horas. . . Y lo bien que me cairía ahorita un buen pajuelazo, después de andar todo el santo día en los relices atrás de las vacas, queriendo librarlas, pero ellas no se dejan. . . Ahí quedó la josca abierta de patas en el piedregal, que ni Dios Padre la salva. . . los nopales ya merito se acaban, a puro chamuscado ole ahora el campo; el ganado anda todito trasijado y si no nos cae agua estos días, quién sabe hasta dónde vayamos a dar. Ya andamos con los ojos relumbrosos como perros con rabia, y ni esperanzas de agua, nomás el ventarrón y los truenos como que se va a venir el chubasco, y nada. Amanece el cielo limpio y el sol reditiéndole a uno los sesos. . .

En el corral de atrás se oyen voces y risas; son las mujeres que después del quehacer se van a

ITINERARIO

hacer chorchita, a platicar y a esperar una brisita fresca. Sentadas sobre los catres de lona se están hasta la llegada de los hombres para darles de cenar. Arvizu las oye; entre la penumbra examina sus manos callosas, la cabeza inclinada:

—Qué agusto don Juan, y yo, que desde que se murió la Belén, me cayó la sal . . .

Durante el día no. Sería imposible. Esa es una tarea reservada para el atardecer y para toda la noche. En el día quién iba a andar en ese infierno con los mechones de petróleo en las manos quemando las espinas de los nopales. No digo que por la noche esta tarea sea placentera; placentera no es a ninguna hora, porque si bien en la noche no tenemos encima el sol, el mechero nos calienta las manos y nos las ennegrece como si fueran tizones. Todo por lograr unas cuantas pencas para el ganado medio muerto de hambre. ¡Pobres animales! . . . lo malo es que los llega uno a querer como si fueran parte de la familia, y al verlos como carcajes bamboleándose que apenas se tienen en pie, me dan una lástima. El cerro parece lugar de peregrinación, por tantas luces que por la noche van y vienen en aquella oscuridad, nomás que en lugar de rezos se oyen puras malas palabras y el golpe del machete sobre las pencas. Pero quién no va a echar malas palabras si las espinas de los nopales son como el carajo de bravas, cuando entran ya no quieren salir, ahí se quedan metidas como estacas, y al volver a la casa hay que hacer cirugía para poder sacarlas. Todo porque se liberte aunque sea un animalito. Así están las cosas, pues.

Tenían razón las mujeres; por la tarde, casi anochecido, algo suaviza el sofoco una brisa ligera que baja de la sierra. El cauce del río San Miguel, seco casi todo el año se levanta en tejitás arriscadas que los chamacos pisan jugando, porque les divierte ese crujido leve de las tejas al desbaratarse. El sol juega también a formar espejismos y a mediodía la tierra manda vahos de fuego a la superficie. Los perros acezantes con media lengua de fuera se echan en la sombrita, y las gallinas enclenques caen como fulminadas, con una baba espesa en el pico abierto. Pero cuando llueve la avenida acarrea de la sierra piedras enormes, ramas, árboles enteros, vacas inexpertas que panza arriba flotan en el lodazal de las orillas. La creciente ruge y arrolla rancharías, milpas, huertas de granadas y membrillos; la fruta verde se arrejola en las vueltas de la corriente mientras que la gente, desde los altos peñascales morados, comenta la avenida del río como la más grande que se ha visto en muchos años.

—Mira, el año pasado apenas llegó a la orilla de la huerta de don Alejandro, ahora se va a llevar las milpas y todo. Yo me acuerdo bien cuando la huerta llegaba hasta allá, pero el río se la ha ido comiendo, mira el pedacito que ha dejado.

—Así don Alejandro no podrá echarnos a nosotros la culpa de la fruta que se pierde, para el dineral que tiene el viejo, como si le quitaran un pelo a un gato.

Opodepe, como dice la canción, “está situado en una mesa”. Por el norte el río socava su asiento

ITINERARIO

y se lleva las pocas tierras que lo circundan, modifica su cauce y es como un monstruo que se ha tragado muchas vidas. Después de la creciente se ha visto llegar al pueblo una triste procesión: sobre palos entretejidos el cuerpo del ahogado rescatado a viva fuerza de la corriente, y los deudos detrás llorando a gritos.

—Lo que es que este pueblo se acaba; a don Plutarco no le quedó más que un pedazo de su territa y ya anda queriendo salirse con todo y familia. En Mecsicali están dando tierras y el banco ayuda para la siembra, ¿qué esperamos, pues? Aquí no hay tierra y la poquita que hay la rentan por las nubes, se le va a uno la cosecha en pagarla y vuelta a quedarnos en las mismas. Los cuantos que tienen donde sembrar no ocupan casi jornaleros, ellos personalmente y sus hijos hacen todo el trabajo para ahorrarse los centavitos del jornal. ¿Qué hace uno aquí más que volverse colti de tanto ver para arriba?

Sin embargo, hay testimonios de que esta región fue fértil y próspera, que abundaban por dondequiera los arroyos y aguajes, que jamás escaseó el pasto ni hubo pánico al pensar en el futuro sustento. Ya Francisco Javier Alegre dice que “Toda la región, por lo general, es muy fértil . . . de ocho almudes de siembra se han cogido quinientas fanegas de maíz. Las legumbres se cogen con abundancia”.

La cercana Sierra Madre abunda aún hoy en animales de caza mayor y menor como tigres, tigrillos, osos, venados, lobos, gatos monteses, carneros cimarrones de airosa cornamenta, berrendos, ardillas y liebres. Y entre el pedregal de los

cerros, cercana a la humedad de las barrancas se arrastra la tortuga, buen platillo si se guisa con maestría, con papas y abundante pimienta, mientras que el camaleón de collar, color de tierra, color de hierba, resopla inflando el pescuezo, escudado en su mimetismo ancestral.

—Usted de qué se queja, don Raymundo, si tiene su ganadito. Cada vez que viene Molina de Banámichi le vende usted sus buenas reses. . .

—Qué tanta será la necesidad que se las doy casi dadas.

—En donde lloran está el muerto, don Raymundo, aunque algo deben sacarle sus hijas, tan buenas mozas que son y tan catrinas que andan siempre, qué tardan en quererle casar.

—Pues si ha de ser esa su suerte, que se hallen uno que tenga buena borrachera porque sin vicios, dionde.

—Pues dentro de poco ni borrachitos habrá, con lo caro que se está poniendo el trago. La acordada ya le cayó a la vinata de Rafay y también a la de Chuchi, quesque nomás los chorros caían por la ladera. Más de un mes remontados, echando el alma, para nada.

—Cómo que para nada, a doña Ramona le ha ido bien, vendiendo a como le da la gana el poquito que tiene, y ni modo, hay que hacer la mañana para entrarle recio al trabajo.

—Pues sí, pues.

“Y los parajes referidos son muy amenos, abundantes de agua, pastos, leñas y tierras de pan llevar, que las tienen muy cultivadas en sus gentilidades; y toda es gente que está hecha a tener, en su casa, el preciso sustento de maíz, frijol,

ITINERARIO

calabazas, y otras semillas, para el gasto de un año. . .” Era cosa que refería de la región, en el año de 1685, el padre Juan Fernández de la Fuente, en carta enviada al padre provincial, don Diego de Almonacir.

Dos o tres, no hacen falta más. Pero del bueno, del fuerte. Tragos amplios, eso sí. De manera que se sienta la lumbrita prendida bajar hasta el pecho y encender el estómago y desparramarse por todo el cuerpo. Eso es suficiente para montar a caballo y aguantar el calor entre los surcos. Una oladita nos va invadiendo sabrosamente; hasta parece que se pone uno más liviano. Los que ya no somos jóvenes necesitamos “hacer la mañana”; es el puntal que nos va sosteniendo el cuerpo, levantado del polvo y del sudor. Las carnes flojas que han perdido su firmeza se sienten vigorosas de nuevo. Yo no digo embriagarse, quedarse tirado, basquear en las esquinas, ponerse hecho una salamanquesa, no. Pero sentir ese calorcito que nos devuelve un poco de jovialidad no puede ser pecado ni ofender a nadie. Al contrario, pienso yo.

La salamanquesa que algunos diccionarios definen como “reptil saurio” y que otros lo refieren a la salamandra, “anfibio urodelo de forma parecida a la de un lagarto” oscila entre ser fantástico, considerado como el espíritu elemental del fuego y una presencia real que no deja de tener algo de misterioso y temible. Plinio aseguraba que la salamandra puede apagar el fuego con su mero contacto, y los jesuitas describieron a la sa-

lamanquesa como una culebra “pinta de colorado y negro, pequeña, muy ponzoñosa, que cayendo de alto, se quebra como si fuera de vidrio”, y describen el rito que los naturales seguían para curarse de la picadura de otro tipo de serpientes: “Tienen los naturales para su ponzoña, un remedio bastante extraordinario. Cogen entre dos palos la cabeza de la víbora, y con la otra mano extienden la cola, y le dan, por lo largo del cuerpo, varias mordidas. Es cosa maravillosa que el herido no se hincha; y el animal comienza luego a hincharse monstruosamente hasta que se revienta”.

Opodepe de Nuestra Señora Santísima de la Asunción es ópata, de la rama de los eudebes más concretamente. Cuentan que ellos no dieron dolores de cabeza a los misioneros ni a sus acompañantes; mañosamente dejaron que la curtiduría de pieles, la fabricación del jabón y la albañilería entraran a formar parte de sus conocimientos, y a la vuelta de poquísimo tiempo comenzaron a correr por el campo y a usar la honda certera muchos niños nuevos: cabellos y ojos claros, la tez todavía oscura, largas y bien proporcionadas las piernas como para grandes caminatas. Ya los indios de la Pimería Alta eran definidos por los misioneros como el mejor tipo de indígena americano: “Eran altos, bien proporcionados, naturalmente arrogantes, de voz imperiosa, y en su conjunto de tipo atractivo”.

Como a veinte kilómetros de Opodepe al nordeste, cerca de Cucurpe, el padre Kino estableció su cuartel general de Los Dolores, y de su influjo y celo misionero participó el pueblo, que

ITINERARIO

llegó a tener importancia en la región. De allí el capitán Mange llevó contingentes para ayudar al padre Kino a sofocar la rebelión de los indios, que soliviantados por los blancos dieron muerte en Caborca al padre Saeta, misionero también de la Pimería Alta.

Granadillo llamaron los españoles al palo-fierro, opo en la lengua de los naturales. Se trata de un árbol leguminoso de madera durísima, hecho para subsistir en un suelo pobre, árbol del semi-desierto, de la aridez y la sequía. De raíces hondas, leñosas, que penetran profundamente. Resisten bien el frío y el calor. El nombre del pueblo deriva de ese opo resistente. Meseta de palo-fierros quiere decir. Y allá arriba del río donde el variante camino se abre paso, los palo-fierros sacuden su hastío dejando caer una lluvia de pequeñas hojas verdinegras.

El “egudebe” “agricultor, sedentario, pacífico y medio civilizado” echó fuertes raíces en esta tierra bronca. Aunque sus 596 metros de altura sobre el nivel del mar no son bastante para proporcionar al pueblo un clima envidiable, la proximidad de la sierra de Aconchi, El Carrizo, Loreto, Cerro Prieto y Murucutachi asegura por las tardes un poco de aire fresco. Tiene buenos ranchos ganaderos y algunos minerales como El Crestón, Nochebuena, El Oro, La Ramada, San Gerónimo, San Ricardo y El Tramado, que explotados alguna vez por extranjeros, fueron luego abandonados. Mas el arraigo tradicional del eudebe a su tierra ha ido perdiéndose; nuevas ne-

cesidades han hecho emigrar a la mayor parte de la población: la simple subsistencia, el deseo de dar a los hijos una profesión, la facilidad de conseguir un pedazo de tierra cultivable en el valle de Mexicali o en la costa de Hermosillo; y antes de que el despoblamiento sea completo, es justo y necesario consignar aquí que a los 29 grados 56" de latitud norte, y a los 110 grados 39" de longitud occidental, los misioneros de la Compañía de Jesús fundaron en el año de gracia de 1649, un pueblo con el nombre de Opodepe de Nuestra Señora de la Asunción.

—Se lo dije a mi comadre, se lo dije, cuide bien a la Toña porque cómo se me afigura que va a acabar mal.

Mi madre, sentada en una silla iba revisando pieza por pieza sin hacer demasiado caso del chisme. No se le escapaba una costura, un doblez. Si la ropa no venía inmaculada, la hacía a un lado. Carmen Máhuari, en cuclillas, entre chupada y chupada defendía discretamente su trabajo, pero contra hechos no había argumentos y tras una breve discusión siempre acababan poniéndose de acuerdo.

Que mi madre era dura, decían, pero jamás inhumana. Captaba, adivinaba el fondo de los problemas y los atacaba, inmisericorde. Cómo no recordar sus manos pequeñas de dedos aplanados afanosos siempre por toda la casa. En la cocina, en la alacena, en el verdor de la madre selva florecida que nos asfixiaba de olor, en las paredes, en la máquina de coser, sobre nuestros cabellos, cortándolos, peinándolos, alisándolos; acariciando con un contenido, tierno fervor, las cabezas

brincas de los niños vecinos, como la de aquella huérfana que ella recogió y que amaba como a hija propia.

Su voz ponía de repente en movimiento el mecanismo todo de la casa; que si las gallinas, que si el lonche para los trabajadores, que el jabón para la lavandera, que si el agua, que si era cumpleaños de su comadre Lolita, que si le habían llevado la leche a la Chela, la pobre vieja tía de mi padre, que amaneció mala. Era un trajín . . . Cómo olvidar su pensamiento y su acción, el desvelado afán por los suyos; sus manos apretadas de angustia cuando el hijo mayor no llegaba a buena hora; cuando decía mientras nos escudriñaba la cara, achicando los ojos: algo le pasa a esta criatura, abre bien la boca, a ver . . . ¿te duele el oído? . . . ¿la garganta? . . . ¿la espalda? Y palpaba, curiosa y angustiadamente, ponía el oído sobre el pecho, revisaba los reflejos, contaba las pulsaciones. Después venía el diagnóstico siempre certero. ¡Ah la intuición de una madre sin más elementos exploratorios que sus manos, su oído, sus ojos preocupados!

Y aquella aureola iluminándole la cara, arrojando su espalda como rebozo de luz; aquel aplomo que le venía de siglos, suyo desde siempre, desde que Dios la pensó y la encarnó y la echó a andar por esos caminos suyos, inescrutables. Una suerte de telúrica, natural sabiduría amparaba sus palabras, definitivas, sin posible contradicción. Y cuando discutía, y cuando hablaba de Dios, aquel Dios suyo sin cuerpo ni vestiduras, como una mera fuerza universal que todo lo preside, que lo dispone todo según su sabiduría, incomprendible para el entendimiento humano. Nosotros —decía—, sus hijos hechos a su

imagen y semejanza, tenemos que heredar algo de su potencia, de su origen divino; alguna chispa suya guardamos dentro y es la que nos hace, en un momento fugaz de nuestra vida, o héroes o genios. Mas ella intuía, poniendo en ello el fuego de sus facultades intelectivas, que la divinidad era otra cosa.

“...el padre Francisco Javier Saeta, nacido de noble familia en el Reino de Sicilia, y que a mediados de octubre de este año de mil seiscientos noventa y cuatro había llegado al pueblo de Los Dolores, desde donde le condujo el padre Kino por camino de cuarenta y cuatro leguas, primero al de San Diego de Pitquin, y después al de Caborca. Este nuevo apostólico compañero, como ya presentía el poco tiempo que le quedaba de vida, y que en breve había de acabársele gloriosamente con su ilustre martirio, se aplicó con gran fervor a doctrinar a los indios, de cuyo buen porte y natural estuvo grandemente satisfecho”.

“Vuelvo a asegurar a Vuestra Reverencia *coram Domino*, que estamos en unas dilatadísimas y madurísimas mieses de muy dóciles y afales almas, que a muy poca y poquísima costa de Su Majestad, se pueden formar muy copiosas cristiandades como haya operarios idóneos que ayuden”.

Hay una iglesia vieja en el pueblo, de enormes muros de adobe ya carcomidos por la lluvia, los vientos y la incuria sobre todo. Con un campanario cuadrado, primitivo, al que se sube por una escalera también de adobes y desde el cual se

ITINERARIO

domina el camino que lleva al pueblo, el lecho del río, las milpas, desde La Cañada hasta el cementerio y el camino a Rayón. A la derecha el cerro de La Cruz, una mole negruzca que guarda, dicen, minas riquísimas de donde los misioneros extrajeron el oro y la plata para los ornamentos de la iglesia que mi Chela guardaba celosamente en grandes cofres. Pero hay que subir a ese campanario y respirar el aire y oír la gloria de sus campanas enormes, con un timbre y una musicalidad como no he oído otras. . . aquel quejido, aquel lamento, aquel aire lúgubre que sobrecogía al pueblo cuando tocaban a duelo. ¿Quién se moriría? ¿Quién se murió? ¿Quién?

Pero lo realmente valioso estaba en su portada y en aquella puerta labrada primorosamente, apolillada ya, cayéndose a pedazos, en una de cuyas esquinas podía todavía distinguirse esta fecha: año de 1772. La fachada, de primitivo aplinado, cuadrículada con pequeños pedernales triturados y relucientes, y en cada cuadro una escena con figuras indígenas, como de códice, hechas también de piedrecitas negras y rojas, porosas estas últimas, como tezontle, arrancadas a la fuerza por los visitantes para llevárselas de recuerdo. Y nadie protestaba, sólo mi madre se indignaba: ¡Se la van a acabar, se la están acabando estos bárbaros! Así sucedió. Ahora queda una ruina remozada con láminas y cal, perdido todo aquel señorío de lo auténtico, como un viejo rostro desfigurado de albayalde.

A pesar de todo fueron los eudebes los mejor librados en cuanto se enjuicia su apego a las enseñanzas misionales. El jesuita Gérard Decorme,

estudioso de la Pimería Alta, recoge información de las misiones en la segunda mitad del siglo XVIII en la que se dice: “Gracias a Dios . . . hemos alcanzado especialmente entre los ópatas y eudebes, más apegados a la agricultura, a la cría de ganado, a la vida de familia, no sólo una sólida instrucción en los misterios de la fe, sino la práctica de las virtudes cristianas. Estos se consideran entre los indios vecinos, como los ciudadanos con respecto a los del campo, pero, por lo mismo, son más difíciles de manejar que los pimas, que teniendo conciencia de su inferioridad, son más dóciles y más maleables”.

“No crea que me acuerdo de mucho, pero lo que sé me lo contaba mi abuelita, siendo yo todavía muy chico: el primer de la Vara que vino aquí fue mi abuelito Julián con toda su familia, procedente de Saltillo, Coahuila; vino con el padre Flores; él estaba casado con una hermana del padre Flores llamada Rosalía; el padre se lo trajo para acá cuando vino a administrar este templo de Opodepe; allá dejó tierras de agricultura, tierras grandes, según dicen, no sé por qué se vendría a aventurar con tanta familia. Los nombres de los hijos de mi abuelo, de la primer mujer, fueron Francisco, al que nosotros le decíamos tío Pancho, y fue el padre de doña Loreto, madre de los Suárez; otro se llamaba Jesús, y hubo un José María, un Silverio, un Ángel, un Cándido. De las mujeres una se llamaba Facunda y otra Dolores, de éstas a unas conocí y a otras no. Aquí enviudó mi abuelo de la mujer que trajo, Rosalía, y se casó con mi abuela, muy jovencita según dicen, se llamaba Concepción Cruz, originaria

ITINERARIO

de Rayón. De este matrimonio nacieron otros quince hijos (de la primera mujer fueron quince hijos ¿no se lo había dicho?) el primogénito fue mi papá que se llamó Refugio, y un Manuel, y un Eladio, un José María y un Rafael, y mi tío Julián. Yo no los conocí a todos, pero sí a las tías Altagracia, Eliseria y Telésfora; de éstas una nomás se casó, que fue mi tía Altagracia. Mi abuela contaba que cuando mi papá era joven, soltero, lo nombraron jefe de guerrillas, que salían de aquí a perseguir a los indios apaches que venían de Estados Unidos a robar ganado y caballos que pasaban luego al otro lado de la línea. Mi papá se casó con mi mamá, que era Carmen Molina, originaria de Ures, pero se vino la familia y se estableció aquí. Mi abuelo materno era Antonio Molina, y sus hijos mis tíos José y Ramón; Concha, la que usted conoció en Hermosillo era hija de tío José. Tío Ramón no dejó descendencia. Mi abuelo Antonio murió en Cumpas, ya viejito, pasó largo de los cien años y volvió a la primera edad. Tío Julián se casó aquí con una muchacha, Rita Carranza y salió del pueblo con todo y familia y se fue yendo rumbo al norte y así pasando el tiempo llegó a Fronteras, cerca de Agua Prieta; allá lo agarró el cuartelazo de Victoriano Huerta; el tío era entonces comisario de Fronteras y se levantó en armas contra el asesino de Madero y Pino Suárez; se levantó, como le digo, con tres hijos y otros vecinos del pueblo, y allí desarmó, entre él y otro que lo acompañaba, una escolta de federales y así se hicieron de algunas armas; en Agua Prieta se unieron los hombres del tío Julián y de Plutarco Elías Calles, que entonces era maestro o comisario, no sé bien qué, y juntos pelearon en Agua

Prieta contra las fuerzas de Pancho Villa. En esa época se levantaron Manuel M. Diéguez en Cananea y Álvaro Obregón en Huatabampo, y cuando todo más o menos se normalizó y fue Calles gobernador de Sonora, nombró al tío interventor de Bienes Ausentes, es decir, administrador de aquellos ricos ganaderos y rancheros que había en la frontera y que se pasaron al otro lado durante la revolución por miedo a los préstamos forzosos y a otras cosas. Ahí en ese empleo que tenía el tío Julián podía haberse hecho millonario aprovechando aquel refrán que dice: “A río revuelto ganancia de pescadores”, pero el tío fue mal pescador, no quiso pescar nada por llevar adelante el orgullo de la honradez de la familia que le inculcaron sus padres. Así llegó el tiempo en que otros más vivos o más vividores le hicieron política y le quitaron el empleo. Lo demás de la familia ya usted lo sabe. . .”

—¡Pero qué chino hijo de la tostada este, tienes que salir o te metemos cuatro tiros en los meros sesos, para eso traemos órdenes de la autoridad!

—Mátanme si quieren pero yo no me voy a la gran China, no salgo de esta casa aunque me maten, háganme pedacitos y entonces sí me sacan de esta casa.

Entonces era joven y vigoroso; todos lo conocimos años después viejito, menudo y saltarín, y esperábamos, entre sorprendidos y temerosos, que por medio de algún misterioso conjuro chino hiciera asomar por las pequeñas y altas ventanas de su casa, la cabeza del dragón legendario, echando fuego y humo por las fauces.

—Mira, Jesús, esa es la casa de la Chela, quesque van a arreglarla de un todo a todo. La pobre vieja, desde que el gobierno vino armado y con gente a sacarle los ornamentos de la iglesia que ella guardaba, ya no estuvo buena y sana, empezó a maliar y a maliar, hasta que se murió.

—Pobrecita, yo me acuerdo como si ahorita fuera, toda temblorosa agarraba las llaves, y del mismo temblor no podía ni abrir aquellas petaquillotas. Los del gobierno pensaron que lo hacía adrede y hasta la empujaban, a ella tan viejita, tan arrugadita. ¡Qué brutalidad! . . . llora y llora fue sacando aquellas cosas tan chulas, quesque unos ciriales, quesque unos copones; era una compasión ver aquello rodando por todo el suelo cuando la Chela los tenía envueltos en trapos finitos para que no se maltrataran.

—Pues sí, pues, fue una barbaridad, ¿y todo para qué? Nadie supo dónde quedaron esas cosas ni quién salió beneficiado, lo cierto es que el que se sentó en ellas salió de pobre para siempre.

—Y yo he venido maliciando que nada bueno se sacó con eso de la persecución religiosa. Aquí desde qué años no había padres ni quién se ocupara de esas cosas. Cuando venía el padre Fernández de Rayón a decir misa, nadie sabía a ciencia cierta cuándo debía pararse o hincarse ni en qué consistía bien a bien eso de la misa. Creo que la Margarita Bernal era la única que lo sabía, y todos de reojo, como quien no quiere la cosa, nomás la estábamos espionando para sentarnos o pararnos a tiempo.

—Algo aprendieron los muchachos en tiempo de las González; a escondiditas fueron enseñándoles cosas de la iglesia, pero como luego tuvieron que salir, todo paró ahí.

—Ellas renunciaron, tengo entendido, cuando les llegaron los nuevos programas, quesque la enseñanza laica, ¿pero de qué otra habíamos tenido aquí? Eso era lo de menos, pero lo que sí les colmó el plato fueron las comedias que tenían que poner donde se decía barbaridad y media de los curas y las monjas. Unas poesías largas y diatiro inconvenientes para los muchachos.

Al comienzo ellas se hicieron las desentendidas, pero luego alguien las denunció al gobierno, que no cumplían con el programa, que eran unas beatas y cosas por el estilo hasta que tuvieron que renunciar.

—Lo que son las cosas . . . venir a ver lo que pasó . . . la mayor se quedó aquí en el pueblo, casada con mi compadre Fernando, y la otra, la menor, se casó con un tal Calles, ¿y sabes la buena puntada que se aventó? . . . que a su único hijo le puso por nombre Plutarco Elías, y está estudiando para hacerse cura, ¿qué te parece?

—¿Están ya todos? ¿No falta alguno? Vamos a contarlos para poder pasar Las Lomitas con luz del día.

Era este un diálogo frecuente, según cuentan, a fines del siglo pasado y en las primeras décadas del presente. El peligro de un asalto de los apaches escondidos entre las rocas, era cosa de todos los días. Una sombra funesta señoreaba aquel paso inhóspito de lomas calizas, pelonas, que se alzan a un lado de la vega breve del río. Es ritual todavía cumplido rezar un padrenuestro por el alma de los que ahí han muerto, levantar una piedra y arrojarla al montón que se ve a un lado del camino.

ITINERARIO

Alguien ha llegado a pensar que únicamente se trata de un stratagema psicológico para despejar el paso y mantenerlo limpio, mas al viandante habitual le intranquiliza aquel monumento, como una presencia mítica apenas entrevista. Y hay razones para ello, pues ya Francisco Javier Alegre, en su obra *De los principios, progresos y descaecimientos de nuestra santa fe...* asienta: "Aun era más conforme a los antiguos ritos del paganismo lo que hacían en los caminos reales, en los eclipses y en los rayos. A la manera de las estatuas de Mercurio que los griegos y los romanos ponían en los caminos, se sabe que en Sonora, formaban también sus montes de piedras, de palos, de huesos de animales. Todos los pasajeros estaban obligados a contribuir, de su parte, con alguna de aquellas cosas. Los de a caballo arrojaban allí las varas que llevaban para azotar a las bestias. Los de a pie, recogían algún tronco o piedra, con que hacían crecer más aquel cúmulo".

Mi abuelo —me contaban—, fue muerto por los apaches cuando iba rumbo a lo que ahora es La Poza. Le desollaron los pies y así lo hicieron caminar por entre los choyales; después le cortaron la cabeza. Eso hacían para llevársela ensartada en un palo largo, en señal de triunfo. Lo supimos cuando hallamos todo su cuerpo martirizado. Si se acordó entonces de Dios y le pidió perdón por sus pecados, es seguro que desde su muerte está en el cielo. Toda la gente vivía en un brete cuando los hombres que habían salido a los alrededores no volvían con luz de sol, y no era para menos. En abril de 1872 se cuenta que cuatro

apaches se robaron cuatro caballos de los soldados de Banámichi; que otros ocho atacaron un rancho cerca a Rayón; unos siete atacaron cerca de aquí a Jesús Cunaca, que iba con su esposa, dos mujeres más y tres niños rumbo a Buenos Aires. Cunaca fue muerto y las mujeres despojadas de su ropa. Alguien las encontró poco después totalmente desnudas y cada una con un niño en los brazos.

—Ya no llores, hijo, mira el río con su agua tan clara, ¿no te gusta? Y el niño, aún sollozante:

—Mamá, ¿y quién hizo el río?

—Dios, hijo. Mira ahora los cerros tan grandes que parece que se juntan con el cielo. . .

—¿Y quién hizo el cielo y los cerros, mamá?

—Dios, hijo.

—Mamá, ¿y la tierra quién la hizo?

—La hizo Dios para que todos los hombres, los animales y las plantas viviéramos en ella.

—¿Y las estrellas y los árboles y los animales también los hizo Dios?

—Sí, hijo, no había nada y Dios todo lo hizo.

—Mamá, ¿y dónde se paraba Dios?

—Lo que sí te digo, Toño, es que no te vayas a aventurar por ahí dejando familia y todo. Aquí te aseguro que no te mueres de hambre; cuesta mucho ganar los centavos, es cierto, pero aquí estás cerca de tu casa para en caso de cualquier necesidad.

—Yo también se lo he dicho miles de veces, pero no entiende. Por allá sólo Dios sabe lo que puede suceder.

—Ya ves lo que pasó con el hijo de mi compadre Germán, el mayor, el que estuvo aquí un tiempcito trabajando conmigo, se le metió en la cabeza irse, allá se enredó con una de tantas y no volvió a acordarse que aquí tenía chamacos y mujer. Hasta llegaron a decir que se hizo contrabandista, que metía yerba para el otro lado y que a él también le gustaba. Si yo bien digo que dejar la tierra y más irse solo, sin rienda para nada, sin obligaciones de familia, es perderse diatiro, con el montón de mujeres cerrándoles el ojo en cada esquina.

—Ya no le diga nada, papá, que él escoja, que él recapacite, ya peor de las que nos hemos pasado juntos. . . Él ha de querer saber lo que se siente estando libre, sin estorbos de familia para nada.

Asunción, con la voz quebrada, oscilaba entre animarlo a salir y presionarlo a quedarse. Tenía miedo, tanto había oído de las mujeres malas que sólo viven de explotar a los hombres, y el suyo, aunque delgado ahora, tan trabajado el pobre, ya con su buen trajecito y bien comido, sería otra cosa. Una mezcla de ternura y resentimiento, un deseo de exculparlo y la esperanza de que él decidiera quedarse a cubierto de cualquier descarrió teníanla tensa, sin poder dormir, mucho menos comer.

—Ah, pues no andan diciendo que van a explotar la mina de Los Lavaderos, quesque una compañía americana está llevando maquinaria y acarreando material para hacer un puente para poder cruzar el río aunque esté crecido. . . Pues cómo se me figura que ahí van a necesitar gente.

—¿Ves, Toño, ves? Averigua si es cierto, ve

a Los Lavaderos y habla con ellos, no hay peor lucha que la que no se hace.

—Pues ahorita mismo me voy, el troque de don Jesús sale todos los días; no sé cómo no se me había ocurrido . . .

Asunción lo ve salir, y aunque no es nada beata ni rezandera, coge apresurada una chalina y escapa corriendo a la iglesia vieja.

Aquí nací, aquí he vivido y aquí me han de enterrar, eso no tiene vuelta de hoja. Para eso tengo tan cerquita el cementerio, para ir haciéndome a la idea de que ahí está mi lugar definitivo. Que no me sientan, que no me lloren. En cuanto cierre el ojo ya nadie tiene obligaciones conmigo. El hoyo me está esperando; que me echen en él y me olviden. Mientras más pronto coja Remigio el hilo de la vida sin mí, mejor. Sí, ya sé que te extraña que te hable de la muerte cuando todavía no soy una viejita viejita, cuando todavía puedo trabajar macizo, cuando tengo ánimos. A eso estoy acostumbrada y trabajo casi sin notarlo; ahí se va. A lo único que no puedo acostumbrarme es a la soledad, a la llegada de la vejez solitaria . . . ¡Qué cosa será la vejez! Como una fruta que va quedándose sin jugo se marchita la gente día a día, calladita la boca. Yo le pido a mi Tata Dios que no me deje vivir al extremo de depender completamente de los demás. Y luego sin ninguna hija; yo me quedé con ganas de tener una hija, una siquiera. Pero nada. Tres hijos que Dios me dio volaron por distintos rumbos en cuanto pudieron; uno se hizo marinero, el segundo se metió al socavón de las minas y el más chico estudia para sacer-

dote. Los tres como esclavos. Ninguno viene seguido a vernos, ni siquiera nos escriben con frecuencia, así que cuando llega alguna carta el corazón me salta como animal asustado porque pienso que me trae malas noticias. Al pobre de Remigio se le está poniendo la cabeza blanca de canas, y aunque no dice palabra a leguas se ve que anda preocupado, como que algo le duele y no sabe qué. Pero yo sí sé lo que le duele y trato de quitarle los malos pensamientos; le digo que los muchachos están en edad de valerse por sí mismos, como lo están haciendo; que es lo mejor, que no se aflija. Y yo vivo penando por todos; por mi Ramón, tan alto, tan guapo, feliz quemado por el sol, por la sal de tantos mares como ha recorrido. Nosotros nunca hemos salido de aquí, pero él ha conocido medio mundo, ¡las cosas que habrá visto, Dios mío! Yo siempre atada a esta pobre casa, a la rutina, amarrada a la obligación eterna, pero Ramón escogió libremente su destino. Así que cuando me dijo que se iba imaginé la vida tan cruda que iba a llevar en medio del mar (“montado en las olas como un dios antiguo”) y le di la bendición sin una lágrima para que se fuera contento. Y se fue. Dos veces nomás ha venido a vernos, pero ya no se halla con nosotros. Le guiso todo lo que antes le gustaba y trato de quedar bien con él, pero mi Ramón ya no es el mismo, y es natural, ni modo que la gente no cambie; ni modo que la comida del barco no lo haya acostumbrado a su sabor, y que el habla de sus compañeros de todo el mundo no lo hayan hecho cambiar de acento. Ahora usa palabras que ni Remigio ni yo entendemos, y es un marinero que nada tiene que ver con las obligaciones de la gente como nosotros,

que hemos vivido siempre encerrados entre cerros, lejos del mar. Hasta de modo de caminar ha cambiado mi Ramón; ahora camina bamboleándose un poco, como si anduviera en el barco buscando el equilibrio. Yo lo miro y me quedo pensando cómo es posible que esa criatura que uno ha concebido, que ha formado con su sangre, con su carne y su calcio, cómo es posible que se aleje de sus padres de esa manera y sea casi casi un desconocido. Pero ahí son las cosas; en nada puede uno tener seguridad más que en la muerte.

A veintitantos kilómetros caminando al sur de Opodepe, el pueblo de Rayón, fundado en 1638 por el jesuita Pedro de Pantoja con el nombre de Nacameri de Nuestra Señora del Rosario, aposentado en un valle de buenas tierras, se convirtió en un poderoso rival. Los rayoneños hostilizaban a los Máhuaris (del mismo apellido indígena extinguido casi) orgullosos de sus cabellos rubios y de sus ojos azules como de un galardón ganado en buena lid. Los matrimonios entre familiares para agrandar capital y conservar intacta la sangre, han dado ya sus frutos decadentes.

Un alejado parentesco con la familia Granillo nos llevaba a Rayón con frecuencia para ver a la tía Amelia, en quien mi madre reconocía a uno de los antañones troncos familiares. La quería bien, sin gazmoñería, abiertamente, sin hacer caso de roces y diferencias entre los dos pueblos en donde iba involucrada, tantísimas veces, la doble complicidad de sus allegados de uno y otro bando.

Para el día de San Juan se concertaban entre

ITINERARIO

Rayón y Opodepe altas apuestas en las carreras de caballos; con bastante tiempo se preparaban los animales ejercitándolos y cuidándolos con un especial esmero. El jokey debía conservarse en forma. Por la caballeriza improvisada desfilaban hombres rudos; interesados examinaban las patas del animal, la disposición y movimiento de las orejas, los ojos y la mirada. Más que jugarse unos miles de pesos era el honor del pueblo lo que interesaba, y lo que andaba, en último término, entre las patas de los caballos.

—Este rosillo tiene que ganar otra vez; hay que darles en la cabeza a los rayoneños. . . Y está bien el animal, y luego corriendo en su terreno, en su mera querencia. . .

—Pues ellos no se hacen para atrás, quesque ya tienen casadas muy buenas apuestas. A ver tú, Manuel, no le des tanta comida, tiene que estar mejor flacón, sin gota de grasa, para que corra ligero.

—¡Ay vienen los rayoneños!. . . ¡Ahí vienen ya!. . .

Una verdadera caravana iba llegando al pueblo; en primer lugar el camión de redilas cubierto de lona para preservar al caballo del sol y del polvo; detrás carros hasta el tope de muchachas guapas, hombres maduros, ancianos y hasta niños.

Mi casa se llenó; desde días antes mi madre iba de la cocina a las piezas acondicionando todo para recibir lo mejor posible a toda aquella gente, la mayoría de la familia. Pero antes nos había aleccionado:

—Nada de hablar de la carrera ni comentar algo relacionado con ella. En esta casa sólo va-

mos a recibirlos y si gana o pierde el pueblo, ustedes callados la boca.

—Pero luego ellos son los que empiezan, y si nos dicen algo no nos vamos a aguantar.

—¿Quién es el que no se va a aguantar? Si algo injurioso le dicen, usted conteste como la gente, eso les dolerá más. . .

—Hicieron trampa, que hicieron trampa te digo, ¿qué no te diste cuenta del rozón que le dio al caballo para tumbar al jinete? Sinvergüenzas no habían de ser, aunque todo se puede esperar de este pueblo mugroso. . .

—Nosotros jugamos siempre derecho, hiju'elá, y si no lo quieres creer, vente a lo limpiecito, lengón. . .

Los hombres se abrieron paso entre el gentío vociferante seguidos por un centenar de curiosos, y arremangándose apresurados se echaron uno contra el otro. El encontronazo fue feroz; los peleoneros acezaban furiosos, prontos a despedazarse. Cuando ya la pelea empezaba a tornarse peligrosa, a duras penas los separaron, descompuestos los ojos, mascullando maldiciones, las narices llenas de sangre.

—No me cojas, te digo que no me cojas; déjame darle a este atolero en la mera madre. . .

—Mejor los hubieras dejado, vale, así nomás se sacaron la pithaya y se quedaron encorajinados. . .

El encono aumentó, y aunque ahora no hay ya carreras, cuando se encuentran los de uno y otro pueblo, hay emboscado intercambio de malas miradas.

ITINERARIO

De lo poco se hace mucho,
de una broma pasajera
opodepes y rayones
han casado una carrera.

Los del partido del Corcho
tienen muy seguro el gano,
le están poniendo en las patas
unas alas de aeroplano.

Las mujeres de Rayón
no se quedaron atrás,
guaris, petates y escobas
comenzaron a apostar.

De las apuestas del Corcho
el Gacho Haro se rajó,
cien pesos que había apostado
del depósito sacó.

—Por el alma de nuestro hermano Emeterio: Padre nuestro que estás en los cielos . . .

Y el coro de las voces se elevaba: El pan nuestro de cada día . . . De nuevo la voz: Por las ánimas benditas todos debemos rogar . . .

Era esa una voz diferente, sin modismos; decía todo con una claridad machacada, como por disciplina, correctas las palabras, correcta la dicción, acabada la frase. Esa voz salía de una boca grande, de labios resecos, expresivas las comisuras. Angulosa la cara, inteligentes los ojos, el pelo gris un tanto encrespado y recogido por detrás en una trenza; esta cabeza sobre un tronco magro, de asceta, de hombros salientes huesosos; manos y pies enormes y un vestido recto de color

indefinido. Caminaba a grandes zancadas y ahí donde había una necesidad, estaba ella. Se llamaba Margarita Bernal, pero toda la gente le decía “mi Magui”.

Toño llegó sudoroso, exhausto, pero con una semisonrisa brotándole en la cara. Venía blanco de tierra, las pestañas pesadas de polvo.

—Mira, Asunción, para que el quince de agosto estrenes un vestidito.

Asunción lo mira como alelada, en el hueco de las manos recibe algunos pesos... (Éstas arras te las doy en señal de matrimonio... y yo las recibo...) Una lluvia refrescante desciende sobre su ánimo apaciguado ahora, reconciliada otra vez con la vida de siempre; el cuidado de los muchachos que van trayendo buenas calificaciones de la escuela, el cuidado de la casa agrandada ahora con dos piezas más donde duermen los niños y las niñas aparte, las camas con colchas nuevas, y sobre todo sin la zozobra de que Toño se vaya para el otro lado ¡gracias a Dios!

—Gracias, viejo, en la tienda de Ricardo venden unos voilecitos muy sangrelivianos; mañana voy a escoger uno.

—Pero cómpratelo bueno, Asunción, no vayas a salir con una de esas corrienturas que luego se destiñen y parecen viejas a la primera lavada, al cabo que si dura la mina y mi Tata Dios me conserva bueno y sano, vamos a ir mejorando, ya verás...

—Con el favor de Dios...

—Y no nomás nosotros, todos estamos beneficiándonos con esa mina; cada quien quiere tener

ITINERARIO

los mejores muebles del pueblo, están componiendo sus casitas y ahora las muchachas andan requetelegantes, ahí nomas se van a Nogales y se traen las cargas de ropa; ya ves, algunas le han entrado a la fayuca y no les ha ido tan mal. Bueno, y cambiando de plática, ¿no me vas a dar de cenar?

—Pues luego, pues. La Toña se ofreció a hacerme las tortillas. Mira, las hace grandes, delgaditas, y como tenía buena lumbre. . . Oye, y por cierto que por ahí andan los díceres de que la Toña anda muy entrada con uno de la carretera.

—Mira, Asunción, tú callada la boca, no quiero que luego te traigan entre mitotes y chirinolas de viejas; ya ves que de nadita hacen un mundo, y para qué buscarse dificultades, ultimadamente. . .

Es la hora del descanso. Toño se tiende de espaldas sobre el catre de lona; con los dientes apretados silba una tonada que se repite indefinidamente. Y contempla el cielo, negro de tan azul, las estrellas nítidas, tan grandes y brillantes que parece fueran a caérsele encima; contempla la luna que calladita escudriña todo el pueblo minuciosamente, como si algo se le hubiera perdido. ¡Qué misterioso este silencio y esta noche aletargada de luna! . . . hasta podría decirse que se oye crecer la hierba, y una crepitación denuncia el paso arrastrado de los insectos como únicos sobrevivientes en un pueblo de estatuas dormidas. Sólo a lo lejos, por el rumbo de La Cañada, el runrun de los camiones que bajan

material desde la mina para embarcarlo en La Poza, se escucha de cuando en cuando.

A veces teníamos juegos un tanto extraños, o arriesgados y temerarios, como aquel de introducirse uno de nosotros, solito y su alma, al interior de la iglesia vieja por debajo de la puerta carcomida. Quien quisiera aparecer como valiente tenía que hacer eso, correr a lo largo de la nave en penumbra, recoger algún resto de veladora y regresar con ese trofeo para enseñarlo victoriosamente a todos. Esa temeridad era un sello de garantía para los varoncitos y un orgullo para las hermanas que ya podían contar con un valiente en la familia.

Las niñas más que eso éramos acróbatas; sobre un tambo grande ya desvencijado que los demás empujaban hasta hacerlo rodar rápidamente nos manteníamos en vilo, caminando ya hacia atrás, ya hacia adelante, y nos creíamos cirqueras sobre enormes pelotas de colores.

Saltando la cuerda no teníamos igual. Bailábamos saltándola al compás de la música de una vicrola cuya bocina en forma de flor era la admiración de todos; lo hacíamos en un solo pie, con los pies juntos apenas alzados del suelo, o bien a grandes saltos porque mis hermanos levantaban alevosamente la cuerda hasta hacernos caer. ¿Y el Agua-té? En lugar del A-mo-a-tó incomprendible, el Agua-té del matarile ríle rón sonaba mejor en una nohecita de verano ardiente, deseosa de lluvia. O improvisábamos conjuntos corales; todos en casa, quien más, quien menos, entonábamos bien y cantábamos afinados La feria de las flores, la Canción mixteca o aquella

ITINERARIO

otra que contenía palabras exóticas, como la de “jibarito”, el que iba “loco de contento con su cargamento para la ciudad, ¡ay! para la ciudad”.

Dicen que así como esta tierra es la Tierra Santa, el paisaje, pues, porque los pueblos y menos las ciudades creo que serán diferentes a los de aquí, pero que los cerros así son, pelones, resecos, pedregosos, casi un desierto. Se alimentan de trigo, que es lo que se da en estas tierras pobres y en estos climas extremosos, y quesque andan como nosotros que se pelean por un chorrillo de agua. Se puede andar, según me han contado, horas y horas por aquella resequedad sin encontrar un pueblito, sólo se ven las tiendas de los beduinos, que andan de aquí para allá y de allá para acá, con sus chivas y sus borregos. Pues quién sabe cuánta sangre de esas gentes traigamos nosotros circulando por el cuerpo. Y en una tierra así nació nuestro señor Jesucristo, y gentes ignorantes fueron sus discípulos, y desde entonces a ahora ha movido al mundo su doctrina. Por esos pedazos de tierra ha habido guerras, millones de gentes han muerto y siguen muriendo, ¿no alcanzaremos, pues, salvación? porque de algo nos ha de servir, creo yo, estar viviendo en una tierra tan parecida a la del Nazareno.

Aquello era aterrador. Los trabajadores de la molienda sacaban apresuradamente moldes, palas, trapiches, niños semidormidos, animales, muebles y alimentos. Era preciso evacuar el sitio, pues el bagazo seco de la caña que forma-

ITINERARIO

ba en montones casi un círculo alrededor de la casa y los trapiches, se había prendido y ardía estrepitosamente, casi a punto de encenderlo todo.

Cada año durante el mes de diciembre iba la familia a pasar una temporada allá. Me encantaba el trajín de los trabajadores, unos batiendo con largas palas de madera la melaza que hervía en enormes cazos de cobre, otros cortando la caña y acomodándola en tercios arriba de los carros tirados por mulas que la llevaban hasta los trapiches, movidos estos por animales que con sus “tapojos”, daban vuelta y vuelta, entre crujidos de fierros y maderas, gritos, cantos en falsete y una que otra maldición.

Gustaba de internarme en el campo, no lejos de la casa, y platicar con los pájaros. Según creía, podíamos entendernos, y cuando después de un año volvía a incursionar por entre los garambullos para buscar a mis amigos y los volvía a oír cantar igual que el año anterior, me convencía de que me habían reconocido y me saludaban.

Aquella noche José María me había levantado violentamente, y corriendo me había llevado hasta el camino. Entre el humo y las llamas veía la hilera de hombres desnudos del torso, que formaban una cadena que transportaba los botes de agua de mano en mano. Todo era confuso, como veteado de irrealidad. Verdaderamente ni mi hermano Bernabé ni yo asociamos aquel siniestro con el hecho de que esa misma tarde, por subirnos a unos braseros para llegar hasta los botes de conserva de limón y naranja, habíamos tirado los rescoldos ahí cerquita, entre el bagazo seco de la caña.

—¿Ves ese cerro pelón, prieto y tan sin chiste? Pues que está lleno de buen oro y plata, y quién sabe cuántos minerales. Nada más hace falta que alguno se interese en buscar una buena veta y encontrándola, la denuncie, pero eso sí, que tenga sus buenos centavos para beneficiarla, o que se junte con otro que los tenga y que hagan una sociedad.

—Ándele, éntrele usted, don Ramón, que al cabo no le hacen falta los redondos.

—No, hasta eso que para qué voy a decir que me hacen falta, pero como uno no sabe el teje maneje de esas cosas, cualquier vivillo se lo lleva entre las patas; no ves que tienen mucha palabrería para enredar al que se le ponga por enfrente, aunque sea el más pintado. No, no se puede tener confianza.

—Es muy cierto, pero hay que hacerle la lucha, no todos han de ser como usted dice: fíjese lo que fuera una mina explotada por gentes de aquí mismo, el pueblo se levantaría y fuera otra cosa.

—Sí, porque los que han venido a buscar vetas, si las han hallado se quedan gambusiando nomás. Pesos, Raúl, pesos son los que hacen falta, y un hombre honrado que le intelija a la minería y que tenga ganas de tallarse el lomo. Han venido americanos y mineros “guachos” como aquel viejito Chávez, con su morralito parchado lleno de piedras, que ya las había ensayado y quesque eran muy ricas. . . Ve tú a saber, pero quién le iba a hacer caso si venía con toda la ropa hecha jiras. Ahí está Bonó (Bonneau) remontado en El Crestón viviendo como ermitaño; ya se está quedando mudo porque allá sólo que platique con las piedras y el francés se le está olvidando;

de cuando en cuando baja al pueblo para ver si Joaquín le tiene carta, y párale de contar. ¿A qué crees que le tira? . . . Pues a hallar una mina que costee y hacerse millonario de la noche a la mañana.

—A mí se me figura que lo que pasa es que tiene madera para la soledad, con el tantal de años que lleva allá arriba, ya habría jondiado todo al carajo si no le gustara.

—Cada cabeza es un mundo, pues. Por algo se vino a refundir aquí como para siempre.

—Ei, pero lo cierto es que este pueblo sin tierras, con el ganado mermando en cada sequía, no tiene más salida que las minas. Desde que don Belarminio Ibarra se halló una y la vendió casi regalada, no se ha sabido de nadie a quien le haya rendido tantito una buena suerte. Yo le entraría a ojos cerrados si me hallara la mina que cegaron los padres cuando los echaron fuera, porque está probado que esa sí era rica, nomás que ese cerro de La Cruz no quiere enseñarla a nadie.

—Pues no dicen que un hijo de don Modesto la vio, que andaba atrás de un becerro que se le escondió entre unas matas enredaderas, y al ir a sacarlo va viendo una puerta tapada con maderas viejas; le dio miedo quitarlas y entrar y mejor allá dejó al animalito y se vino hecho la bichi a avisarle a don Modesto. Cuando volvieron a buscarla ¡andavete! por más que registraron todo el cerro hasta el resbaladero de las uvalamas, ni rastro.

—Si hasta parece cosa de brujería; quién sabe si trayendo a alguno de esos padrecitos que sacaron de aquí tan a la mala, el cerro quiera enseñar la mina.

—Pero dónde podría encontrarlo cerca, don Ramón, si por estos rumbos no hay ni un jesuita ni para remedio.

—No había pensado en eso, tendría entonces que ir quién sabe hasta dónde para encontrarlo, y eso nomás, qué tan caro me saldría ¿no es cierto, Raúl?

La luna es una presencia inquietante; aunque ahora los técnicos dictaminen que toda ella no es más que ceniza gris y la atomicen para estudiar su composición química, la luna es siempre una presencia inquietante allá arriba, presidiendo las mareas, flujo y reflujo del mar. Durante las noches de luna llena era un juego acostarse en el patio cara al cielo, para poder contemplarla. Todo el cielo para nosotros. Con gran formalidad tomábamos posesión de las constelaciones que íbamos descubriendo; ingenuos conquistadores del espacio, ganaba más estrellas quien tenía vista más aguda.

—¡Esa estrella es mía, yo la vi primero!

Sabíamos si la mañana amanecería ventosa o polvorienta o tranquila, bastaba contemplar la luna. Y soñábamos, cómo no, que algún día el hombre ascendería en un cohete hasta ella, o que Dios colocaba en nuestras espaldas un buen par de alas para subir a visitarla.

“A cinco kilómetros contados de La Sauceda a La Poza, a la derecha, caminando cuarenta pasos más allá de un palo verde...” No estaba completa la relación; se la escribía un español a mi padre. Venga por mi familia a España —le

suplicaba, pues él estaba prisionero—, mi mujer le dará la segunda parte de la relación; con lo del entierro podrán vivir tranquilos mi familia y usted, a quien le tocará la mitad. No es una caridad, es, si quiere, un negocio.

—Sí, un mal negocio, pues claro lo dice y ni trata de disimularlo que ese dinero era robado; y eso si no sale con domingo siete.

—Eso es precisamente lo que me da confianza, que no trata de ocultar que ese dinero lo robó en España, que se vino a América con él, que lo enterró aquí camino a La Poza, que volvió a España para traerse a la familia y que allá lo apresaron llegando. Más claro no canta un gallo.

—De que está claro, está claro, pero también puede ser que quiera aprovecharse; tú vas a auxiliar a un desconocido, a gastar tus centavos y cargar con la familia que quién sabe qué costumbres tenga, ya nada más ponte a pensar que el padre se animó a robar.

—Pues la carta se ve sincera y con buena letra picuda; no creo que toda esa faramalla sea nomás para engatusarme.

—No se fie de la buena letra, compadre, abundan aquí y en todas partes los que por una triste peseta escriben con letra picuda lo que les soliciten; yo no le estoy diciendo esto para desanimarlo, usted sabrá. Ahora que si no es cierto, nadie le quita el gusto de irse hasta España y conocer tantísimos lugares interesantes, eso sí.

¿Que qué pasó con el otro? ¿Con el más chico dices? Pues Alberto vivía en la luna, escondiéndose para rezar las oraciones que él se había impuesto, él solito, sin dirección de nadie, nada más

ITINERARIO

porque se le ocurría. Pero de ahí a que quisiera hacerse sacerdote había un abismo, o al menos ni a Remigio ni a mí se nos había pasado por la cabeza. Eso sí, fue siempre callado y obediente, pero como que ya desde entonces no estaba con nosotros. Y cuando llegaron por primera vez los padres redentoristas para dar misiones, Alberto fue a hacérseles presente para ver en qué podía ayudar. Yo sé que los padres luego luego le echaron el ojo porque le conocieron la vocación. Alberto casi no llegaba a la casa en esos días, allá andaba con ellos aprendiendo todas las cosas que se necesitan para ser acólito, y cuando ayudó a la misa por primera vez tenía una mirada . . . una mirada que no te puedo explicar cómo era; desde ese momento le eché cruz y estrella. Y no me equivoqué: una tarde vinieron los padres para decirnos que habían descubierto que Alberto tenía vocación, que había que dar gracias a Nuestro Señor por aquella gracia tan señalada, y por más que les dije que esperaríamos un poco de tiempo para estar más seguros, ahí cargaron con el muchacho. Él iba feliz, y así sigue todavía, según me dice en las pocas cartas que hemos recibido, y Dios quiera que si va a ser para eso, que lo llene de fervor y que haga de él un buen sacerdote. Yo, para qué te lo voy a mandar decir, me quedé como ves: como alma en pena que no encuentra su lugar. Y es que Alberto era mi única compañía; Remigio se va a la milpa y yo me quedo aquí rodeada de recuerdos. No sé por qué se me hace que los recuerdos son cosa de muertos, cosas que nos van quedando de algo que se fue para siempre, y eso es muy triste.

“Opodepe, la sexta misión, es pueblo de eudebes y tiene por misionero al padre Francisco Loaiza. Hay varias minas de oro en los contornos y he visto un grano de oro nativo que pesaba siete onzas”. Esto lo contaba el padre Gérard Decorme en los papeles que encontró y que se refieren al año de 1762.

—Así es como me gustan, corajudas, rejegas, que no tasquen luego luego el freno.

—Sálgase le digo, sálgase pues o le grito a mi papá.

—Mira Toña, Toñita, no seas mala, si yo lo único que quiero es saber si me vas a corresponder; mira que ya no soy un muchachito para que nomás andes jugando conmigo.

—Ye le dije que me dejara pensarlo un tiempo, y que mientras no se me arrimara para nada, pero ahora estoy cayendo en la cuenta de lo vaquetón que es usted, que no sabe guardar un trato.

—Dispénsame, Toñita, es que no sabes lo que se siente cuando anda la prenda en boca de todos. ¡Ya ni la pelan! Si vieras cómo me encorajiné el otro día y le di sus buenos mojicones a un criminoso que andaba difamándote por ahí con uno de la carretera.

—Puchi cómo son . . . ya sé que me traen en cuentos y chirinolas, que si ando muy elegante, que de dónde voy a coger para vestirme así, nomás le digo que mi dinero me ha costado y que a nadie le pido fiado.

—Pues si tú quisieras podías ser la más elegante de todo este río sin tener que andar agachando la cabeza ni humillándote ante nadie.

—Eso sí no, don Roberto, me humillo pura . . .
masque se les hinche la boca de hablar de mí.

—Por eso es que me gustas tanto, Toñita, pero
quiero que tengas presente que en cualquier apu-
ro aquí estoy para lo que se te ofrezca.

—Gracias, don Roberto, deveras se lo agra-
dezco de todo corazón; me da tanto gusto saber
que cuento con alguien, porque la verdad hay
veces que me siento tan desesperada que me en-
tran unas ganas de tirarme al río crecido y des-
pintarme de este mundo . . .

—No, Toñita, no. Ni en broma digas esas co-
sas, no se te vaya ocurrir intentar semejante bar-
baridad nomás por lo que la gente desocupada se
pone a chismiar; es que no tienen en qué entre-
tenerse y de que le agarran tirria a uno, Dios nos
favorezca; pero no te acobardes ni te pongas a
darle hilo a esos malos pensamientos.

—Mire don Roberto, ahí viene mi papá, me-
jor sálgase, ya lo conoce cómo es él de caviloso.

—Ahora andan todos con la cabeza para arriba,
don Juan, nomás mirando el cielo.

—Pues qué no irá a llover este año, es una re-
sequedad como nunca.

—Todos los años decimos lo mismo, que como
nunca. Ahora hasta el bacerán de La Sauceda
está seco, y los animales quieren beber a como
dé lugar, lo tienen hecho un atascadero.

—Ya estamos mirando venir un invierno muy
crudo, José; mientras más larga es la sequía, más
heladas y más nieve nos va a bajar de la sierra.

Don Juan mira rencoroso al oriente y suspira
desalentado:

—Lo cierto es que estamos fregados, José, lo que se dice bien fregados. . .

—Mamá, mire aquí a Hernán, no quiere comerse las tortillas de la Juana.

—¿Pero por qué no te las comes? ¿Qué tienen, vamos a ver?

—Mírelas cómo están, todas chuecas.

Y la Juana, rencorosa:

—No van a entrar rodando. . .

—No, no creas que solamente soy el administrador de correos; aquí donde me ves soy amanuense, herrero, mecánico, afilador, orador, peluquero, abogado y todo lo que se ofrece. Como dice el refrán, aunque tuerto soy rey porque vivo en tierra de ciegos. Ahí ves tú que un día llega una mujer con un sobre, un papel y un veinte, que don Joaquín escíbame una carta; no puedo, estoy ocupado ¿qué no ves que acaba de llegar el correo? que son unas cuantas líneas para Tirso que se fue pal otro lado; ¿pues qué no ves el montón de correspondencia que tengo que despachar? yo soy gente ocupada, siempre tengo muchos fierros en la lumbre, ¿pues qué no sabes siquiera escribir? No, no es que diatiro no sepa escribir, escribir sí sé, no muy bien, pero sé, lo que pasa es que luego se me hace muy trabajoso escribir el sobre, como es en inglés; “traí pues”, nada más porque tienes necesidad y para que me dejes trabajar, pero que sea cortita porque no hay lugar de hacer cartas largas, a ver dónde está tu muchacho; y ahí me tienen escribe y escribe, pero cuando termino y le entrego la carta

ITINERARIO

tengo que arrebatarme el papel para doblarlo como es debido porque son como el carambas de cochinas, ahí meten la carta al sobre toda arrugada, y al último tengo todavía que dar el lengüetazo para cerrar el sobre, rotularlo y pegar el timbre; a ver dónde está el otro veinte; pues ahí se lo di; sí, pero desde qué años se pagan cuarenta centavos, y más esta carta que va a los Estados Unidos; ah, pues yo creía que todavía eran veinte; yo creía . . . yo creía . . . pues ya la estampilla de cuarenta está bien pegada y ni modo de arrancarla porque se hace pedazos; pues no traigo más, présteme pues el veinte que hace falta, cuando Tirso me mande algo se lo pago; todavía eso, anda pues, mujer, ahí está el veinte; y que llegue pronto ¿entén?; qué carajo, como si yo fuera a coger la carta y llevarla corriendo hasta su destino, así es la gente de bruta, no sé para qué les sirve esa bolota mal hecha que andan cargando, no razonan, nada se les ocurre, ¡válgame Dios! por eso no sólo soy el administrador de correos, también amanuense o escribiente, como se diga, porque al fin de cuentas pobres gentes, quién sabe por qué saldrían así.

—Uuu . . . ya hace mucho tiempo que no bailo, comadre, hace mucho tiempo; usted se acordará bien de eso, cuando a los viejos nos dio por sentirnos jóvenes y pudientes . . . nos poníamos nuestros trajecitos nuevos que nos mandamos hacer en Hermosillo, y con botas bordadas dábamos el taconazo que hasta parecíamos de quince . . . nos dejábamos algunos pesos en las bolsas para que nomás sonaran a la hora del baile. Fue entonces cuando le hacíamos a Bátiz unos fiestones que

hasta nos amanecíamos, quesque para que nos ayudara con el ganado en tiempo de la aftosa y no nos lo sacrificara como se había venido haciendo en toda la república; le atrincamos las bolsas de pesos, le hicimos barbacoas y bailes, todo para que después nos llegara una multa de miles, no de dos ni de cinco ¡qué va! de muchos miles de pesos que porque nos habíamos opuesto abiertamente a la campaña contra la fiebre aftosa. Nada valieron vueltas a Hermosillo, a la Ganadera, ya Bátiz había dejado la orden y no hubo más remedio que pagar: entre todos como pudimos juntamos los centavos de la multa; yo iba tan encorajinado que si me lo encuentro me lo hecho al plato sin más averiguaciones, pero éste luego luegoito la ventió, paró oreja y le corrió pal sur, que si no . . . Pero de esto ya hace mucho tiempo, comadre, todas ustedes estaban chamaquitas, ni pensar entonces que íbamos a ser compadres; ahora estoy todo arrugado, pero a pesar de las arrugas me siento fuerte; qué le cuento que estoy en plena producción, porque gracias a Dios no se me ha acabado ni la apetenencia ni la potencia, gracias a Dios . . .

—¡Ay, Dios, luna llena! . . . Con toda seguridad Medardo no nos va dejar dormir en toda la santa noche . . .

—No, papá, ya no gaste más dinero en mí; se lo digo en serio, yo no quiero volver a estudiar a Hermosillo.

—¿Pero por qué no quieres volver? Ahora me lo dices de hombre a hombre y sin que se te tra-

be la lengua; vamos a ver ¿es alguna vieja? ¿No? Entonces veme diciendo qué problemas tienes; yo soy tu padre y estoy dispuesto a ayudarte, así que comienza . . .

—Ya le he dicho que no se trata de nada de eso, papá, es que no tengo cabeza para estudiar; a mí me gustaría más quedarme aquí en el pueblo, eso es todo.

—Pero si traes unas calificaciones no tan malas, nomás reprobado en una materia que puedes presentar después.

—Para sacarme esos seises y sietes me sudó el copete; ya hasta los compañeros me hacían burla de verme cómo estaba clavado día y noche, y ellos tan frescos, con una repasadita, nomás vieras la sarta de dieces que se sacaron. Ellos sí son buenos para el estudio, yo no, para qué es más que la verdad. Por qué mejor no me deja aquí, donde puedo ayudarle en el rancho, mandar a los vaqueros, estar pendiente del ganado.

—Sí, pues, ya sé lo que quieres, andar como tus demás hermanos con el sombrero hundido hasta el gogote, chorreando de sudor; ya estoy hasta aquí de ver a la familia enchaparrada y con botas vaqueras; parece que ninguno me va a cumplir el gusto de ver una placa pegada a esa puerta que diga: Médico Cirujano, Universidad de México. ¿Qué tal mis piensos? Porque podría mandarte hasta México, si quisieras.

—A México ya iré un día cuando haya enderezado ese rancho que tiene ahí tirado, cuando le saque todo el dineral que puede rendir. Mire, nomás por primeras cuentas, haciéndome de dos buenos vaqueros de esos curtidos en el oficio, bien pagados y comidos, eso sí . . .

—Mira, mejor otro día hablamos de eso . . .

Está visto, pues, que el estudio no le estira, tengo que convencerme de que la cabezota no le ayuda; los hijos de don Nacho van a hacer carrera, ya van muy adelantados, y este mío que era la única esperanza . . . pero para que pierda el tiempo y yo aflojando los centavos a lo tonto, es mejor dejarlo que se dedique a lo que le guste, pues. Y yo que me estaba haciendo las ilusiones de la mentada plaquita . . . Para qué van a servirle a uno los centavos entonces, después que me ha sudado la camiseta para hacer un capitalito regular, que he echado el alma desvelándome, todo embaiburinado en tiempo de aguas, muerto de cansancio en el zoquetal para aprovechar la poquita de agua que tenemos y regar la siembra yo personalmente, el mero interesado, para que ahora me resulte este muchacho con que no quiere estudiar. A otros lo único que les detiene es el dinero y ahí andan arando el mundo para conseguirlo y poder ir a la universidad, y ahora con lo que me va saliendo este cabezón; para conformarme voy a necesitar bastante tiempo.

No sé hasta qué punto estaríamos emparentados con los Brockman de Meresichi. De cuando en cuando llegaban a casa unos muchachotes rubios, rudos, de grandes ojos azules. La mar de buenos. Jorge, Edmundo, Gonzalo, Sofía, son los que recuerdo. Callados ellos, formalotes, parlanchina ella, alegre como una sonaja, rechinando de limpia. Siempre que los veía ahí sentados en el corredor de la casa, oreando el ambiente caldeado el vientecillo del norte, y cuando ahora los recuerdo como estatuas de dioses nórdicos, no sé qué desajuste étnico me provoca desazón, como

si inconscientemente exigiera para ellos el casco y el bajel del vikingo, fieros navegantes en un mar enmarañado de hielos.

¡Qué cerca estoy de la muerte! Y así como ven, viejo, enfermo, sin poder moverme, no tengo ni tantitas ganas de irme. Recondenada vida esta que llevé y que me tiene todavía encadenado. Todo mi cuerpo adolorido, decadente ahora, no me fue más que pretexto de placer. ¡Qué miradas las de mis ojos, qué no dijo mi boca, palabrotas, reniegos, maldiciones, consejos para mi conveniencia, palabritas tiernas ¡ay, cuántas palabritas tiernas! hasta lograr lo que deseaba; caminos los que anduvieron mis pies, veredas pedregosas, llanos fáciles, trepando, subiendo, bajando, resbalando todo moreteado; y mis manos... ¡qué decir lo que hicieron estas manos, lo que deshicieron estas manos!... Si levantara un inventario de mis culpas ¡ah qué mal paradas saldrían las partes todas de mi cuerpo, siempre mal arrendadas por el cerebro, dejándole todo el trabajo al corazón! Y tan malas jugadas que me ha hecho el corazoncito este. Ahora está cansado, cascado como máquina vieja, y no para de caminar, despacito me está llevando hasta mi término, nomás hasta donde he de llegar.

—Miren nomás al viejo chocho entusiasmado con la Toña que podría ser su hija y ¡quién sabe si hasta su nieta!

—Pues qué le llama la atención, doña Chayo, ya sabe que a gato viejo, ratón tierno.

—Y lo peor es que ella, yo no la acrimino,

Dios me libre, pero todos dicen que es cierto, que anda en malos pasos y que a don Zenón ni por aquí le pasa.

—O se hace. A él le interesa colocarla con don Roberto, que es la única esperanza de que salga de pobre toda la familia.

—Pues no andan los díceres de que don Zenón le ha aceptado a don Roberto muy buenos regalos como la tierra de arriba y semilla para sembrarla, y un arado nuevito y dos buenas mulas, nomás que la Toña con el “susirio” del otro, nomás lo está entreteniéndolo.

—Ahí está la suerte de cada quien; a don Roberto le convenía una de las Aguilares, tan buenas muchachas, caseras y trabajadoras y de ribete nada feas, a más, acomodadas a su edad y bastante leídas y escribidas.

—Así será, pero no tienen lo que tiene la Toña.

—Pues qué tiene la Toña, vamos a ver.

—Lo que usted ya sabe, comadre, y sobre todo que sólo por ayudar a su papá aguanta las flores de don Roberto, y como a los hombres les encanta la indiferencia . . .

—Pues me cortan el pescuezo si no acaba casándose con él.

—Eso si el de la carretera no la avienta antes de que otra cosa suceda; yo lo vi el otro día, y está talludito el hombre, quién sabe si hasta casado sea.

—Nomás dígame usted, con eso de que los muchachos se van a estudiar los que pueden y los otros a trabajar fuera, las pobres muchachas no tienen dónde escoger.

—Pues será muy tonta la Toña si se deja engatusar por un desconocido, ¿qué espuma le so-

pla a don Roberto, pues? si hasta en el gobierno tiene amigos, ¿no vio el otro día a un licenciado que estuvo en su casa? Pues que le anda arreglando la salida de la cárcel al hijo de don Zenón, al más chico, que lo apresaron por ladrón de ganado.

—Cómo andará de apasionado que ni el codo le dolió para sacar el rollote de billetes y soltárselo así al abogado ese.

—Pues si no hubiera sido por la difunta Lugardita que le ayudó a levantarse, ahí andaría como el más triste de los jornaleros; la pobre toda su vida cose y cose ajeno, haciendo pan para vender, tan luchona ella, para que ahora el viejo ande repartiendo los centavos con la esperanza de llevar una polla a su casa.

—Así es el mundo, ni modo, por eso todo lo que hay en mi casa es para gozarlo en esta vida, porque venir a ver de qué le sirvieron a doña Lugardita sus desveladas, sus matadas para hacer bachicha para que ahora otra con sus manos limpias venga a disfrutarla.

Don Francisco saca la silla hasta la calle; a esa hora amaina el calor y se puede platicar de acera a acera, y aunque no tiene deseos de charlar, el fresquito puede hacerle bien para despejarle la cabeza, revuelta de ideas sombrías.

—Buenas, don Francisco.

—Buenas, Utimio.

Ya sé que no voy a hacer entrar en razón a este muchacho, de que se le mete una idea ni quien se la quite; las muchachas andan ya muy de novias, tan chicas y se les hace tarde para meterse en trabajos, pero ellas qué le hace, son

mujeres y tarde que temprano en eso van a acabar, pero los hombres si no están bien preparados se los lleva la trampa.

—Qué tal fresquito, don Pancho.

—Sabrosón, Ernesto, si no fuera por estas tardes estaríamos asados de calor. . . Y a quién sacaría en lo testarudo este muchacho, a quién más que a su madre, que es el hilo por donde se saca lo inteligente o lo bruto. En eso debí fijarme cuando anduve haciéndole la rueda a la Micaïla, y no en las piernas ni en la cinturita, pero. . . ¡qué carambas! de joven tiene uno sus antojos y sólo por ese lado se mira, y sobre todo por el gusto de que le envidien a uno la suerte, porque más de cuatro le echaban el ojo a la Micaïla tan seriecita; ella, para qué es más que la verdad, me hacía sentir muy hombre porque si me prefirió a mí, por algo había de ser; me la traía atarantada, aunque no tanto como para darme las pruebas antes del casorio, para eso las mujeres tienen sus mañas, por más suatas que sean lo arrastran a uno al altar sin meter las manos. . . Hasta eso que nunca me ha dado en qué sentir la Micaïla, tan jovencita que la agarré, la hice luego a mi rienda; que si era necesario estar-se seis meses o más en el rancho lidiando vaqueros y muchachos, con todo el trabajo de la casa, sin chistar palabra jalaba para allá; que se trataba de festejar el día de mi santo y recibir visitas desde la madrugada, ella estaba dispuesta; que si algún parto la cogía sin quién la atendiera, se aguantaba y al tercer día ya andaba trajinando en la cocina, lidiando con los buquis y el recién nacido. No, yo no puedo decir que ella me haya faltado en nada, pero qué bruta me salió, la pura verdad.

Que un hombre como Celedonio Robles hubiera crecido así de fino y atento sin haber salido del pueblo era algo inexplicable. Sobre todo que pasado de los treinta no hubiera intentado casarse, con la abundancia de muchachas bonitas esperando una oportunidad. Con la mina y la carretera algo se había remediado el problema pero no para Matilde pues ella cuándo, qué esperanzas que consintiera los requiebros de un desconocido metido en overoles grasientos.

La madre de Celedonio, aquella doña Lupe Pesqueira que tuvo fama de bonita en toda la región, dio en decir tiernos requiebros al hijo, palabras mimosas que barajadas, repetidas una y otra vez fueron concretándose hasta quedar fundidas en una: *el tesoro*, y aún ahora así le dicen muchas gentes del pueblo.

Celedonio aparecía de tarde en tarde frente al mostrador de Matilde con el pretexto de comprar cigarrillos, y Matilde con su blancura de estatua, rubios los cabellos ondulantes, roja y carnosa la boca, esperaba la ocasión para, sin desdoro de la decencia, dar pie a un diálogo prometedo.

—Buenas tardes, señorita Matilde, cómo ha estado usted y todos los de su casa.

—Muy bien, gracias, y qué milagrote lo trae a usted por acá.

—Ya ve usted, no siempre puede uno permitirse ciertos gustos, hasta ahora que llegué para saludarla . . .

Matilde sonrío suavemente, natural y saludable, mientras juguetea entre sus manos el estuche transparente que encierra una pequeña aguja imantada.

—Dispense, Matilde, ¿y eso qué es?

—¡Ah...! este es un aparatito que sirve para buscar y encontrar *los tesoros*.

La rueda de la máquina de coser gira en vértigo, convertida ahora en una cinta reluciente. La niña cierra los ojos para no marearse con el olor del aceite y el ruido de los pedales.

—Hija, búscame en el costurero dos botones iguales a éste, pero que sean iguales ¿eh?

—Sí, mamá.

Al rato.

—Hija, ¿no encontraste los botones?

—Sí, mamá.

—Dámelos, pues.

—Sí no los encontré.

—Buenos días, don Chico.

—Qué milagro, Salvador, ¿desde cuándo por acá?

—Ayer a mediodía llegué, pero hasta ahora me animé a salir, con el calorón que está haciendo...

—Pues qué pronto te está debilitando la ciudad, porque no me digas que las comodidades no hacen flojos a los hombres, y cuando vienen a su tierra, sin aire artificial ni nada de esas pen-dejadas, ya andan otro día queriendo arrancar.

—Hasta eso que le concedo razón, pero a mí lo que me hizo salir fue que cada vez que se me ponía malo alguno de los muchachos ahí vamos corriendo a Carbó, a Hermosillo o de perdida a Rayón, pagando lo que me pēdían por la dejada y sin saber bien a bien qué era lo que le pasaba al enfermo.

ITINERARIO

—Pues ya tenemos aquí a un principiante para que se estrene con nosotros, pero algo es algo, a ver si luego no empieza a atiriciarse y se nos va, porque yo soy de los que creen que aquí nomás los hombres muy hombres se aclimatan; a los demás los echa fuera el mal clima, la mala comida, la falta de diversión, pero es mejor así, porque eso de estarlos oyendo quejarse todo el día . . . así tenemos lo que necesitamos, hombres con los pantalones bien fajados listos para todo lo que se vaya ofreciendo.

—Usted diatiro la pela, con Chico, me está aventando el saco para que me lo ponga.

—Tú sabrás si te está, Salvador, aunque yo estaba hablando de los “gauchos”, no de tí.

—¡Ah qué don Chico este . . . !

—Tendré que ponerme a escribir, a aprender carpintería, traerme pinturas y pinceles o me volveré loco. Este pueblo que me tocó francamente es una calamidad, yo ni siquiera me lo sospechaba. Pero quería ir a un lugar alejado de México, desintoxicarme de ruidos de camiones, fábricas y trenes, disponer de tiempo para otras cosas, respirar aire puro. Todo eso lo tengo ahora, y en qué forma; creo que estoy hartándome de este destierro; unos pasos para el norte, y el cauce del río, otros al sur y el cauce del río; camina uno al poniente y nos da un frentazo el cerro de La Cruz, para el oriente nos cierra el paso el montón de cerros encimados unos sobre otros, interminables. Todo el día sentado aquí en el consultorio haciéndome el tonto, y nadie llega, pero que no se me ocurra caminar un poco por la orilla del río entre el jarillal, porque ahí vienen a grito

pelado que uno se está muriendo, que córrale doctor por vida suya, porque eso sí, aquí el doctor es el último recurso; mientras el enfermo no está para estirar la pata se la pasa con tecitos, con pildoritas que no sirven más que para hacerlos pasar tranquilos unas cuantas horas, cuando bien va. Muchachos, en Sonora hay varias plazas (¿te acuerdas?) Imuris, Sahuaripa, Benjamín Hill y Opodepe, y a mí me quedó repiqueteando el nombrecito este tan raro, y ¡púmbale! vámonos allá sin más averiguaciones, y aquí me tienes frito, mano; correo tres veces por semana solamente, sin un triste cine, sin una biblioteca, si no fuera por las Aguilar que tienen algunos libritos interesantes y que me invitan a comer alguna vez peor fuera la cosa. Mira cómo estoy enflacando con esta comida infame para la que hacen falta mandíbulas de coyote carnicero, sin frutas, sin verduras, sin nada. Aquí lo único atractivo es Eloísa. ¡Qué bárbara! con ese cuerpo, con ese porte, se la echo a Silvana Mangano y se la lleva facilito.

—¿Y?

—Tiene novio, manito, un novio más celoso que Oteló, y ella, para qué es más que la verdad, le es fiel; eso no impide que cuando hay una oportunidad me dé unas miraditas que francamente me dejan patitieso.

—¿Y no hay alguna rendijita en su casa, una ventana con rejas o algo equivalente?

—Eso de las rendijitas no es difícil; ya te darás cuenta cuando llegues a tu destino que aquí se vive y se duerme a los cuatro vientos con puertas y ventanas abiertas, con decirte que aquí para nada se usan llaves.

—¡Qué interesante!

ITINERARIO

—Sí, pero más interesante es que te enteres de que así tienes que vivir tú también; todo el pueblo sabe si te bañaste, qué comiste, cada cuándo mudas de ropa, de quién recibes carta, qué casas visitas y por qué, de qué platicas, si tienes novia en México, si piensas casarte, etcétera, etcétera.

—Pues eso sí va a estar pesado para mí, acuérdate que soy de Puebla.

—Aquí se te va a quitar todo lo remilgoso y apretado, ya verás. Mira, hasta las enfermedades: no te encuentras con un enfermo que presente un cuadro que te desconcierte, que te haga pensar; todo es tuberculosis, lo más frecuente, o “latido”, que se les fue la tripa, o que al niño se le cayó la mollera, que tiene cursera, empacho, buche y “hoguío”; pero eso sí te recomiendo; no se te vaya a ocurrir decir nada en contra del pueblo porque si son buenas gentes y amigos de verdad, se te voltean completamente si se enteran de que los criticas. Te pueden salir con que “este pueblo es de hombres, amiguito, y si usted no se siente bastante, pues ahí está el camino” y te traen entre ojos y empiezan las puyas a tu hombría. Pero por otra parte, dentro de su rusticidad, son capaces de quitarse el bocado de la boca y dártelo con una ingenuidad que conmueve, y . . . no sé, empieza uno a quererlos y a tenerles lástima de verlos tan aguantadores, convencidos de que Sonora, con este calor insoportable y el frío de los cuarenta mil que hace en invierno, es lo más grande y lo mejor que tiene México, y no comprenden cómo alguien puede pensar de otra manera.

—Ya Contreras me había contado algo de esto,

pero él es sonoreense y de ninguna manera puede ver las cosas con otros ojos.

—Con los míos no, ni con los tuyos, estoy más que seguro, pero ya lo experimentarás en carne propia cuando pases un año entero remontado en un pueblo como éste, quizás. . .

Chimoleros, noveleros siempre lo han sido. En el reducido mundo del pueblo es un acontecimiento importante la llegada de algún viajero de relieve y la opinión de los “fuereños”; así quedan nítidamente almacenados en la memoria popular pequeños detalles que en otras circunstancias pasarían inadvertidos.

Kino, el misionero infatigable, escribía: “los indios nuevos son muy noveleros. Lo bueno o lo malo que cualquiera de ellos sepa, se sabe y se publica luego a todos. Por eso entre ellos, aún más que entre otros, es menester más cuidado de no agraviarlos o desconsolarlos, etcétera. Luego todos, aún los más remotos, preguntan por el padre misionero: lo que hace, lo que dice, lo que da, lo que trae, lo que enseña, cómo habla, etcétera”.

—¿No sabes la novedad? Que don José Suárez rentó la huerta de San José con todo y molino, y que ahora sí van a cuidar bien los árboles y a vender la fruta, no como antes que cualquiera que iba se metía de rondón a la huerta y comía lo que quería. Yo no conozco al amigo que vino a rentarla, pero no es de por aquí, se trajo algunas gentes, peones con sus familias, unas mujeres prietas pero bastantes regulares de cara, quesque

ITINERARIO

son de Michoacán. Él es chapo, güero, delgadito, una cosita así pegada al suelo, pero que muy inteligente y trabajador; es él quien dirige a los demás y cada que pueden tienen su misa allá en San José; que lo primero que hicieron antes de entrarle al trabajo de la huerta, fue un altar y compusieron una pieza para capilla. ¿Que son qué? ¿Sinarquistas? ¿Y a qué le tirarán los sinarquistas? Eso sí, con nadie se meten, ellos trabajen y trabajen y rece y rece, pero están dejando chulísima la huerta; la limpiaron de cabo a rabo; cada árbol tiene ya su rodete y los riegan según el árbol de que se trate, unos a los tantos días, otros a los cuantos. ¡Ah qué malacostumbrada les están dando! Nomás falta que ahora que los arbolitos tienen tantas atenciones no quieran dar fruta, porque hasta los árboles se chiquean, como las mujeres o los chamacos. Lo que se me está poniendo en la cabeza es ir a San José y de plano preguntarles qué es eso de sinarquismo, nada se les quita con decir qué plan pelean, y si es algo bueno para el pueblo, mejor que mejor. Son gente buena, muy políticos y de mucha caravana, según me han contado, pero hasta ahí. Lo que me gusta es que no son nada ventajosos ni déspotas, que si así fuera, podrían irse componiendo, porque aquí de esos no caben, de veras no caben.

Ciertamente se usan poco las llaves. No se usan, para mejor decir. Llaves y candados andan por ahí en algún cajón de poco ajeteo, enmoheciéndose. Son aditamentos del buen propósito, “para cuando le ponga cerradura a aquella puerta, a aquella petaquilla”. Así van criando pelusa, se aherrojan, se aprietan. No hay mano que las

frote, que las engrase. Cuando casualmente alguien da con ellas, las prueba en el candado, y “¡bah! ésta ya se echó a perder”, y la dejan donde estaba.

Nada está encerrado; las puertas se abren y así permanecen día y noche; las palabras no se guardan, salen rebotando sin miramientos, libremente; algún brote de resentimiento se deshace cuando sale a la luz y estalla; así el interior queda limpio y dispuesto a la concordia. Los alimentos primordiales no son de los que fermentan a la sombra, en la oscuridad del encierro, todo está al aire y al sol, oreándose; la carne hecha cecina, las sartas de chile rojo, los ejotes, los orejones de fruta y de calabacitas tiernas, todo recibiendo el sol, mustiándose al aire, achicalándose, para recuperar sabor y aroma al rehidratarse.

Ciertamente, aquí las llaves no tienen la menor importancia.

El baiburín casi microscópico se instala cómodamente en los poros de la piel y produce un escozor insoportable. Es de un hermoso rojo escarlata y de tenacidad inconcebible. Para extraerlo es preciso usar pinzas y una lupa para dedicarse a la tarea con minuciosidad y paciencia. Según apunta Sobarzo en su “Vocabulario Sonorense”, el baiburín es “Insecto que en la estación de aguas se cría en la flor y hojas de una planta silvestre. Este insecto muchas veces logra penetrar en la piel humana y produce gran molestia y aún grave dolencia. // Nombre de la planta en que se cría el insecto.”

—Descúbrale por favor la espalda, señora; voy a auscultarlo.

El enfermo, semincorporado, exhibe su inventario de huesos. Profundas ojeras negras, circundan los ojos febriles de párpados enrojecidos que no soportan ya la luz, de tan sensibles. . . Y esa tos seca que se oye constantemente por toda la casa, tan sin remedio.

Al médico recién llegado se le ha puesto de repente la cara como de hombre maduro, preocupado. Sin hablar sigue reconcentrado y ceñudo el examen del enfermo.

—¿Verdad que no es el malecito, doctor? Aquí todas las vecinas: que apártale sus trastes, que echa matagusanos en el piso, que lávale aparte sus trapos, y yo dice y dice que no es más que un catarro constipado, ¿no es cierto, doctor?

Él, sin contestar, guarda parsimoniosamente el estetoscopio en el estuche de piel, una arruga naciéndole de repente entre las cejas.

—Ya lo vio el doctor de Rayón y le recetó unas cápsulas que ningún provecho le hicieron ¿no quiere verlas, doctor?

—No, señora; no es necesario; debo decirle. . . es mi deber decirle. . . que según mi opinión ninguna cápsula puede ayudarle. . . ya.

María, la del vestido siempre entre negro y verdoso; María alta y seca como un saguaro; María dolorosa, la de las vigiliias constantes; María inapetente por darle un bocado a su enfermo apenas tiene alientos para interrogar al médico, más con los ojos que con la voz semiahogada, al borde del sollozo:

—¿El malecito, doctor?

—El malecito, señora.

*****~*~*****

Qué será de la huerta de las Mayve a donde íbamos temprano a comprar tunas, unas tunas grandes, amarillas, dulcísimas y frescas; qué fue de la casita que tenían en la orilla de la barranca, de donde Salomé la silenciosa emergía como una aparición con su vestido blanco recién almidonado; y de aquellas rosas-té que se deshojaban al tocarlas, cuyos pétalos sacábamos afanosamente de entre las ramas espinosas porque eran buenos para los males del corazón; y aquellas granadas que tomábamos a dos manos para abrirlas, de granos rosados vidriosos que se desparramaban a nuestro alrededor, jubilosamente; y los albrichigos, velluda la piel, el corazón de dulzura reconcentrada; los membrillos veraniegos cubiertos por una pelusilla sutil, y la breva arisca, siempre a la defensiva con su lágrima blanca, pegajosa y tenaz. Algún día habré de ir a buscar la huerta de las Mayve y la sombra de Salomé, en la barranca a la orilla del pueblo.

¡Ay, corazón que te vas
para nunca volver
no me digas adiós!
No te despidas jamás
si no quieres saber
que la ausencia es dolor.

Canción a todo pecho; voz brusca pero sentida, modulada y rica en timbre; canción del adiós definitivo, desesperanzado, como un machetazo demoledor que de un golpe, algo ha dejado muerto.

Malhaya los ojos negros

y mordisquean las patas de las reses rebeldes que se descaminan para seguir su capricho. Un ladrido y un reatazo a tiempo son suficientes. El mezquital con sus péchitas color encendido proporciona un motivo para descansar a la sombra y tomar algo de “lonche”. Recargados sobre los troncos los vaqueros miran el camino reverberante, los párpados entrecerrados con un gesto que los arruga en prematuras patas de gallo. Las chicharras, escondidas entre el ramaje ceniciento, inician su coro interminable y penetrante.

—Si yo los estuve siguiendo, don Juan, y si hubiera llevado al máuser me los “venadeyo” desde la loma, pero el caballo se me despezuñó en el resbaladero.

—¿Y no supiste cuántas se llevaron?

—Tres de las de usted nomás, la Quecha, la Venada y la Josca, hija de la que se murió en el pedregal de La Cañada; llevaban también de don Alejandro, de Utimio y de don Ramón; llevaban buena partida, y si llegan ahora en la noche a Cucurpe ya se armaron porque ahí están los compradores, dicen.

—¿Y no llegaste a reconocer a ninguno? ¿No llevaban montura conocida?

—No, esos no son de por aquí, porque a alguno habría yo reconocido, si no estaban tan lejos. Eran bastante muchachones los amigos, con buenas chaparreras y espuelas y caronas nuevecitas. Lo que estoy maliciando es que alguno de por el rumbo les dio el norte, porque qué casualidad que cayeron a la mera hora cuando el ganado estaba sestiano solo.

—Por angas o por mangas todos los años nos roban ganado; hay que denunciarlos, José, hay

ITINERARIO

que denunciarlos, o poner gente apostada en Cu-curpe para saber de quiénes se trata.

—Hijue'la mañana, y tan cerquita que los tuve; lo que es otra ocasión no se me escapan; ya habrá lugar de darles una buena escarmentada.

Aquel niño tenía miedo de la soledad, del silencio, de la oscuridad sobre todo. Quizá la obligación de levantarse a medianoche hasta el apartado baño era un sacrificio muy grande para su poca edad. Sin embargo era muy listo, conocía ya varios héroes famosos. Todas las tardes el padre lo encontraba con un libro de historia entre las manos (propiedad de sus hermanos mayores) identificando personajes.

—Vamos a ver, ¿quién es éste?

—Hidalgo, Miguel Hidalgo y Costilla.

—¿Y este otro?

—Morelos; a ese es muy facilito conocerlo por el trapo amarrado en la cabeza.

—¿Y éste?

—Es Simón Bolívar.

—¿Y quién fue Simón Bolívar?

—Un hombre muy valiente.

—¿Y qué hizo para que digas que era muy valiente?

—Pues, fíjate, papá, se levantaba solito a orinar de noche.

Bota nuevecita, americana; chamarra de gamuza; buen sombrero de fieltro, de ala ancha; carro de trabajo y carro de paseo. El hijo de don Francisco le pegó al clavo quedándose en el rancho; de qué le hubiera servido amacharse a estudiar

si verdaderamente no podía. Ahora mírenlo, se siente rey en su rancho y hasta eso, es el mejor partido del pueblo.

De Pancho ni hablar, ese era para las mujeres. Tenía una gracia para conquistárselas que donde ponía el ojo ponía la bala. No sé qué montón de cosas les contaba que caían redonditas; él no veía ni pelo ni color. Pobre m'hijo tan enamorado, brincando tapias a medianoche, sacándole el bulto a los parientes que se ponían exigentes con él, pero así como las convencía se zafaba de compromisos. Pero con los hermanos de Teresa no pudo; lo cogieron casi con las manos en la masa y de ahí derecho al juzgado sin más averiguaciones. Ni modo, él tuvo la culpa, y aunque no hubiéramos querido que así fueran las cosas, de la muchacha nada podemos decir. Hasta donde llegan sus alcances lo atiende y hace todo lo que puede para tenerlo contento. Lo único que me entristece es que está todo el santo día sin ver la luz del sol, en un socavón horrible. Mejor se hubieran quedado aquí, pero qué quieres, la familia de Teresa no podía soportar tenerla enfrente, recordándoles cómo tuvo que casarse, sin vestido blanco y de noche, todo a escondidas. Me cuentan que Pancho llega tan cansado por la noche a su casa que ya no tiene humor de nada, nomás se baña, cena y a dormir. Ni pensar en ir a bailar, y a él que le encanta el baile, así llegará mediomuerto el pobre de m'hijo. Por eso te digo que para no acordarme de nada, mejor quisiera morirme.

ITINERARIO

En la calle desierta y oscura las conversaciones pueden oírse casi por todo el pueblo, así está de silencioso. En la esquina de don José Suárez una gran piedra indica el sitio de reunión. Por la tarde, cuando el sol deja de calcinar las calles, don José sale calmadamente de su casa, carraspeando, el cigarro apretado entre dos dedos amarillentos de nicotina; mira al cielo, se para en la esquina, una pierna doblada, y haciendo contrapeso, pone la planta del pie sobre la pared. Y empiezan a llegar los contertulios uno por uno, sin prisas. Así se discuten las novedades del pueblo y se comentan las noticias internacionales captadas por el aparato de radio.

Cuando oscurece las voces se adueñan de la calle, resbalan por ella pegándose a las paredes de adobe, metiéndose a las casas por las puertas abiertas de par en par, meciéndose con el airecito de la sierra y enterando a todo el pueblo de lo que piensan los de la tertulia de la esquina; únicamente las chispas de los cigarrillos se ven subir hasta las invisibles bocas, temblar un breve instante, cuando con el dedo se golpea suavemente para hacer caer la ceniza, y bajar por último hasta la altura de la rodilla cuando el brazo cae, descansando.

—Mira las horas que son y ahí están todavía don José, don Juan de Dios y don Joaquín, habla y habla de todo lo habido y por haber.

—¿Y cómo sabes que son ellos, Antonia?

—Por las chispas de los cigarrillos, nomás.

—Oye, Casilda, algo le pasa a la Toña, ¿no las has notado muy güila, toda engerida por los rincones y sin querer probar bocado?

—Pues sí pues, Zenón. Ya le cocí chuchupate, ingeniero y cárcara de granada, si con eso no se compone la llevamos con el doctor.

—Sí, eso has de hacer cuanto antes; ya hasta don Roberto la está notando medio rara, ya me anduvo averiguando que por qué estará así como atiriciada y sin ganas de hablar con nadie. No, Casilda, eso no está bueno; para qué sirve una mujer enferma, a más que se ponen hechas un vinagrillo de corajudas, que por quítame allá estas pajas son capaces de acabar con todo. No, Casilda, tú tienes que ver eso, para qué quiere un hombre una mujer así.

—¿No habrá tenido ésta alguna decepción?

—Pues si la ha tenido que se aguante como las muy mujeres, porque eso sí, de esta casa sale bien casada o se queda bien quedada; qué casualidad que ahora los hijos van a hacer su santísima voluntad sin tomarles parecer a los padres para nada; yo le hablaré primero y si se niega a contarme lo que tiene, le daré una “sorunda” de alma hasta hacerla entrar en razón.

—Déjame a mí, Zenón, yo le hablaré primero, a mi modo; es mejor que tú no te metas con tus rabias porque lo vas a echar todo a perder.

—¡Ay, Eloísa, y tener que irme yo de aquí!

Vieendo al Hijo de Dioos que yaa veniyaa de suangustiada vida el fin tremeendo

—Ya me voy a la procesión, mamá.

—Pero no te dilates, estás bien así, córrele porque ya va dando vuelta en que Chico Clavero.

ITINERARIO

—Mejor me voy por la otra calle para salirle derecho en que don Ramón Ramírez.

—Pero ándale, criatura, si quieres alcanzar algo.

Y subealmonte dondee oraar soliyaa . . .

La voz gangosa y penetrante de la Luisa Peralta se desparrama incontenible apagando las otras voces, una especie de coro que termina en murmullo de bajos, cuando hombres y mujeres rezan las oraciones especiales del día. El centurión caracolea su caballo enjaezado con primor; el centurión mismo va adornado con barba y bigotes postizos; sobre la cabeza un turbante de gasa con adorno de abalorios y una especie de túnica recogida en la cintura por encima del pantalón con una faja brillante, mientras hace tintinear los cascabeles del estandarte, símbolo de autoridad. Con cuidado escudriñamos el rostro pintarrajeado, donde los hilos de sudor arrastran el improvisado maquillaje, preguntándonos quién podrá ser, pues el polvo que levanta la cabalgadura nos nubla de pronto la visión.

Como barca sobre un mar de cabezas se balancea Nuestro Señor, el Jesús Nazareno de la iglesia vieja con los signos de su martirio; la cruz infamante, la cuerda, la espada.

—Penitencia, Dios mío, porque mucho he pecado de pensamiento, palabra y obra . . .

Y subealmonte dondee oraar soliyaa . . .

La procesión da vuelta al pueblo; Ataúlfo se suma a ella cuando pasa frente a su casa; Torres también; Ricardo Carranza deja el mostrador y

sale a la puerta, puestas las manos en jarras; Jesusita Salazar desde cuándo anda allá tan devota: la Chela sólo se asoma por la ventana con su rosario desgastado en la mano (con este rosario me enterrarán); mi tía Josefa, quien ese día no podrá tocar las campanas, le indica al muchacho de la matraca, cuando la procesión aparece por toda la calle derecha, que salga corriendo por el pueblo haciendo girar el manubrio de su aparatejo, para concentrar a la gente a la entrada de la iglesia.

Te ofendimos y nos pesa, Señor, ten misericordia de nosotros . . .
 pesa, Señor, ten misericordia de nosotros . . .
 sericordia de nosotros . . .
 sotros . . .

—¿Comieron ahora carne en tu casa?

—Sí, sí comimos carne. (Qué pensará esta señora que nunca tenemos carne a la mesa . . . Y ahora que me acuerdo ¿por qué no habría hoy?)

—¡Válgame Dios, no pudieron guardar ni el viernes!

Si yo desde hacía tiempo estaba tamañito nomás esperando esto. Aunque no supe bien a bien lo que hablaban, algo entendí de que la mina no costeaba y que iban a parar el trabajo. Ahora que estábamos mejorcitos tenía que venirse esta contrariedad. Todos los trabajadores que hicieron sus casuchitas en el mero reliz como nidos de golondrinas, gente de Aconchi, de Cumpas y de todo ese río empezaron a hacer liacho, a ver para

ITINERARIO

dónde jalan ahora, con el montón de buquis con el pico abierto, nomás esperando que les llenen el buche.

Asunción se hunde con la noticia, mirando sin ver una esquina de la mesa... ahora va a ser lo bueno, con seguridad éste va a querer engancharse para el otro lado, al cabo que yo aquí me quedo con la familia y eso no conviene, no conviene de ninguna manera; que todos los días él está viendo si tenemos qué comer, si a los muchachos se les acabaron los zapatos, si hay que reparar los techos, si no, qué clase de matrimonio va a ser éste, el hombre por un lado y la familia por otro... no... a mí no me den bueno un matrimonio así. *Ánima del arrastradito*, ayúdame otra vez.

Alta como la torre que el rey indostano Azoka pensó destruir; misterioso y agreste como un capricho del hacedor de todas las cosas, el *Murucutachi* se levanta en forma de cono cilíndrico, perfectamente esculpida en punta su alta cima. Como del *aqueronte*, la bestia legendaria, puede suponerse que esta montaña guarda en su vientre millones de réprobos devorados, cuyos lamentos invaden la sierra toda, principalmente durante las noches. Su presencia nos lleva de la mano a oscuras mitologías, no en vano don Zenón Contreras aseguraba que él, como un Atlas redivivo, lo había conducido sobre sus espaldas hasta colocarlo en su lugar.

—¡Ay, Eloísa, y tener que irme yo de aquí...!

—Yo no te había visto nunca montado a caballo, Raúl, y vas para ser bueno; te lo estoy diciendo yo, y en todo ese río no hay un vaquero como José Arvizo . . . Mírame las piernas, cortitas pero corriosas de tanta fuerza que se necesita para pegársele al caballo. Tú vas a ser de los buenos, Raúl, y que me digan lo que quieran si no es cierto.

—Amá, por qué no le sirve otro a José Arvizo,

—Ápale, éste es de los pocos buenos mezales que se hacen todavía . . . y como te iba diciendo, no te conocía arriba de un caballo, Raúl; llevas buena pinta; vas usando bien la reata; pial que tiras animal que cae al suelo; hasta da gusto saber que alguno del pueblo se quedará con la fama de buen vaquero que yo he venido teniendo durante tantísimos años.

—Amá, por qué no le sirve otro a José Arvizo. pues . . .

—Y que te voy viendo tirarte a la barranca atrás del novillo de don Ramón; y que te voy viendo entrar al jecotal que nomás te tapabas con el brazo los ojos, agachando la cabeza y sin perder el hilo del animal aquel; y que vas saliendo de la maraña de ramas y polvo arrastrándolo, igualito a como lo hago yo todavía, mas que esté viejo . . .

—Pues, amá, tráigale aquí la botella a José Arvizo, pues . . .

—¿Por qué traes semejantes moretones, José María? ¿Quién te pegó?

José María sonrío apenas y se arremanga lentamente para enseñar los brazos nervudos cruzados de verdugones.

ITINERARIO

—¡Ay, mira, si hasta sangre tienes! ¿Quién te pegó, José María?

—Todos y nadie, no seas preguntona, es que se vistió de fariseo.

—¿Y para qué te vestiste de fariseo si sabías que te iban a pegar?

—Es por penitencia.

—¿Y qué es penitencia?

—El castigo de los pecados.

—¿Y tú tienes muchos pecados, José María?

—Tenía; ya no los tengo porque se me borra-
ron con los azotes de ayer. ¿Qué tú nunca has
visto cómo azotan a los fariseos?

—No.

—Pues se hace una rueda grande de azotado-
res con varas de membrillo en la mano y un ter-
cio de varas para ir remudando a medida que
vayan quebrándose, los fariseos con máscaras y
vestidos de mujer y con unos pititos de carrizo en
la boca para que nadie los conozca “nien labla”
van dando vueltas y vueltas por adentro de la
rueda y van recibiendo azotes de todos, hasta
que se acaban las varas de membrillo y entonces
se pone uno de rodillas y pide perdón y entra
a rezar a la iglesia. Y hasta entonces queda uno
limpio de pecados.

Soledad, soledad, qué hacer contigo cargándote,
soportándote para siempre jamás. Si fuera como
los cerros que les llueve y les truena, se desga-
jan, se van desmoronando y ellos sin chistar . . .
¡Qué bien ser una piedra perdida entre millones,
sin que nadie se fije en uno; no darse cuenta
de las murmuraciones, de las malas miradas, de

las risitas medio escondidas, de las indirectas, del asedio de don Roberto, y sobre todo, sin sufrir el engaño del ingrato que se fue dejándome en la encharcada!

¡Ah si pudiera acostarme y no despertar, o entrar en uno de esos sueños que duran años y años, y despertar ya liberada de esta cadena; o salir de aquí, a donde sea, mientras más lejos mejor, mientras más pronto mejor y olvidarme de todo; resurgir en un lugar desconocido, desconocida yo entre millares de personas indiferentes que me dejen en paz, que me dejen en paz. . . ¡por favor!

—¿Emigrarme? No, Asunción, no es negocio eso de emigrarse, de jurar bandera como quien dice, de echarse encima, como postiza, una nacionalidad que no es la de uno. Los gringos quién sabe cómo son, mejores o peores que nosotros, pero distintos. Nunca se me olvidará el viejito aquel de Michoacán emigrado en San Francisco desde hacía veinte años y que nunca se pudo acostumbrar a los Estados Unidos. Por más lucha que le hizo al inglés no llegó a decir siquiera buenos días, y era cosa de risa oírlo cómo juntaba una palabra en español con otra en inglés y no le salía, no le salía. . . Yo lo conocí cuando murió su mujer; él fue el único que la lloró porque la hija menor dijo que se sentía quesque muy deprimida en la casa, se puso un vestido colorado y se salió a dar un paseo con su novio; los hijos por la propia manera, apenas estuvieron en el entierro y arrancaron al cine porque estaban muy nerviosos; únicamente el viejo y una hija que era monja estaban en la casa. No, en mi tierra

ITINERARIO

no es como aquí, —decía— allá se pasan las penas, por grandes que sean, pidiéndole a Dios resignación y rezando por los que se van; yo pienso ir a pasar mis últimos días a Michoacán donde todavía me quedan hermanos que me lloren. . . Desde que la cristiana empezó a estar mala, ahí van con ella al hospital donde nadie podía acompañarla, ni en sus últimos momentos vio a sus hijos rodeándola; cuando llegué muy de mañana como siempre al hospital, una enfermera me dio la noticia de golpe y porrazo. Yo como pude le reclamé que por qué no me habían avisado por teléfono cuando la vieron de muerte, pero ni caso me hicieron, sólo me dijeron que cómo nos iban a incomodar a esas horas. . . Total, que ya la tenían arreglada, y de ahí la mandaron a la funeraria; ahí todo muy elegante, todo en su lugar, hasta con un libro para que las visitas firmaran. Sí, todo había, menos lágrimas. . . Y desde entonces, Asunción, supe que jamás me emigraría.

¿Pasarme de alambre? Tampoco, las cosas han de ser legales, o nada. Irnos a vivir a la frontera y sacar la tarjeta verde para trabajar al otro lado y volver a la casa por la noche, pase; pero eso cada vez se pone más trabajoso, en ese asunto ni el gobierno de allá facilita las cosas porque los trabajadores mexicanos les quitan el lugar a los campesinos y jornaleros gringos, y el de acá no abre fuentes de trabajo para todos los que tenemos necesidad de trabajar, de sostener una familia. A mí lo que más me gustaría es conseguir un pedacito de tierra allá por San Ignacio o Magdalena y poner una huerta; la fruta da, y además es muy bonito sentarse bajo la sombra de un árbol que uno ha plantado, cuando aprieta

el calor. Ya ves a Porfirio Robles, gordo y colorado está el hombre, ¿y todo por qué? porque vive sanamente cultivando una tierra que es propia. Yo de todo mi gusto me iría para allá, ¿y tú qué dices, Asunción?

—Esto se pone cada vez peor. Yo creo que todos vamos a arrancar de aquí; esta sequía nos está dejando en la viva chilla . . . gastos para todo y nada de ganancia; las vacas muriéndose y el frijol, puro tépari . . .

Dicen que ahora no va a haber “taguaro”, que qué es eso de hacer “taguaro” cuando ya no hay ni siquiera un indio en todo el pueblo; ya estamos evolucionados para andar con esas celebraciones antiguas. Esas son cosas que ya ni entendemos ni nos gustan. Que el “folklor”, que se vaya muy a la . . . el “folklor”, y que nos dejen en paz. Ya don Juan de Dios Mayve se fue a Los Ángeles, que era el que lo organizaba todos los años; a él sí le encantan todas esas cosas, y si él no viene no hay quien haga cabeza; y sobre todo, como te digo, qué chiste tiene eso de andar a las carreras tirándole flechas al mono de trapo, como si fuéramos indios y no gentes de razón.

Es un grano pequeño, “mal dado”. Cuando al cosechar el frijol en lugar del grano grueso, brillante, se recoge tépari, es necesario, para la siembra próxima, conseguir buena semilla. Ese no sirve, es un frijol degenerado quizá producido

por la mezcla de diferentes variedades, y es, según los cronistas, “de menos entidad y pasto que el frijol. . .”

Olor agridulce a membrillo, a orejone de calabacita y pera, a pasta de higo y a ejotes pasados por agua que ensartados, forman largos collares verdes que cuelgan de los alambres puestos al sol para que se oreen. El día ha sido ajetreado; hay que aprovechar fruta y verdura para conservarla, por eso en casa desde muy temprano han estado llegando algunas mujeres invitadas con ese propósito.

Son estos últimos días de septiembre como un puente entre el calor sofocante y las primeras rachas de aire frío. El programa escolar empieza y hay una angustia agazapada, un temor anticipado de dejar la casa. Todo toma en este mes un aire de separación que nos hace andar con el corazón en un puño. Mi madre pasa muchas horas a la máquina bordando iniciales en la ropa interior, renovando los forros de las almohadas de pluma, que forma leves copos en las esquinas de la habitación y debajo de los muebles, pues el viento del norte empieza a soplar por la tarde y no deja cosa en su sitio. Hay que prepararse bien para este cambio de estación, pues al mediodía el sol calienta demasiado, pero el aire enfría cada vez más y hay un desequilibrio térmico que propicia tantas enfermedades. Y casi enferma dejaba yo el cobijo de mi casa, la ternura disimulada de los míos, haciendo esfuerzos por no perder la compostura en la breve despedida, apresurada. Había que envolverse la cabeza, ponerse unos lentes, y sobre todo no voltear a ver el co-

redor de la casa destacándose allá arriba, ni tratar de distinguir las siluetas familiares diciendo adiós. Adelante, adelante, sin ver a José Arvizu de regreso ya con las vacas; no ver los nogales enormes bajo los cuales todavía ayer recogí nueces de Castilla, cerar los ojos, no mirar; no oír, ensordecerse; no temer, rezar un poco.

El campo está ahora como palúdico; el polvo que levantan las ruedas del carro se deposita sobre las hojas de las vinoramas y palofierros cercanos al camino; los chiltepines buscan la protección de los árboles más grandes mientras llegan las brigadas que han de despojarlo de su fruto pequeño, verde pero picante como lumbré. Unos días más y por aquí en estos lugares se habrá vaciado la cuarta parte del pueblo ocupado en la recolección del famoso chiltepín, que ya envasado o suelto tiene gran demanda en el mercado. Durante esos días no habrá clases en la escuela del pueblo, pues los niños han resultado magníficos recolectores de chiltepín, con cuya venta habrá bastante para ir a hacer la visita anual a San Francisco Javier en Magdalena, fiesta que se celebra el día cuatro de octubre, día de San Francisco de Asís.

Un poco más adelante la pequeña laguna del Represo nos hace guiños, mientras que nos hurta la mirada el saúz que a la orilla del agua levanta su verde arquitectura. Medio kilómetro escaso más allá, La Sauceda se acomoda entre mogotes chaparros. Luego el desierto comienza a insinuarse: remolinos de polvo que el viento levanta implacable; plantas pequeñas de raíces adventicias que arrastradas por la racha fría van envol-

viéndose hasta formar pelotas de ramas que pasan rodando, juguetes del viento; aislados ocotillos espinosos todavía con su manchita de flores rojas en la punta, y las cabezas de viejo, peludas y polvorientas. Después la soledad, la arena medio rojiza y suelta y un gran silencio, como en las primeras edades de la creación, el espacio infinito, y encima, cubriéndolo todo, el cielo azul añil inmaculado de nubes.

Como una tienda de beduinos en el semidesierto se levanta la estación ferrocarrilera de Carbó, un pueblo hecho con premura de silbato de locomotoras, con prisa de rieles que lo penetran y cruzan; improvisada la estación y las casas de los empleados con vagones de madera pintados de rojo; aprovechados los mezquites enclenques como pie para un futuro patio bordeado de empalizadas, desechos de durmientes. Carbó es puente de entronque con El Oasis, ya en plena carretera internacional, estación obligada para poner aceite y gasolina, con una mala traducción de restaurante norteamericano en cuyo menú abundan las palabras en inglés.

La carretera nuevecita y brillante sube recta cortando con un tajo oscuro el paisaje de árboles achaparrados que se vuelven, con la velocidad del vehículo, cintas verdes limitando nuestro paso; calcáreas rocas aparecen de cuando en cuando a los lados del camino, y algún mogote pregona la existencia de un rancho deshabitado, y el adobe carcomido en pedazos informes regados aquí y allá, son el trasunto de la vida hosca de algún yaqui, desconfiado y silencioso.

Hermosillo nos recibe con la tarea de conocer

a los nuevos maestros y familiarizarnos con los tecnicismos del nuevo curso. Ya recibiremos, al llegar a la universidad, la amplia sonrisa del rector Esquivel, quien jamás pudo aprenderse el nombre del pueblo:

—Bien, bien, ahí viene ya la muchachita de “Penélope”...

—Se fue la Toña, ¿verdad? No nomás porque si don Roberto se animó a gastar para ponerse una buena borrachera; dicen que hasta lágrimas le ha costado al viejo la ida de la Toña; que se fue mejor al rancho para aguantar la ausencia de la prenda; que se ha vuelto muy mesteño, que a nadie quiere ver, que a los trabajadores apenas les dirige la palabra para darles órdenes, y es cuanto.

—Si nomás fuera la ausencia, todavía; toda ausencia tiene un término, pero dicen que ella no vuelve al pueblo.

—¿Y para dónde jalaría?

—A Mecsicali, hasta eso que ni tan lejos; que está con la Remedios, su prima, aquella que está casada con un viejo tan viejo, que ya ni pudicron tener familia.

—Casi como de enfermera, pues.

—Póngale que como enfermera, pero cuando quede viuda y joven, quién le va a poder hacer sombra a la Remedios en caso de la herencia, ¿eh?

—¡Ay, Eloísa, y tener que irme yo de aquí...!

“Otra fiesta se llamaba tágua-ro. Era una función interpretativa de la guerra. Simulaba un ataque de los apaches, de los cuales los ópatas eran irreconciliables enemigos. Aquellos caían sobre una ranchería de éstos para robarles sus ganados y sus mujeres. En la festividad se fingía que los vecinos ofendidos rechazaban la *mariscada*, no sin ser víctimas de la expoliación de los merodeadores, y salían en persecución de los asaltantes con el propósito de rescatar el botín, lo que parecía efectuarse por medio de un simulacro consistente en un rodeo por la orilla del poblado, para venir a situarse en un punto céntrico, donde previamente se había hincado un poste o palo largo, en cuyo extremo superior sujetaban un muñeco, que era el tágua-ro, representando a un apache. Algunos participantes llegaban al lugar de la reunión entonando sus cantos con acompañamiento de unos sonajas y allí permanecían amenizando la fiesta, mientras que los guerreros disparaban sus flechas contra el tágua-ro. El buen tirador era premiado con alabanzas y aplausos, en tanto que el desafortunado era objeto de rechifla, zumba o chanza amistosa”. *Vocabulario Sonorense*. Horacio Sobarzo, Ed. Porrúa, 1966.

Como estaba previsto, aquel año hizo un “demonal” de frío. Los que asistieron a la fiesta de año nuevo regresaron casi corriendo, sombreros y abrigos blancos de copos, al tibio refugio de la cama, donde “hechos rosca”, trataban de calentar las piernas entumecidas.

Por la mañana:

—Mamá, la Juana no ha llegado todavía.

—Cómo no ha llegado, si me prometió for-

malmente no fallar ahora, que es un día de tantísimo quehacer.

—Por eso, mamá, por eso, y porque también para ella es año nuevo y con seguridad estuvo bailando todita la noche.

Hacia las diez de la mañana, cuando el sol comienza a desbaratar la nieve que ha puesto blanca toda la sierra, el frío penetra como cuchilladas la gruesa ropa y entume el cuerpo, el aire de la nieve fundida chicotea las piernas y pinta de morado bocas y manos. No puede uno imaginar entonces el verano sofocante que acaba de pasar.

—Se lo dije, doctor, tápese bien la boca y las narices antes de salir porque se va a enfermar. Después de no parar toda la santa noche baile y baile, ahí va caliente al chiflón. Nosotros conocemos bien las mañías de este clima y si nos enfermamos no es más que la mala suerte. Usted está todavía desprevenido, y más que sea doctor, se equivoca. . .

—Sí, don Eleazar, eso fue lo que pasó. . .

—Está titiritando, pero con un trago y un té de canela caliente se le quita como con la mano. Ora se ve a curar con remedios de nosotros, sin pastillas ni inyecciones.

—Lo que usted disponga, don Eleazar.

—Mire, no se apure; aquí está en buenas manos, yo no me voy a mi casa hasta que le baje ese calenturón de alma que trae.

—Gracias, don Eleazar, pero no hay necesidad de que se desvele más.

—¿Deveras cree usted que iba yo a tener corazón de dejarlo solo? Aquí somos poco salvajes,

doctor, pero desalmados no. Yo sé que está acostumbrado a tratar con puros “guachos” que por un “nicle” son capaces de mediomatarse. Aquí en el pueblo, de que yo me acuerde no ha habido ni una sola muerte intencional y ya casi tengo cincuenta años; conque échele pluma y considere si no está seguro con nosotros.

—Yo no tengo la más pequeña cosa de qué quejarme, todos han sido muy bellas personas conmigo.

—No, eso sí que no, nada de echarnos flores, usted nomás pórtese como hombrecito, y estará siempre bien parado con nosotros.

—Estaría loca, tendría fiebre y vería visiones, puede ser. Los doctores que me reconocieron dijeron eso, que estaba medio chiflada. Ellos saben de esas cosas, para eso estudiaron, pero de que la vi, la vi. De eso estoy tan segura como de la luz del día; y de que me habló también. Que yo había inventado todo para sacarle dinero a la gente, ¿cómo se le iba a ocurrir eso a una chamaquita como era yo entonces, que apenas sabía leer y medio escribir, que nunca había salido del pueblo para nada, y que jamás había oído hablar de algo parecido? Ahora que soy grande y maliciosa, puede ser, pero entonces no. Entonces fue cierto, aunque no quisiera volver a acordarme de eso. Y lo recuerdo como si ahorita fuera; yo andaba con mi hermano haciendo leña allá en la Cañada de La Higuera cuando de repente oí un ruido como de viento, pero no era viento, porque bien vi que no se movían las hojas de las matitas, eso estaba pensando, que si qué sería aquello, cuando sobre unas piedras,

enmedio de unas como nubes de humo, se me apareció. Tenía la cara morena, las facciones muy finas; su manto era azul con florecitas rojas; tenía las manos juntas y traía un rosario entre ellas. Ni siquiera pude hablarle a mi hermano, sólo podía contemplarla. Caí para atrás del susto y temblaba de pies a cabeza; pero ella sonrió y me dijo que no tuviera miedo, que era la Virgen de Guadalupe y me pedía que les hablara a las gentes, que les dijera que se arrepintieran de sus culpas, que vivieran más cerca de Dios. Eso fue un 16 de abril. Me dijo que volviera pasados ochos días, que de nuevo volvería a aparecérseme, pero que mientras les contara a las gentes que la había visto, y les platicara lo que ella me había dicho.

Temblando volví a la casa; mi hermano no había visto nada; larga se me hizo la cañada para llegar a contarle todo a mi mamá; de allí empezaron mis penas.

Del Murucutachi a las orillas del pueblo, “arrochelado” con esas mujeres. Descenso moral, dijo el padre Fernández que era eso; descenso, como bajar rodando desde cierta altura, bajar con la voluntad perdida, así como quien no quiere hacer ningún esfuerzo para detenerse. Dejarse llevar del cuerpo y de la pendiente como una hilacha, como una piedra. Eso es descenso moral. No ser bastante hombre para decir ¡Ya, ya está bueno, no quiero seguir más para abajo! Y levantarse, levantarse hecho jiras, pero no quedarse tirado dejándose llevar. Eso quiso decirnos el padre Fernández, aunque no usó estas mismas palabras. ¡Pobre de don Roberto si no sabe in-

ITINERARIO

terpretarlas así! Los negocios desatendidos porque él vive con la cabeza embrutecida, no razona. Y luego baja para acabar de embrutecer todo su cuerpo. Ya muy poco va a la casa del pueblo; la mujer que la cuidaba, como vio que él no le tenía interés, la fue dejando también. Ahí está llena de telarañas, los roperos abiertos vomitando ropas empolvadas. Don Roberto le perdió el cariño; hasta los naranjitos se acabaron sin quien les echara una gota de agua. Descenso moral. . . ¡ah cuánta razón tiene el padre Fernández! . . .

Año del cuarenta y uno
no me quisiera acordar
de las cosas que suceden
en ese año fatal.

Se nos acabó la mina
se nos acabó el gozar,
la Toña se fue pal norte
don Roberto al lupanar.

Las cosechas se cocieron
con el calor infernal,
muchas reses se murieron
y otras más se morirán.

La gente anda alborotada,
la elección municipal
se acerca con mucho ruido
como si fuera un panal.

Aunque yo digo, ¡mentiras!
no tiene miel el panal,

A la hora en que Ella me dijo que la vería de nuevo, con el mismo ruido de viento y también entre unas nubecitas, apareció. Yo caí de rodillas; no recuerdo cuánto tiempo estuve así; se me olvidó que había allí cinco mil almas espernado una señal. Nadie la vio; solamente me veían a mí, que temblaba de pies a cabeza sin darme cuenta. Entonces fue cuando me dijo que yo podía curar con sólo sobar a los enfermos; no me dijo que todos sanarían, pero yo la obedecí. Hay testigos, como una señora de un rancho cerca de Caborca, paralítica, que desde ese día pudo caminar; lo mismo otra señora ciega que pudo ver desde el momento que le puse las manos sobre los ojos; ella todavía me busca, y aunque me lo escondo, cuando me la encuentro me besa las manos como si yo la hubiera curado, cuando sé perfectamente que no fui yo, sino Ella. En esa segunda aparición me dijo que recogiera piedritas de ahí mismo del cerro y que las repartiera entre la gente; así lo hice y cuántos se rieron de mí, en mi propia cara, pero yo no les hacía caso; después he sabido que frotándose con esas piedritas se han aliviado enfermos incurables, quién sabe. Lo cierto es que en esas ocasiones me sentía muy rara, como si no fuera yo la que andaba haciendo esas cosas, y si dijeron que estaba loca quizá tuvieron razón, porque como le digo, no me sentía yo. Y empezaron las vueltas a Hermosillo, y los médicos, y los padres, todos dijeron que no era cierto lo que veía, que eran visiones de gente enferma y me aconsejaron que ahí le parara. ¿Pero cómo le iba a parar si Ella me había dicho que la vería el día último de ese mes? Y aunque ya andaba mucha gente alborotada contra mí, y hasta amenazas había recibido,

otra vez me fui muy temprano a la cañada acompañada de varias personas. De todas maneras, cuando llegué había bastante gente esperándome allá.

Viudas, unas, desilusionadas las más; satisfechas otras, conservadas; pobres y con larga descendencia la mayoría; algunas ya bajo tierra, desmoronándose: Celia, Carlota, Berta, Enedina, Lucrecia, Amanda, Socorro, Artemisa, Guadalupe, Margarita, Rosario, Celina, Amalia, Asunción, Raquel. Todas en la flor de la juventud, ilusionadas con la vida, apegadas a un cariño, alegres y bellas; esmeradas en el vestir, garbosas al caminar luciendo sus atuendos verdemar, rosa, verdecaña, amarillo, azul, lila, rojo, naranja. . . Todas han cumplido ya su destino y ostentan, sobre la aureola de su cabello cano, un halo de serenidad que la madurez les ha dejado, como un presente.

—Mírala qué linda viene, qué remozada, ancha de gorda, se ve que la buena vida le ha caído bien.

—Y a quién no va a caerle bien la buena vida, la que no nos cae a nadie es la mala, como la que aquí llevamos.

—No lo dirá por su esposo, Cuquita, que es tan amable y acomedido.

—Amable y acomedido lo será con otras, y aunque no me refiero a eso ni me importa, quiero decir que la vida al otro lado es diferente, todos tienen sus comodidades; el quehacer es más liviano porque se hace con máquinas, y hay mucho dónde divertirse.

—Ah, eso sí, hay cines y teatros, y albercas donde los hombres y las mujeres se tiran bichis, como si nada; hay máquinas hasta para lavar y secar platos, pero para comprar esas diversiones y lujos hay que fregarse día y noche en las fábricas, como una maquinita, y encima échale todavía la discriminación o como se diga, que no se puede sentir uno a gusto de arrimada, ni de aquí ni de allá; vale más digo yo, comerse a gusto sus frijolitos en casa propia, donde todos somos iguales.

—Eso sí, ni quien diga nada, ahora que siempre vive uno con la esperanza de que el gobierno ayude para tener a la mano lo más necesario.

—¡Viva el optimismo y los optimistas! Por ellos, los que esperan ese regalo del cielo, es que el pueblo sigue viviendo; esos meros son los que no se salen de aquí ni a balazos y resisten a cuero limpio frío y calor, sequías y aguas; y como mi viejo es de esos, pienso que algún día recibiremos el premio a nuestra perseverancia. He dicho.

—Ah qué buen discurso se echó, comadre, yo creo que si la oyen, la ponen luego luego de presidenta municipal.

—Y le darían al mero clavo, porque ya está bueno que las viejas con iniciativa tomen el gobierno del municipio en sus manos, y nadie mejor que nosotras para saber de las necesidades más urgentes, y como tenemos fama de tercas y “pidiches”, con tal de quitarnos de encima nos harían caso. Habría que pensarlo, compañeras campesinas casi hermanas, habría que pensarlo.

En la tercera aparición Ella me dijo claramente que no la vería más. Me recomendó que le hiciera una capillita en lo alto de la loma, y que no dejara de repetirle a toda la gente que no viviera más en pecado. Yo vivía esos días como un sueño; me dejaba llevar y traer a Hermosillo en averiguaciones de que si sería cierto lo de las apariciones, o que si no sería cierto. En el mismo pueblo había divisiones entre los que creían y los que no. Y mientras tanto yo recibía amenazas. . .

Pues en la última aparición, que se lo diga Bernardo que había ido nomás a la curiosidad, me dijo Ella que buscara entre las piedras hasta encontrar una de color azul, grande, que tendría grabadas las flores de su manto. La gente apenuscada en la cañada empezó a moverse para buscarla, y Bernardo fue el que dio con ella. Era como la Virgen lo había dicho, azul con sus florecitas. Esa piedra ha ido a Estados Unidos y a muchas partes y la tiene mi mamá bien guardada.

Si yo hubiera inventado lo de las apariciones, esa piedra y las gentes curadas por Ella, no por mí, servirían de testimonio. Ahora ya todo se me figura que lo soñé, que no fue cierto, y que quién sabe si lo que dijeron los doctores de que estaba loca fuera verdad, pero de que la vi, la vi.

Empezó a llover sosegadamente, gota a gotita, como un chipi-chipi. Se va a poner bonita "l'agua", decían los hombres con la nariz arriscada, mirando a lo alto, "vamos a tener buena equipata".

Cerró el día y vino la noche y el agua seguía cayendo como si nada. Gotas pequeñitas, silen-

ciosas. El cielo, gris. Los hombres se arrinconaban envueltos en sus cobijas, con una taza de café humeante en la mano. Va a estar buena la equipata, decían.

El cielo gris dejaba caer sin parar su fría llovizna, compenetrado en su tarea. La humedad aquella iba penetrando la tierra seca, seca de años; ahora bebía la tierra el agua como animal sediento; por todos los poros recibía el agua, regodeándose.

El ruido de las goteras iba formando un concierto; notas pequeñas eran seguidas de las más graves, ensordecidas a veces cuando la lluvia arreciaba afuera. Se cambiaron de lugar camas y roperos; se pusieron a cubierto la cecina y las sartas de chile colorado, los costales de maíz y frijol, los sacos de harina de trigo. Y de repente los techos de viejos carrizos empezaron a abombarse, a crujir, y un hilo de color café manchó las paredes pintadas de blanco. No fue bastante poner puntales para evitar el derrumbe, éste sobrevino una tarde, ya casi anochecido.

—¡Es el diluvio! ¡Es el diluvio! gritaban las mujeres asomando la cabeza medrosamente para preguntar a la vecina qué estaría pasando, si en realidad toda aquella remojazón no era indicio de que otro diluvio se venía encima; si no le quedaba tantito azúcar para el café; si no tenían a alguien con pulmonía; si no les sobraba alguna cobija seca o algún rinconcito donde refugiarse.

Mientras, la creciente rugía allá abajo lamiendo la base de la loma.

—Estamos copados; el río crecido no deja pasar ni un animal, no digamos carros con alimen-

tos o medicinas; pero no se apuren, ya hablamos por teléfono a Hermosillo para que nos manden avionetas o helicópteros con lo más necesario; no hay que desesperar, no hay que perder la calma; que se desalojen las casas más peligrosas y se concentre la gente en la escuela, decía el presidente municipal. Las vacas al otro lado del río mugían desesperadas; de las ubres abotagadas se les salía la leche a chorros.

Ahora es tiempo de resurgir, ahora o nunca. Se reconstruirán las casas caídas; será un año bonancible; el ganado tendrá pasto suficiente y la uña de gato florecida pintará todos los cerros de color de rosa. Abundará la mano de obra en la reconstrucción y habrá un aliento nuevo que levantará los ánimos. Tiempo de resurrección; ahora o nunca.

JOSEFA ORTIZ DE
DOMINGUEZ

CUANDO LA OBSCURIDAD HACE LA LEYENDA

Se la conoce muy sólo de oídas, se le dice “la Corregidora”, “doña Josefa”, “doña Chepita”, y ahora que aparece su imponente perfil en las nada impresionantes monedas de cinco centavos, la metonimia, que no la sinécdoque, señala su apogeo en el habla popular que ha convertido esas monedas de cobre en “las josefitas”.

Ciertamente, fuera de unos pocos datos, alrededor de la figura de doña Josefa Ortiz de Domínguez se ha tejido tal cantidad de consejas —filón inmejorable para fábulas y agüeros— que se ha estereotipado en un perfil severo, en un chongo altanero sostenido por alta peineta española, y un busto altanero también.

Si nos dejáramos guiar por ese perfil, sólo sacaríamos unos pocos datos en consecuencia, datos referentes a su carácter, a las costumbres de la época y a otras cosas, aunque, a decir verdad, sus biógrafos no se ponen de acuerdo y lo mismo la pintan como hospiciiana sumisa y obediente que como mujer brava y determinada, capaz de saltar las trancas de casi todos los convencionalismos de la época.

Quizá esas imágenes superpuestas de doña Josefa algo nos digan de una mujer de carne y hueso que navegó casi siempre a contracorriente, no de un símbolo estático y de una sola pieza cuya intervención tuvo mucho que ver en la independencia de la Nueva España, esa Nueva España que, al decir de don Agustín Yáñez, “el gobierno español (el de la península) tenía el interés más vivo en desacreditarla”, lo mismo que “en ocultar lo bueno y lo noble que en ella había, e igualmente en abultar cuanto malo podía pertenecerle”.¹

Esta falta de datos, no sólo en lo que se refiere a doña Josefa en particular, sino en lo que hace a toda la guerra de independencia se debe a que sólo se cuenta con “los *partes* militares de los comandantes españoles, únicos que presentan los sucesos ocurridos en aquella guerra”, pues por el otro lado “no se tiene una serie seguida de documentos que sirvan de base a la relación de los hechos”.²

UN NACIMIENTO CONTROVERTIDO Y CONTROVERSIAL

Los datos del nacimiento de doña Josefa son contradictorios: unos, como don Alejandro Villaseñor y Villaseñor la hacen michoacana de Valladolid, nacida el año de 1768. A diferencia de otros autores que dicen que doña Josefa nació en México y que no anotan el nombre de sus padres, Villaseñor y Villaseñor asienta que fue hija de Juan José Ortiz y Manuela Girón. Por su parte, don Francisco Sosa afirma que el

padre de doña Josefa fue un capitán llamado de los Morados, “de apellido Ortiz y cuyo nombre no nos ha conservado la historia”, y que nuestra biografiada nació en la ciudad de México.³

Don Fernando Toussaint del Barrio nos cuenta que Ortiz,⁴ el padre de María Josefa, se llamaba José María —un nombre que ha contado con muchos adeptos a través de varios siglos en México— originario de Vizcaya y radicado en Valladolid, “en donde muere su mujer”. Es muy de tomarse en cuenta el hecho de que ni Toussaint ni ningún otro, al referirse a la madre de Josefa con respecto al padre diga “su esposa”, sino “su mujer”, y eso en una época prejuiciada y quisquillosa, cuando se hacía una verdadera separación de esos términos. La esposa era la compañera de un hombre que había escogido para madre de su descendencia —su descendencia reconocida como tal, claro— digna y honrada depositaria de un nuevo apellido que había que conservar sin mancha; mujer elevada a la categoría de señora, pues que había jurado fidelidad y abnegación para siempre, juramento que también había hecho el hombre y cuya transgresión por parte de este último era algo tan consustancial a su naturaleza, que ni siquiera había necesidad de hacerse de la vista gorda.

La “mujer”, al contrario de la “esposa”, era la que sin ningún trámite se iba a vivir con un hombre.

Quizá el achaque a la bastardía de doña Josefa se debe a que se desconocen documentos que nos aclaren la situación en lo que hace a su nacimiento, y a que sólo como hipótesis se arriesguen juicios acerca de su circunstancia

natal, de “su niñez marchita, su existencia atormentada” durante la cual sólo “recibió pan amargo y techo glacial ausente de cariño”.⁵

Por otra parte, varios estudiosos de la vida de doña Josefa coinciden en indicar la existencia de una hermana mayor que la traslada de Valladolid a México, y que la hace ingresar, el día 30 de mayo de 1789 al colegio de San Ignacio, mejor conocido con el nombre de colegio de Las Vizcaínas, donde la joven permanece dos años.

Otros aseguran que fue hija bastarda, y que al faltar la madre, no se sabé cómo ni por qué caminos fue adoptada como hija por don Miguel Domínguez y su esposa, e internada por ellos en el citado colegio de Las Vizcaínas.

DOS SANGRES, DOS ESPÍRITUS

Parece que fue una costumbre bastante socorrida entre los peninsulares que, dada la ausencia de mujeres hispanas en la Nueva España tuvieran hijos en mujeres nacidas aquí, de cualquier categoría racial que fueran. Don Luis Castillo Ledón nos ilustra bastante esta circunstancia cuando afirma:

Los españoles, no obstante su reducido número y la destrucción y vejación que de la raza indígena hicieron, no tuvieron escrúpulo en mezclar su sangre con la de ella, produciendo un grupo étnico... espiritualmente distinto al ibero...⁶

Por lo general los vástagos ilegítimos así na-

cidos en la Nueva España crecían sin el apellido del padre, aunque no fue este el caso de doña Josefa, pues siempre ostentó el apellido Ortiz, el de su padre vizcaíno.

De todas maneras, en esa época la bastardía era un estigma tan ostensiblemente condenado, que nacer bajo su signo conllevaba el repudio para toda la vida. Hay muchas preguntas que hacerse, en cuanto quiere uno referirse a la figura y al carácter de doña Josefa, cuando se intenta indagar qué elementos genéticos se coaligaron para hacer de ella lo que fue, y qué circunstancias la orillaron a tomar partido, tan apasionadamente como lo hizo, del lado de los criollos. La falta de documentos y la oscuridad que esa carencia arroja sobre su vida es fundamental. ¿Qué fue de Josefa Ortiz niña, huérfana y apoyada en la rebatible existencia de una hermana mayor? ¿Cómo era el ambiente vital de su infancia, de su juventud? ¿Qué trabazón de circunstancias determinó su nacimiento y la formación de su carácter? Esto último es de suma importancia, sobre todo.

Don Francisco Sosa, haciendo honor a su época, evoca muy románticamente a la Corregidora y hace de ella un retrato muy halagador cuando dice:

Dotóle la naturaleza de extremada hermosura, y puso en su corazón sentimientos más hermosos todavía,

y matiza la personalidad de doña Josefa cuando agrega:

Era la señora Ortiz de Domínguez de carác-

ter sumamente enérgico, y al mismo tiempo generosa y caritativa, al extremo de curar a los pobres con sus propias manos, y de auxiliarlos y ampararlos.⁷

Por su parte don José María Luis Mora, en *México y sus revoluciones*⁸ habla de ella no con el entusiasmo de Sosa, muy al contrario, pues hasta en la manera como comienza el párrafo donde la cita hay algo que se parece mucho al menosprecio:

La mujer de Domínguez que no tenía otras ideas de independencia que el odio a los españoles, luego que supo que se conspiraba contra ellos, se declaró por los conjurados...

Si fue cierto que en doña Josefa había un profundo resentimiento en contra de los españoles, ¿qué lo motivaría? Atando cabos y por muy poco sagaces que seamos podemos colegir que las circunstancias de su nacimiento no fueron muy felices, y que la amargura de la orfandad carcomió su alegría de niña. Estar resentido en esas circunstancias es, pues, una consecuencia casi normal, como normal era que el reconcomio hiciera de las suyas desde el ánimo receloso del criollo. Toda una malla de acontecimientos mantenían al novohispano atado a la desconfianza y al resentimiento, pues veían con muy malos ojos que otros que no eran de la tierra mandaran en su casa, y que los empleos administrativos, eclesiásticos y militares estuvieran en manos de españoles que apenas llega-

rían a los 70 000 a todo lo largo de la Nueva España.

La complicada gama de castas que el sucesivo e ininterrumpido cruzamiento propició, hizo decir a los peninsulares que todos los nacidos en la Nueva España eran

imperfectos por naturaleza, viciosos e inclinados al mal.

No iban a dejar, por lo tanto, que el fruto de esa casta degradada gobernara la colonia, y aunque los hispanos eran minoría, ocupaban un lugar de privilegio: dueños de la tierra y del comercio, de los puestos en el gobierno de la colonia; lo que les interesaba era enriquecerse a como diera lugar.⁹

En el segundo tercio del siglo XVIII, el conde de Revillagigedo decía de los indios al marqués de Amarillas, su sucesor:

. . . a más de la humildad y pobreza con que esta gente llama la atención, es tan necesaria en el reino, que sin ella, o se sentirían calamidades y escaseces, o se levantarían a insoportable precio los comestibles y otros frutos precisos a la vida, pues son los indios los que benefician las sementeras, pastorean los ganados, talan los montes, trabajan las minas, levantan edificios, surten sus materiales, y finalmente, a excepción de ultramarinos, proveen las ciudades, villas y lugares, de los más de los víveres y muchos artefactos a costa de su fatiga, y con tan cortos jornales, que se dejan inferir de la incomodidad de sus chozas, en la rusticidad de sus

alimentos y en el poco abrigo y grosería de sus vestuarios.¹⁰

España, a cambio del corto contingente racial y de los bienes que trajo a la colonia, obtuvo reales beneficios, y por otra parte destruyó la raza indígena que

la guerra, el mal trato, las hambres y las pestes diezmaron, al grado de que muy pocos años después de la conquista habían muerto más de dos cuentos de indios⁹, es decir, más de dos millones; desaparecieron para siempre infinidad de pueblos y aun provincias enteras.¹¹

No en balde Alfonso de Zurita comenta, a finales del siglo XVI, que en la Nueva España no quedaba ni la tercera parte de la gente que antes había. Y efectivamente, ya desde la conquista, apaciguamiento y gobierno de los indios de las Provincias Internas de Occidente, no se escatimaron medios para su sojuzgamiento apelando a mañosas tretas, como las que don Bernardo de Gálvez elaboró en una Instrucción, a finales del siglo XVI, y que dice textualmente:

Debe fomentarse con mucha maña y discreción el odio antiguo e irreconciliable entre las referidas naciones (indios del norte y libanes) pero sin que tomemos parte abiertamente en sus agravios.¹²

Y más adelante aconseja:

Los indios del norte tienen afición a las bebidas que embriagan, los apaches no las co-

nocen, pero conviene inclinarlos al uso del aguardiente o del mezcal donde estuviere permitida su fábrica.¹³

No les importaba, pues, degradar la condición física, moral y espiritual de los indios, con tal de lograr su bárbara conquista; todas las trampas urdidas para lograrla eran aplicadas sin miramientos de ninguna especie:

Con poca diligencia y breve tiempo se aficionarán a estas bebidas, en cuyo caso serán ellas su más apreciable cambalache y el que deje mayores lucros a nuestros tratantes en la trata y comercio con los indios. Después de todo, la suministración de la bebida a los indios será un medio de granjearles la voluntad, descubrir sus más profundos secretos, adormecerlos muchas veces para que piensen y ejecuten menos sus hostilidades y constituirlos en una nueva necesidad que estrechamente los obligue a reconocer nuestra forzosa dependencia.¹⁴

A decir verdad, muy otra era la actitud de los misioneros hacia los indios. Tan diametralmente opuesta era, que se estableció un estira y afloja entre las prédicas de unos y de otros, a tal punto que fueron los mismos blancos quienes frecuentemente soliviantaban a los indios en contra de los religiosos. Se debe recordar cómo los indios "del Altar" dieron muerte, a flechazos, al padre Saeta en tierras cuya conquista espiritual estaba en manos del jesuita Eusebio Francisco Kino, en Sonora.

Todas las noticias anteriores ilustran muy

bien desde cuándo venía fomentándose la destrucción del indígena y su paulatino abatimiento.

Sobre esa nación degradada se bordó el intrincado cruzamiento de sangres, y el novohispano se sentía más que nada desligado por completo de la metrópoli europea, con derecho a la tierra donde había nacido y a los puestos desde los cuales pudiera legislar en el gobierno de su “matria”. Le encendía la sangre verse desplazado por los peninsulares que llegaban haciendo uso de privilegios que el rey de España les concedía, sin el conocimiento de las gentes ni de la tierra, sin la sensibilidad necesaria para paliar el trato con los naturales que, rencorosos y desconfiados, se habían puesto la máscara de la simulación, máscara que la impotencia propiciaba.

¡Oh Indias! madres de extraños, patria común a los connaturales, dulce beso a los recién venidos . . . , madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales, azote de los propios . . .¹⁵

dice Baltasar Dorantes de Carranza casi al finalizar el siglo xvi. Y como éste, hay abundantes testimonios que nos dicen cómo se fue gestando en el criollo una mentalidad *sui-generis*. Luis González asienta que

El primitivo criollo, hijo de la Nueva España, aspira a ser el único disfrutador de los beneficios obtenidos por sus padres en arduas empresas de conquista y colonización. Se cree digno, por ser hidalgo e hijo de conquistadores, de ser el ‘mandamás’ de la colonia. Pero

justamente por representar las pretensiones feudales, por las que habían venido pugnan- do sus padres desde la caída de Tenochtitlan, la Corona, interesada en realizar en la nueva tierra sus ideales absolutistas, los ve con malos ojos. Llega un momento en que los criollos, acostumbrados a vivir entre holguras y comodidades que les permitían las encomien- das, sienten que la tierra se desmorona ba- jo de sus pies, que su mundo aristocratizante se desquicia. Tal cosa sucede cuando el mo- narca español los amenaza con suspender las encomiendas, base de su señorío y de su co- modidad, en tercera vida.¹⁶

A los criollos les interesaba mantener sus pri- vilegios que habían heredado de sus padres, y niegan al rey el derecho de despojarlos de sus prebendas y traman conspiraciones entre ellos. Pero los representantes de la Corona descubren todo y fácilmente acaban con los brotes de re- beldía. La llegada de los peninsulares, portado- res y depositarios de aquellos privilegios que se les habían negado,

incuba en el espíritu criollo un rencor, un sentimiento de odio hacia lo español que pro- duce, entre otras cosas, una rica literatura satírica que dirige sus dardos principalmente contra los comerciantes y otras gentes de es- caso rango social que vienen de la Península y se enriquecen rápidamente en la colonia.¹⁷

Muestra del resquemor criollo contra el pe- ninsular arribista es el soneto que dice:

ITINERARIO

Viene de España por la mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre tosco, sin ningún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.
Y luego que caudal y ánimo cobre
le aplican en su bárbaro concilio
otro como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y roble.
Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar;
y abomina después del lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes;
y tiraba la jábega en Sanlúcar.

La máscara que el criollo se había confeccionado para no aparentar lo que pensaba verdaderamente —recuérdese que había un temible tribunal: el de la Inquisición— le servía cada vez menos, pues esporádicos brotes de independencia eran sofocados constantemente aquí y allá. Pero por debajo del agua, la pugna y el descontento proseguían. Gabriel Zaid asienta, en reciente publicación que la conquista fue hecha por los indios (recuérdese cómo los tlaxcaltecas ayudaron a Cortés) y que la independencia fue hecha por los españoles, (“los criollos que rompieron con la metrópoli”)¹⁸ como también

Son intelectuales criollos del siglo XVIII los que se enfrentan al problema de constituir un ‘nosotros’ cultural propio, seguros de sí mismos como para hablarse de tú con la inteligencia europea. Son criollos los que dan el grito de independencia.

Ahora es tiempo de preguntarnos hasta qué punto ese clima de rebeldía encubierta del criollo influenció el ánimo de María Josefa Ortiz; qué papel jugó en su descontento la situación de sus padres, la de su madre muerta prematuramente y el hecho de haber sido internada en una “escuela pía”, es decir, “una escuela gratuita de primeras letras que admitía niños sin distinción de raza y sin exigir nacimiento legítimo”.¹⁹ El ambiente religioso de la época arrastraba al misticismo, y el convento era el más socorrido refugio de almas temerosas del mundo, del demonio y de la carne.

Se rezaba copiosamente, se consideraba peligroso el uso de los sentidos: había que apartar la vista hasta de una flor que la recrea, no oír cuentos ni novelerías, ni leer gacetas, ni deleitar el olfato ni con el olor de un potaje, no comer ni con deleite ni con exceso, no acariciar ni a una hermosa bestia. Los escritores todos eran moralistas, no escribían sino tremendas homilías; la mujer, salvo contadas excepciones, sólo aprendía el catecismo cristiano, a cocinar y barrer, a coser o bordar al tambor; no debía tener trato con los hombres ni alzar los ojos ante éstos; no usaba colores vivos en los trajes; no sabía escribir, porque era cosa de ningunos bienes y sí de muchos riesgos.²⁰

En un ambiente de tal estrechez nació y creció Josefa Ortiz. Presionada por las costumbres de la época, presionada por la pobreza, don Francisco Sosa nos la presenta, después de la muerte de su padre, “gozando de un modesto

montepío que le permitía vivir en el Colegio de las Vizcaínas”. Y agrega este comentario:

Cualquiera creería que nuestra heroína adquirió, por este motivo, cierta instrucción en aquel plantel, mediana que fuese. Pero no sucedió así. En aquella época estaba prohibido que la mujer mexicana aprendiera a escribir, para evitar —decían— que contrajese relaciones amorosas; ya que la joven Ortiz, como nacida y crecida en la capital de la entonces Nueva España, no se le enseñó más que a leer.²¹

Según cronistas de aquella época, la ciudad de México era, con dos siglos y medio de edad, la más populosa capital del continente americano; sus ciento cuarenta mil habitantes lo proclamaban, pero no sólo ellos, sino el aspecto de sus grandes y grises edificios; sus calles céntricas plétóricas de gente que pasaba a pie, a caballo o en traqueteantes coches que temblaban al pasar por los empedrados o por los puentes que atravesaban numerosos canales y acequias.

Había gente por todas partes: invadían las aceras y las plazas, los vocingleros mercados, los numerosos templos de cantera gris y tezontle. Don Luis Castillo Ledón nos describe un día cualquiera en el centro de la gran ciudad:

Transitaban caballeros de casaca y chupa a la moda; currutacos de vistosa basquiña; señoras de abombado tontillo o severo túnico; solemnes oidores de pelucón, gorguera y garnacha; frailes de cerquillo o calada capucha; siniestros inquisidores con sus veneras

pendientes del cuello; estirados alabarderos de la guardia del Virrey, de casaca azul, vueltas rojas, alamares de plata y calzón corto; soldados de infantería, dragones y artilleros, con variados uniformes de coloridos diversos; doctores universitarios con capelos y borlas, blancos, verdes, rojos, amarillos, azules, según su ciencia; meditabundos poetas (que ya la casta era numerosa); abogados de amplia toga; escribanos de capa y tintero portátil; altaneros alguaciles; charros de amplio sombrero, hotonadura de plata y vistosa manta galoneada; vendedores pregonando su mercancía con roncadas o atipladas voces; romancistas cantando, más que leyendo, sus versos sobre asuntos del día; mendicantes pidiendo un mendrugo en tristes sonsonetes; cargadores agobiados bajo el peso de bultos de toda especie; indígenas de aire aturdo y andar perezoso, semidesnudos los hombres, a lo más de algodón y tilma, sombrero de palma, o envueltos en sucias sábanas; las mujeres de huipilli (camisa), tzincuéitl (enagua), y quezquémil (toca).²²

Con toda seguridad la niña María Josefa Ortiz estaba acostumbrada al rebumbio de ese colorido conglomerado que se volcaba en la ciudad, sobre todo en los días de mercado: recuas, burros cargados con ollas y cazuelas, o bien con racimos de gallinas y pollos; hileras de guajolotes que gorgoriteaban lamentando su próximo, presentido sacrificio; charros y campesinos montados en sus caballos trotones; indios taciturnos detrás del montón de yerbas medicinales, ocotes y gomas olorosas; deslizar de hua-

ITINERARIO

raches o de descalzos pies sobre el empedrado, y de trajineras sobre las aguas ocreas de los canales; gritos cantados de pregoneros; olor a garnachas, a tortillas de maíz morado; vaho de elotes cocidos y de tamales; montones de verduras, de frutas y mezontles.

Se supone que María Josefa Ortiz jamás contempló ese espectáculo desde una silla de manos o desde una calesa; su condición y falta de fortuna le vedaban esa situación de privilegio. Bella sí lo era, según el decir de sus biógrafos y de cierta miniatura que una de sus descendientes guarda celosamente. Quizá para equilibrar el abandono que a su circunstancia vital le proporcionó, le empezó a nacer una rebeldía recóndita que empezó a manifestarse en una forma de altivez, presencia de ánimo o fortaleza. Quién sabe. Hay un punto en que, según los sicólogos, la soberbia está tan cerca de los complejos de minusvalía, que ambos llegan a confundirse.

LLEGADA A LAS VIZCAÍNAS

Según el decir de don Fernando Toussaint del Barrio,

una tarde gris que recordará toda su vida, se deshicieron de ella frente a los gruesos muros de tezontle y piedras del colegio de Las Vizcaínas. Pagó su albergue lavando pisos y ayudando en la cocina; aprendió los menesteres de las mujeres de condición humilde: lavar, planchar, cocinar, coser, tejer, todo menos cultura.²³

Varios autores hablan de la vida del colegio a donde fue a parar Josefa Ortiz, y afirman que, efectivamente, todo el tiempo se iba en esos menesteres cotidianos e inacabables, y que la disciplina era bastante estricta y completa la sujeción a los reglamentos. El mismo Toussaint asienta que María Josefa desarrolló un carácter indomable e inconformidad con su triste destino, y nos la describe así:

Era blanca, cejijunta, ojos grises como el acero, pelo castaño y boca regular con labios delgados casi imperceptibles. Era alta, delgada, bien formada y con un porte, con una verticalidad que hizo exclamar varias veces a la Madre Superiora: ¡Eres la estampa de la más insolente altanería!²⁴

Lo más corriente es que el ingreso a un internado no sea feliz por más que, pasado el tiempo, el ánimo se acostumbre a la convivencia diaria con personas ajenas al trato cotidiano. Por principio de cuentas, y además del dolor de dejar afuera del colegio todo lo que constituye la vida que hasta entonces se había llevado, imponía el severo aspecto exterior de aquel edificio rojizo, con almenas y muros como una fortaleza, cuyo acceso estaba perfectamente controlado por varias personas que guardaban el portón de gruesas maderas claveteadas, que conducía directamente a la escalera que subía al piso superior, de donde arrancaba una larga galera que remataba en una puerta de cristales, la de la sala rectoral, según podía leerse en un azulejo arriba de la puerta.

Era una costumbre del colegio, según relata

Julia Morner,²⁶ que la recién ingresada fuera llevada a visitar una por una las viviendas del establecimiento. Todas las personas que en ellas vivían salían a ver a la “nueva”, más bien a examinarla con una curiosidad impertinente que no se detenía hasta ese punto, sino que se prolongaba en plurales interrogatorios que llegaban a la indiscreción. Todas querían saber detalles de su vida, de su familia, de sus antecedentes. En eso eran verdaderamente implacables. Es de presumirse que María Josefa, dolida o no, atemorizada o con disgusto, tuviera también que pasar por esa prueba mortificante.

Tres años hacía que era rectora del colegio una tocaya de nuestra biografiada: doña María Josefa Velázquez, que durante seis años, de 1786 a 1792 permaneció desempeñando ese importante cargo. María Josefa Ortiz, como ya vimos, ingresó el año de 1789.

Y aquí es donde la imaginación se echa a rebotar en lo que se refiere a doña Josefa. A falta de información detallada y veraz, los poetas dieron de su figura una imagen sublimada, y poco histórica. Como la de don Juan de Dios Peza, que dice:

Una joven de alba frente,
pupilas grandes y abiertas
cual dos soles en oriente,
está llamando a las puertas
de un edificio imponente.

Y llama con tal tesón
que, para ofrecerle abrigo,
se alza el pesado aldabón,
cruje en su gozne el postigo,

y entra en la antigua mansión.

Ante su faz hechicera,
frente a su dulce mirar
y su rubia cabellera,
la vieja hermana portera
ni inquiere ni puede hablar.

Recobrando su reposo
pregunta al fin: “¿Qué queréis?”
y ella, alzando el rostro hermoso,
responde: “Ya lo sabréis,
que en mí nada es misterioso.

Este pliego, por favor,
entregad al que aquí sea
encargado o director,
rogándole que lo lea.
Porque interesa a mi honor”.

Tomó el blanco memorial
la anciana, en nada remisa;
cruzó el patio señorial
y luego subió de prisa
la escalera principal.

Llegando a la galería
tiró de tosco cordel
de una puerta que crujía,
y entró, llevando el papel,
en una pieza sombría.

Volvió en la noble mansión
hondo silencio a reinar,
y cual ángel de aflicción,
la joven se puso a orar

ITINERARIO

***XX

junto al vetusto portón.

Silencio adentro y afuera;
todo quieto, todo en calma;
y la joven hechicera
oyendo dentro del alma
a Dios que le dice: “¡Espera!”

“Si a una huérfana doncella,
que en pobreza y soledad
con el cielo se querella
amparáis en su orfandad,
Dios os premiará por ella.

Sedienta estoy de beber
las aguas de este Jordán
que redime a la mujer,
y no sólo os pido pan,
sino virtud y saber.

Y no dudo ni vacilo,
pues de Cristo ante el altar
late mi pecho tranquilo,
y es Cristo quien me va a dar
una celda en vuestro Asilo.

Del mundo en la ruta incierta
os demando este favor:
no me cerréis vuestra puerta,
que antes que manchar mi honor
quedaré en su escaño muerta”.

Esto el memorial decía,
y cuando el texto acabó
un hombre que lo leía,
“¿Espera alguien?”, preguntó,

***XX

con interés y alegría.

“Abajo espera, señor,
una joven recatada,
de noble aspecto y rubor;
es bella y está enlutada. . .”
“Que suba”, dijo el Rector.

Subió, y la sencilla escena
es inútil describir;
el Rector, un alma buena,
no se negó a recibir
aquella humana azucena.

Y fue en estudiar constante;
y en la devoción, sincera;
con sus hermanas, galante,
y una amiga y compañera
franca, discreta y amante.

En aquel retiro santo
su más florida estación
pasó sin penas ni llanto,
para ser de una Nación,
orgullo, vida y encanto.

Al edificio imponente
que ofreció trono y palacio
a la doncella inocente,
“Colegio de San Ignacio”
llama en México la gente.

Y la joven seductora
qué allí soñó ser feliz
y hoy brilla como una aurora,
fue doña Josefa Ortiz,

ITINERARIO

la inmortal Corregidora.

Siempre amante y siempre hermosa,
siempre en la virtud sin par,
con los pobres dadivosa,
fue una reina en el hogar
como madre y como esposa.

Entre sus santos amores
dio a su patria uno infinito,
y escuchando sus clamores
urgió a Hidalgo diese el grito
de independencia, en Dolores.
Bendiga su nombre egregio
la patria que libertó:
la Historia es su trono regio,
y su antorcha este Colegio
a cuyas puertas llamó.

No sólo en verso imaginaron los poetas la actitud, las palabras y hasta el atuendo de doña Josefa al entrar al colegio que entonces se llamaba de San Ignacio de Loyola, sino también en prosa, como en la que Toussaint nos cuenta que:

Por la celosía octagonal de la celda común entraba el rumor de la ciudad: insistente campanillear de coches, el piafar y alegre cascolear de los caballos, los cantos de los vendedores ambulantes y los repiques de las campanas lejanas. Saltaban de sus ojos (de doña Josefa) gruesas lágrimas quemantes y desesperadas.

Los domingos por la tarde salían a pasear las internas de las Vizcaínas. Iban en fila,

limpiecitas con su uniforme gris, los cabellos trenzados en ocho sobre la nuca, bajo la mirada escrutadora y vigilante de la Madre Preceptora. Llegaban hasta el convento de San Francisco, volteaban a la izquierda para dar una vuelta por la Alameda y después seguir por las calles de San Francisco, La Profesa y Plateros, y llegar a la Catedral a la hora del rosario.²⁶

En noviembre del año de 1789 un acontecimiento turbó la paz del colegio: el Honorable Cabildo de la muy noble y leal ciudad de México pasaría visita de inspección al Colegio de las Vizcaínas, en donde había una inusitada actividad: se lavaban cortinas y manteles, se cepillaban activamente las escaleras, paredes y patios de cantera gris, mientras que en la cocina tenía lugar un alarde, un despliegue de eficiencia culinaria: todo el arte de freír, capear, destilar, cocer a vapor, a fuego suave, hornear, amasar violentamente y con suavidad, extender buñuelos, hacer hojaldres, usar condimentos y especias, trasegar vinagres y lechadas, moler chiles de todas las texturas, formas y colores, dorar almendras y piñones, picar cebollas, cilantros y verduras, clarificar mieles, moler masas y granos... Por otra parte, se ensayaban sonrisas y reverencias, frases humildes y respetuosas, coros y ceremoniales; se sacudían pesados tapetes y marcos dorados de pinturas al óleo, todo con el fin de presentar, ante los ojos de los miembros del Cabildo, un colegio que no desdijera de su ya legendario prestigio.

El día y la hora llegaron, como llegan todas las cosas. Los honorables comisionados, con ves-

→ *****

tiduras de gala y precedidos por el honorable Oficial Mayor de Virreynato, licenciado don Miguel Domínguez, al lado de la Madre Superiora y seguidos por los honorables delegados del Comité de Auxilios y del Santo Oficio, entraron en la capilla, rebosante de flores y esencias olorosas. Hubo misa solemne, Te Deum y bendición con el Santísimo, embellecidos todos esos actos litúrgicos con las notas de música sacra, nubes de incienso y las voces (angélicas, decían) de las jóvenes que formaban el coro del colegio. Después hubo procesión por los severos corredores, para la cual toda la comunidad estaba presente con su mejor ánimo y con su mejor atuendo.

LA LEYENDA DEL ENCUENTRO

Otra vez la leyenda, el deseo de novelar y de “novelear” en torno a doña Josefa y don Miguel.

Se ha asegurado que Josefa entró al internado por mano del mismo don Miguel y de su primera esposa, quienes la habían adoptado como hija, y que al quedar viudo don Miguel fue a buscarla, ya con la intención de casarse con ella, mientras que otros han escrito que fue llevada por una hermana mayor, de nombre María Sotero, pues muerto don José María Ortiz, Josefa quedaba completamente desamparada, a no ser que sea verdad lo asegurado por don Francisco Sosa, quien dice que ella disfrutaba de “un pequeño montepío” que le permitía vivir en las Vizcaínas.

Sea como fuere, ese encuentro o reencuentro ha movido muchas plumas y la imaginación de muchos escritores. Toussaint y Francisco Sosa coinciden al afirmar que fue en Las Vizcaínas donde se vieron por primera vez. Como en las novelas, como en las películas.

Un día, el licenciado don Miguel Domínguez hizo una visita al Colegio de Las Vizcaínas, y al ver a la encantadora pensionista prendóse de su belleza, y la solicitó en matrimonio; obtuvo su consentimiento, y en breve unió su suerte a la de la señorita Ortiz.²⁷

Toussaint, por su parte, nos dice cómo “toda la comunidad se formó en los corredores para ser revistada. María Josefa se encontraba en la primera fila con su vestido azul pálido limpio y flamante. . . Sus ojos no podían disimular el azoro ante el lento caminar de la comitiva solemne y escrutadora. Al llegar la comitiva frente a ella, don Miguel Domínguez la miró fijamente con impertinente intensidad. Se le acercó sonriente y con una palmada en la mejilla le preguntó: ‘¿Cómo te llamas?’ ‘María Josefa Ortiz, para servir a Dios y a usted’. Don Miguel Domínguez dijo algo a sus acompañantes, y uno apuntó rápidamente el dato”.²⁸

No habían pasado muchos días cuando María Josefa, avisada de que la llamaban urgentemente de la Rectoría, caminaba aprisa al cruzar los corredores del colegio. Iba aprisa, sí, pero antes se había cambiado su ropa de diario por un vestido de fiesta, un vestido que quizá no llegaba a ser elegante. Era una hospiciiana, una “pensionista”, como las llamaban, pero su

paso firme y su presencia de ánimo evidenciaban que María Josefa no se amilanaba por una llamada urgente de la Rectoría, menos si antes le habían ordenado que se mudara la ropa. No era “mustia ni apocada” y sabía adaptarse a los cambios, mas si esos cambios conllevaban una mejoría en su situación, como seguramente lo iba sospechando. Se dice que ella llegó curiosa más que temerosa, para encontrarse con la mirada admirativa del señor de la palmada en la mejilla (bien debe haberlo recordado, pues esa actitud era algo extraordinario) y la madre superiora que se adelantaba sonriendo a encontrarla, al mismo tiempo que le decía tomándola de la mano: “María Josefa, este caballero se interesa por tí”.

Cuentan las buenas lenguas que durante dos años, y “bajo la vigilante mirada de la madre superiora”, María Josefa recibió la sabatina visita de don Miguel. Su férrea voluntad y su carácter inflexible fueron conocidos por don Miguel, doce años mayor que doña Josefa, según datos de su nacimiento.

Se sabe que nació don Miguel en la ciudad de México, el veinte de enero de 1756, hijo del médico don Manuel Domínguez y doña Josefa de Alemán. Tenía apenas dos meses de nacido el futuro Corregidor de Querétaro, cuando sus padres se fueron a vivir a Guanajuato. Estudió con los jesuitas y cuando tenía catorce años

pasó a cursar artes y filosofía al Colegio de San Nicolás Obispo, de Valladolid, graduándose bachiller en México, donde después de cursar cánones en la Universidad, ingresó en el Colegio de San Ildefonso a estudiar juris-

prudencia teórica, que luego practicó con el jurisconsulto don Luis Galeano, para matricularse en 1785 en el Colegio de abogados de San Ramón Nonato. Ejerció la profesión durante cinco años, hasta 1790 en que el virrey segundo conde de Revillagigedo lo llamó a la Oficialía Mayor del Gobierno y a la Secretaría de la Junta de Real Hacienda, cargos que desempeñó a satisfacción a través de los gobiernos de Branciforte, Azanza y Marquina, habiéndolo enviado de Corregidor a Querétaro, en 1801, este último virrey, a donde vino ya casado con doña Josefa.²⁹

Ese era el hombre que pretendía a María Josefa, y sus biógrafos no dejan de hacer notar que era una persona de alta posición social, de muchas luces y cultura. María Josefa, en cambio, equilibraba su falta de estudios con la preparación que en el colegio recibían las jóvenes, casi todas abocadas al matrimonio, con un arrebatado altanero y pueril que iba bien a su juventud y belleza. Tenía aplomo y seguridad en sí misma, esto último, al menos aparentemente.

Don Miguel Domínguez, con la solemnidad y aparato que correspondía a su alta jerarquía y por mediación del arzobispo de México, pidió la mano de María Josefa, quien fue depositada en la casa de la familia López de Letona, con una institutriz que corrigiera sus modales, que le diera lecciones de cómo conducirse en sociedad, que cuidara sus expresiones y su manera de andar, sobre todo. A pesar de eso, en la ceremonia de la boda no faltó quien exclamara escandalizada: “¡Santo Dios, si parece un granadero de la Reina!”³⁰

Hay otros autores que aseguran que la futura Corregidora de Querétaro vivió al amparo de unas señoras González antes de entrar a las Vizcaínas, de donde fue sacada por su hermana María Sotero, quien era la única que velaba por ella y por su seguridad, con el pretexto de que estaba enferma y que necesitaba cuidados especiales, y porque —decía— uno de los bienhechores que pagaban la pensión de María Josefa acababa de morir, y los otros retiraban su ayuda. Quizá fue otra la causa, ya que poco tiempo después, el 24 de enero de 1791, casó en forma secreta con don Miguel Domínguez.³¹

Don Luis Castillo Ledón, quien asegura que doña Josefa y don Miguel casaron en 1791, está en desacuerdo con el acta de ese matrimonio, que se realizó en la Catedral mexicana el día 24 de enero, pero de 1793, a las ocho de la noche. Esa acta se conserva en el Archivo Párroquial de la Catedral Mexicana, en el Libro de Matrimonios Secretos de Españoles, en el Sagrario de la propia Catedral.

¿Por qué fue secreto ese matrimonio y no con gran pompa y solemnidad, como lo relata don Francisco Sosa? La razón más a la mano es que cuando uno de los cónyuges era viudo, se usaba que el segundo matrimonio se hiciera de noche o en la madrugada, sin ninguna ostentación.

Por otra parte, el 25 de enero de 1792 se registra el bautizo de una hija de María Josefa Ortiz con el nombre de María Ignacia Policarpa, quien fue asentada como hija natural. El año de 1793 se asentó el nombre de José María Florencio, hijo legítimo de María Josefa Ortiz y Miguel Domínguez.

De esta unión hubo muchos hijos, más hembras que varones, los primeros nacidos en la ciudad de México y cinco más en Querétaro, en los años de 1801, 1805, 1808 y 1809. Cuando aprehendieron a doña Josefa y la trasladaron de Querétaro a la metrópoli de la Nueva España, venía embarazada del último de sus vástagos.

Don Miguel Domínguez, “que a pesar de ser mexicano fue nombrado corregidor de Querétaro, cargo el más elevado en aquella ciudad”,³² hubo de distinguirse luego al promover la libertad de los indios en los obrajés, sistematizar el gobierno del Corregimiento y poner fin a los abusos del Ayuntamiento. Había representado al Tribunal de Minería en contra del proyecto de consolidación de capitales de obras pías en forma tan enérgica, que Iturrigaray lo suspendió en su puesto, lo que lo hizo trasladarse a la Capital y permanecer allá largo tiempo sin ser repuesto ni con orden del Rey, hasta que ésta fue reiterada. Con motivo de los acontecimientos de España y México en 1808 y la deposición del propio Virrey, no sólo manifestó complacencia, sino que promovió ante el Cabildo de Querétaro la convocación del congreso que Iturrigaray trataba de reunir, desconociendo todas las juntas. Sus ideas le valieron la representación de la provincia de Guanajuato a las Cortes de Cádiz, en 1809, y al regresar a su corregimiento y encontrarse algo avanzado el movimiento sedicioso a favor de la independencia, se puso luego de acuerdo con su discípulo Hidalgo y el capitán Allende”.³³

LA CONSPIRACIÓN DELATADA

Agotado el sufrimiento
por tantas iniquidades,
un grupo de hombres virtuosos,
de corazón, sin alardes,
sin pretensiones aviesas
ni ambiciones reprochables;
en patrio amor encendidos
desarrollaba sus planes,
que eran el darse una patria
libre, hermosa, unida y grande.
Don Miguel Hidalgo, el cura
de Dolores, era el padre
de la idea redentora;
y la llevaba adelante
alentando a sus amigos
con esa palabra fácil,
vigorosa y convincente
que de los cerebros parte,
cuando se defienden causas
que de la justicia nacen,
y la verdad las apoya
y la virtud da realce.
Aldama, Allende, Abasolo,
tres gallardos capitanes
de Dragones de la Reina,
y que en San Miguel el Grande
se encuentran acantonados
y son valientes y leales,
el capitán Joaquín Arias
que en Celaya está de avance,
y el teniente Lanzagorta,
platicador indomable,
valeroso, mas prudente,

y discreto aunque parlante,
 eran de los conjurados
 con el presbítero Sánchez,
 los dos hermanos Gutiérrez,
 don Emeterio González,
 Mariano Galván Rivera,
 Villaseñor, Juan Cervantes,
 el Corregidor Domínguez,
 Juan Ochoa, y aun el alcaide
 Ignacio Pérez, el héroe
 de que se sirvió no en balde
 la noble doña Josefa,
 para dar en breves frases
 el grito de alarma al Cura
 y a los bravos capitanes”.³⁴

La Junta de los conjurados de Querétaro estaba en plenas funciones. En casa del licenciado Parra o en la del presbítero Sánchez se reunían varios vecinos, y en la residencia de los hermanos González, Epigmenio y Emeterio, no sólo se reunían los conspiradores, sino que también se hacían armas para el levantamiento y se elaboraba parque con ese mismo objeto.

El Corregidor Domínguez no asistía a las juntas, pues era autoridad, la máxima, de Querétaro, aunque se contaba con su anuencia, con cierto consentimiento tácito y solapado, y sobre todo con el entusiasmo no disimulado de su mujer, doña Josefa. En connivencia con don Ignacio Allende, que iba a cambiar impresiones con él, siempre a deshoras de la noche, don Miguel se comunicaba con Hidalgo, su antiguo condiscípulo. “La Corregidora sí tomaba parte en la conjuración, en forma un tanto activa, buscando adeptos con ayuda del alcaide Ignacio

Pérez que asimismo le servía de conducto con la Junta”, asienta don Luis Castillo Ledón.

Según Otero, ese movimiento independentista no fue una cosa tan sencilla como el esfuerzo de una colonia que quiere gobernarse por sí misma, sino que más bien fue

un medio de hacer triunfar una causa más noble y universal todavía: la causa de la emancipación de la especie humana. El principio de la libertad no fue tan puro y sublime como era su causa. Ningún motivo impuesto había hecho sentir la mano dura de la metrópoli. Ningún infortunio nuevo había venido a recordar la dura y humilde condición del esclavo. Al contrario, México acababa de ver en su seno matemáticos, poetas, juristas y sabios que le hubieran dado un nombre en Europa; se estaba enriqueciendo con preciosos monumentos de las artes, su prosperidad crecía todos los días, y ni aún vislumbrar podía hasta dónde la amenazaban las revoluciones y decadencias de la madre patria.³⁵

Parece que Otero hablara por los mexicanos de la ciudad capital, pues en lo antes expuesto nada indica haber estado enterado de las condiciones de vida del campesino, del jornalero, ni del antiguo encomendado sujeto a la buena o mala índole del encomendero que les tocara en suerte, nada dice de “el abandono y miseria del indio; la explotación y la tiranía de que eran víctimas las otras castas de color, la rapacidad, la ignorancia y el fanatismo causados por los dominadores”,³⁶ males todos estos que Hidalgo conocía no de oídas, sino eran parte de su expe-

riencia de párroco en diferentes pueblos, y como lector asiduo de libros filosóficos de la cultura europea.

Por otra parte Allende, el gallardo don Ignacio, visitaba la casa del Corregidor Domínguez, y era bien recibido en ella como pretendiente de una de las hijas de los Domínguez. Esa relación se vio reforzada por el entusiasmo de doña Josefa en el movimiento de independencia, de tal forma que el interés de Allende era doble al visitar Querétaro. Las juntas de Celaya que presidía don Francisco Lanzagorta habían sido ya delatadas, por esa razón las reuniones se habían reanudado en Querétaro en la residencia del Corregidor, es decir, en las mismas Casas Reales. La propia doña Josefa era agente activo de la conspiración que tomaba vuelo con el contingente de gente nueva que a diario se agregaba a la conjura.

Todo era pretexto para la conspiración: los paseos, las fiestas familiares, el chocolate de la tarde, el rosario, la tertulia de la trastienda y los despachos.

Algo olfateaban los espías ya puestos sobre aviso por algún delator que daba pistas un tanto descaminadas y vagas, o por personas que las proporcionaban francamente falsas. Sin embargo, los espías sabían que cuando el río suena, agua lleva, por eso estaban atentos a cualquier indicio, por insignificante que pareciera a primera vista, para seguir su rastro.

Noticias de toda índole llegaban a México: que si ya eran más de cuatrocientos hombres los conjurados, con muchos pertrechos y mucho dinero; que ahora era el cura Hidalgo quien los dirigía; que ahora el jefe era Allende; que Aba-

solo; o bien que los conspiradores no eran gente de temer, de poca monta y sin ninguna importancia. De todas maneras la red de espionaje no sólo se reducía a la capital de la Nueva España, sino que se espiaba también en San Miguel, San Luis Potosí, Guanajuato y Valladolid.

Hubo detenciones, pruebas falsas de lealtad a las autoridades, incidentes comprometedores, reuniones en donde la Corregidora, a decir de algunos, “era una agente precipitada”.³⁷

En México, sobre todo, se habían hecho ya algunas aprehensiones importantes, y los conspiradores temían ser delatados. Se necesitaba urgentemente sacar adelante los planes, y se trabajaba hasta la madrugada conciliando proyectos. Ya Juan Ochoa había escrito desde Querétaro a la capital que

El Corregidor de esta Ciudad es comprendido según se me ha instruido y tiene hechas proclamas seductivas y no lo dudo porque su mujer se ha expresado y expresa con la mayor locuacidad contra la nación española y contra algunos dignos Ministros que no anhelan otra cosa que todos tengan la debida obediencia y a conseguir la felicidad y tranquilidad pública, pero el torrente de esa Señora ha conducido a los depravados fines que he anunciado y no tiene empacho a concurrir en juntas que forman los malévolos.³⁸

Mucha inquietud llevó a los conjurados las noticias de esas delaciones, pero la inquietud subió de punto al saber que iban rumbo a Querétaro los granaderos de una Compañía agregada al batallón normal destacado en la ciudad,

por lo que los conspiradores siguieron trabajando, ahora con una prisa más fervorosa en Querétaro, San Miguel, Dolores y otros lugares. Los días finales del mes de agosto y primeros de septiembre iban y venían cartas y comunicados de un lado a otro.

Allende era uno de los agentes más activos de la conjura; tan pronto dejaba San Miguel para ir a Dolores, como salía de allí para intercambiar planes con los de Querétaro. Desde esta última ciudad, en los primeros días de septiembre Allende manda un “propio” a Dolores, instando a Hidalgo a entrevistarse con él. Así lo hace don Miguel, de incógnito y con gran sigilo, y se entera de que ya cuentan con más de tres mil comprometidos en el movimiento, hombres armados y en adiestramiento, listos para cuando se les llame.

Buen tipo don Ignacio Allende. Y si nos atenemos a lo que de él dice el romance, tenía lo necesario para ser un gran jefe:

Era don Ignacio Allende
 alto, rubio, bien plantado,
 cuello erguido, ancha la espalda.
 suelto y poderoso el brazo;
 crespá, alborotada furia,
 andar resuelto y con garbo.
 ver audaz, ojos azules,
 ardientes, limpios y claros;
 jinete entre los jinetes,
 cual soldado, temerario,
 complaciente en los festines,
 comedido en los estrados,
 lidiando toros, prodigio,
 de caballeros dechado.

De la Reina el Regimiento
le vio capitán bizarro,
y a la par le festejaban
las ciudades y los campos.

Brazo fuerte de don Ignacio Allende lo era Aldama. Entre los dos recorrían incansables los caminos y veredas de Guanajuato reclutando adeptos y haciendo acopio de armas para el levantamiento. Había entre ellos, además del respeto proverbial entre militares, un afecto de amigos tan entrañable, que han formado, en el ambiente histórico de su época, un binomio indisoluble. De Aldama también dice el romance:

Aldama, su compañero,
era también hombre guapo;
con valor, pero prudente;
firme, pero con recato;
era del honor asombro,
de su palabra era esclavo,
y una vez que hubo resuelto
correr la suerte de Hidalgo,
fue su dignidad ejemplo,
y bravo entre los más bravos.
Cruzan montes y veredas
los hombres que hemos pintado,
y el resoplar en silencio
se escucha de sus caballos,
o el tropel, entre las piedras,
de sus resonantes cascos.
Así a Dolores penetran
leguas diez atravesando,
y enfrente de las ventanas
altas, sin rejas, en bajo
de la habitación del cura

los jinetes hacen alto.
Reina en la calle la noche
y el silencio en el espacio.
El pueblo estaba desierto,
no hay un rumor en los campos;
el río tranquilo suena
y es todo sueño y descanso.

En medio del ambiente caldeado de la conjura, doña Josefa ponía su entusiasmo y actividad inusitados. Iba a las reuniones o las organizaba en su propia casa; mandaba cartas,

y como no sabía escribir, apeló al ingenioso recurso de recortar las letras de los impresos que caían en sus manos, y con ellas, juntándolas con laboriosidad de que sólo una mujer es capaz, hacía sus escritos para influir en la política. Pegaba las letras sobre papel de china, y como una cohetera le servía de correo, ocultaba el papel entre los cohetes y por ese medio enviaba avisos a los conjurados.¹⁰

Se dice que de San Miguel precisamente salió la primera denuncia, anónima por supuesto, de la conspiración. En ella se daba cuenta de todo lo que se fraguaba. Decía de los sospechosos ires y venires de Allende y Aldama, de rumores que tenderos propalaban entre la clientela, y que mozos y ayudantes del propio Allende repetían, sin cuidar que el sentido de la versión fuera cambiado, como sucedía frecuentemente.

Todo eso flotaba en el ambiente cuando Joaquín Arias, quien tenía la delicada comisión de dar el grito de independencia en Querétaro, sospechando que la conspiración estaba ya descu-

ITINERARIO

bierta, y con el fin de salvarse, se denunció ante el sargento mayor de su regimiento, y denunció también a sus compañeros. Muy reservadamente se envió a México la noticia de la denuncia, y la lista de los conjurados, que eran:

De San Miguel el Grande:

El capitán Allende, principal ejecutor de la revolución. El capitán Aldama, su segundo. Otro capitán también de San Miguel, de quien se ignora el nombre.

La mayor parte de los oficiales de San Miguel y otros particulares.

Hidalgo, cura del pueblo de Dolores, autor y director de la revolución proyectada, y se asegura que tiene conmovida la mayor parte de dicho pueblo y villa de San Felipe.

De Querétaro:

El Lic. Altamirano, en cuya casa se celebran la mayor parte de las juntas.

Br. presbítero D. José María Sánchez, principal director de los comprometidos en esta ciudad, y vive en la casa del anterior.

El Lic. Parra.

D. Antonio Téllez.

D. Francisco Araujo, quien tiene porción de lanzas y otras armas ofensivas en su casa y también cartuchos.

Un cerrero que fue en esa ciudad de apellido Loxero.

Dos de los Curas de esta ciudad, de quienes no sabemos los nombres.

D. Ignacio Gutiérrez.

D. Mariano Galván, escribiente del Escribano Domínguez.

D. Mariano Hidalgo, Cirujano.

D.N. Estrada, Boticario.

Varios Religiosos que no se conocen por sus nombres.

El Capitán D. Joaquín Arias, del Regimiento de Celaya, que hace seis días llegó a ésta y debe tomar el mando del Batallón que de dicho Regimiento se halla de guarnición en esta ciudad.

La mayor parte de los oficiales del mismo Cuerpo, y también se asegura que están comprendidos varios sargentos y cabos.

El Corregidor de esta ciudad, que ayer se me dijo era sólo sospechoso y hoy me aseguran tiene hechas las proclamas que tengo indicado.

El Lic. Laso de la Vega, nativo de Guajuato, radicado aquí, íntimo amigo del Corregidor.

El Regidor Villaseñor, que me dicen se ha separado del proyecto; pero franquea una pieza de su casa para que traten el asunto.

Vaca, Teniente Veterano del Regimiento de San Miguel el Grande, que se halla en esta ciudad hace mucho tiempo y el señor Comandante de Brigada lo ocupa para su despacho. Que sólo de la Hacienda de Bravo, distante de aquí seis leguas, están comprendidos 150 o más rancheros, como también de otras varias, cuyas listas que han exhibido los promovedores, y otros papeles de importancia, me aseguran paran en poder del Capitán

ITINERARIO

Allende; y es la razón más circunstanciada que he podido adquirir hasta la fecha.
Querétaro, 11 de septiembre de 1810.

Rúbrica de Ochoa.

En la lista anterior no se mencionaba a doña Josefa, a pesar de ser bien conocida su participación en los hechos. Pero la denuncia que hizo estallar antes de lo planeado la guerra de independencia, fue la de un sacerdote franciscano que oyera la confesión *in articulo mortis*, del médico Manuel Iturriaga. El religioso fue apresuradamente a contárselo al arzobispo, a la ciudad de México, quien, disgustado porque el religioso había violado el secreto de confesión, le dijo ásperamente que no le contara eso a él, sino al Virrey.

Por otra parte, en Querétaro otro sacerdote, de apellido Gil de León, se entrevistaba con el Corregidor Domínguez (buenos amigos ambos) para decirle que esa noche estallaría una conjuración para “degollar a todos los españoles residentes en la ciudad”, y le dio tal cantidad de datos, de sitios y nombres de personas, que el Corregidor decidió aprehender a los conjurados. Se lo hizo saber así a la impetuosa doña Josefa

y recelando de alguna imprudencia del carácter fogoso de doña Josefa, al salir de su casa, que era el mismo edificio de las Casas Reales, cerró el zaguán, llevándose las llaves y partió en su coche en busca del escribano don Juan Fernando Domínguez, que aunque no estaba de semana ni le tocaba actuar, pero

como tenía relaciones con el partido europeo,
podía enterarse por su medio de lo que en
realidad hubiere trascendido.⁴⁰

EL COMLOT HAN DENUNCIADO

Con el rostro descompuesto,
la faz lívida de espanto,
trémula, y por los sollozos
tartamudeando los labios,
toma la Corregidora
a su marido del brazo,
y en retirado aposento,
después de que hubo curado,
y cierta de que están lejos
las palabras y los pasos,
la majestuosa matrona
así estalla en su relato:
'Domínguez, somos perdidos,
el complot han denunciado:
ya se decretan prisiones,
ya se levantan cadalsos,
ya aprehenden a los amigos
que están aquí refugiados
y marchan resueltas tropas
por Allende y por Hidalgo'.
Sálvense Domínguez clama:
salvémoslos, a salvarlos:
¡Valor, por ella muramos!
Y la sublime matrona
que era de beldad un pasmo,
en instantes se transforma
como amparo de los náufragos;
y apasionada, divina,
arrollando los obstáculos,

ITINERARIO

hace difundir la nueva,
pone patriotas a salvo.
y procura que desmientan
al delator obcecado
que era, según se refiere,
un tal Galván don Mariano,
empleado en la Estafeta . . .
chaqueta, y cristiano rancio;
pero ante todo dispuso
enviar un aviso exacto
a Ignacio Allende, y consigue
tanto empeñar al enviado,
que se apodera atrevido
de un corcel que encuentra al paso,
y hasta San Miguel el Grande
vuela, sin darse descanso.
Allende sabe el suceso,
busca a Aldama sin retardo,
y con audaz arrogancia
briosos y resueltos ambos,
a Dolores enderezan
las riendas de sus caballos,
y veloces como flechas
vuelan, los aires cortando.

Pareciendo que nada sabía de la conjuración, el Corregidor fue a ver al escribano Domínguez y le hizo la relación de lo que acababan de comunicarle, y terminó pidiéndole consejo sobre la determinación que debería tomar. El escribano estaba enterado de todo respecto de la conjura, incluso de la participación de don Miguel, pero disimuló también y le propuso que diera aviso a la Comandancia para que, con el auxilio de algunos soldados, fuera a catear la casa de don Epigmenio González y la de Sámano. Así

lo hizo el Corregidor, y por más maña que puso para dar aviso a los conspiradores, el escribano Domínguez desbarató sus planes. Todo terminó con el descubrimiento de las armas y municiones, y la aprehensión de los dueños.

Mientras, doña Josefa iba y venía, acorralada en su angustia, pues sabía que si no avisaba a Allende y a Hidalgo lo que pasaba, iban a ser aprehendidos, con lo cual fracasaría la conspiración. La alcoba de doña Josefa quedaba exactamente sobre la vivienda de Ignacio Pérez, alcaide de la cárcel, y como habían convenido en caso de haber problemas, doña Josefa golpeó tres veces la tarima del piso para alertar a Pérez, y mientras éste salía a la calle, la Corregidora atravesó corriendo el patio después de bajar las escaleras, y a través de la chapa de la cerradura del zaguán, le contó lo que pasaba, al mismo tiempo que le rogaba buscara a una persona de confianza que avisara a Allende. Pérez no quiso confiar a otro el encargo de la Corregidora, y tomó un caballo ensillado que esperaba a su amo enfrente de una peluquería, y voló a avisar a los conjurados de San Miguel y Dolores.

Por otra parte, el Corregidor tuvo que dirigir los interrogatorios de los aprehendidos, instancia en la cual no ponía toda la minuciosidad que el escribano y el alcalde Ochoa deseaban, lo que hizo que estos dos últimos se convencieran aún más de la complicidad de don Miguel. Esa misma noche el comandante Ochoa, acompañado de cien hombres armados, aprehendió al Corregidor y lo llevó al convento de San Francisco y después al de la Cruz; doña Josefa fue

ITINERARIO

llevada a la casa del mismo Ochoa, y después al convento de Santa Clara.

A todo esto, don Andrés Mendivil recibía en México esta comunicación que le enviaba el administrador de correos:

Infiero que va a salir extraordinario y anticipo ésta. Anoche a las dos se prendió al Corregidor, a su mujer y a otra porción de gentes, con toda felicidad. Yo me vi precisado a dar auxilio con Retes; hace dos días que ni como ni duermo casi nada; Dios nos saque con felicidad. Estamos en el más eminente (sic) peligro, pues en carta de ayer escribe Allende que aunque prendan a algunos, él vendrá con su gente a sacarlos: ellos tienen más de mil hombres y nosotros no llegamos a cien útiles.

También nos da mucho cuidado que no haya llegado extraordinario del Gobierno. Quiera Dios que en ésa no haya habido novedad. No deje V.S. de contestarme con el mismo extraordinario sobre esta materia, pues está con el mayor cuidado su más atento servidor.

Las rimas populares a favor de los insurgentes aparecían pegadas en los muros, en los árboles y por dondequiera, por más que las autoridades vigilaban para aprehender a quienes incitaran a la rebelión. Los que siguen se hicieron muy populares, y algunos hasta los cantaban:

¿Quién al gachupín humilla?

Costilla.

¿Quién al pobrísimo defiende?

Allende.

¿Quién su libertad aclama?
 Aldama.
 Corre criollo que te llama,

Siguió al grito de Dolores, como reguero de gasolina al que se acerca fuego, el ejército insurgente haciendo adeptos y obteniendo victorias. Bandos, proclamas, actas, discursos inflamaban el ánimo de los criollos, porque sabían que por fin iban a ser dueños de su libertad y de su territorio.

En cuanto a los Corregidores, don Miguel salió pronto de la prisión porque el pueblo se amotinó con la exigencia de que lo dejaran en libertad, y temiendo que exigieran lo mismo con doña Josefa, ésta fue traída a México, con fuerte escolta que la custodiaba. Para esto, la Corregidora estaba embarazada, lo cual no le impedía llamar cobardes y menguados a los soldados que la conducían. Si le imponían silencio, ella contestaba que se les había mandado conducirla a México, pero no hacerla callar, “y que no se callaría”. Se le servía comida y la devolvía con desprecio; sólo comía lo que ella llevaba o lo que podía comprar por el camino. Llegó a México, y a las puertas del convento de Santa Teresa, en donde quedaría como prisionera, dijo a los soldados: “Tantos soldados para custodiar a una pobre mujer, pero yo con mi sangre les formaré un patrimonio a mis hijos”.

Por algún tiempo gozó de aparente libertad, mientras nació su hijo y se reponía del parto, y luego fue conducida a clausura al convento de Santa Catalina de Sena, donde permaneció tres años. Mientras tanto, don Miguel elevaba

solicitudes para lograr la libertad de doña Josefa, que había dejado ¡catorce hijos! sin sus cuidados. Por parte de doña Josefa, se rodea de un extraño silencio, mezcla de orgullo o resignación. Nada pide, nada exige, nada dice. Hace a su rededor un límite silencioso que nadie se atreve a traspasar.

Se realiza la independencia en 1821, proclamada por Iturbide, y cuando éste se hace emperador, la emperatriz manda a doña Josefa el nombramiento de primera dama de honor, que la que fue Corregidora de Querétaro rechaza con frases enérgicas.

Vino enseguida la República. Doña Josefa lleva buenas relaciones con don Valentín Gómez Farías y con el general Victoria. Este se presentó una noche en casa de doña Josefa después del saqueo del Parián, en 1828,

y como entendiera ella que Victoria celebraba aquel escándalo, que aunque no ordenado sí había sido tolerado por él, indignóse la honrada matrona y manifestó a Victoria que aquel paso dado contra los capitalistas españoles era una infamia y una degradación para México, y que si ella había procurado la independencia, jamás aplaudiría lo que fuera contra el deber, aun cuando se tratara de los que habían contrariado la revolución y sacrificado a sus caudillos. Exaltada hasta el extremo, le ordenó que saliese de su casa inmediatamente y que no volviese a poner los pies allí. El general salió de su casa despavorido, sin sombrero y fue preciso que un criado fuese a alcanzarlo para entregárselo.¹¹

Otra prueba de la integridad de su carácter y de su sentido de la justicia nos la da cuando supo de los excesos cometidos por la plebe en la toma de Granaditas, y que escribió a Hidalgo reprobando el caso, diciéndole que era impolítico sembrar el terror. También cuando se negó rotundamente a recibir un premio, de los que se otorgaban a las personas que de alguna manera habían trabajado por la libertad de México.

EL FIN

Si doña Josefa guardó silencio por resentimiento, por soberbia o desengaño, nadie lo supo jamás. Crecida en el sufrimiento de la prisión y madurada en el tiempo por los cambios políticos del país, quiso dar, y las dio, pruebas de su integridad, de su juicio recto y seguro.

Doña Josefa murió de pleuresía, en la calle segunda del Indio Triste (¿no será una ironía?) en la casa que ostentaba el número dos. Se dice que un día antes de su muerte, ella, que no salía de su casa para nada quiso ir a la iglesia, donde se confesó y comulgó. Regresó tan alegre, “que era una gloria verla”. Murió otro día, en paz con la vida y su conciencia.⁴²

BIBLIOGRAFÍA

¹ Agustín Yáñez, en el prólogo a la segunda edición de *México y sus revoluciones*, de José María Luis Mora. Ed. Porrúa, S. A., México, 1965.

² *Ibid.*

³ Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Biografía de los héroes y caudillos de la independencia*, en: *Diccionario de insurgentes*, de José María Miguel y Vergés, Ed. Porrúa, S. A., México, 1969.

ITINERARIO

⁴ Fernando Toussaint del Barrio, *María Josefa Ortiz de Domínguez*, Taller de Impresión de Estampillas y Valores, Publicaciones de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1961.

⁵ *Ibid.*

⁶ Luis Castillo Ledón, *Hidalgo, la vida del héroe*, vol. I. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1948.

⁷ Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*, Ed. de la Secretaría de Fomento, México, 1884.

⁸ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, tomo III.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Bernardo de Gálvez, *Instrucción formada en virtud de real orden de S.M. que se dirige al señor Comandante General de Provincias Internas, D. Jacobo Ugarte y Loyola, para gobierno y puntual observación de este superior jefe y de sus inmediatos subalternos*

¹¹ *Ibidem.*

¹² Luis Castillo Ledón, *Ibid.*

¹³ Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, México, 1902, cf. David A. Beading, en *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Sep-Setentas 82, México, 1975.

¹⁴ Luis González y González, "En torno de la integración de la realidad mexicana", en *Estudios Históricos Americanos*, México, 1953.

¹⁵ *Ibid.*, p. 416.

¹⁶ Gabriel Zaid, "Problemas de una cultura matriotera", en *Plural*, no. 46, julio de 1975.

¹⁷ Dorothy Tanck de Estrada, *La educación primaria en la doctor en Historia*, México, enero de 1975.

¹⁸ Gabriel Zaid, *op. cit.*

¹⁹ Dorothy Tanck de Estrada, *op. cit.*

²⁰ Luis Castillo Ledón, *op. cit.*

²¹ Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos, ciudad de México 1786-1836*, Tesis para optar al grado de edición de la Secretaría de Fomento, México, 1884.

²² Luis Castillo Ledón, *op. cit.*

²³ Fernando Toussaint del Barrio, *op. cit.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Julia Morner, *Memorias de una colegiala*, Colegio de las Vizcaínas, México, 1945.

²⁶ Fernando Toussaint del Barrio, *op. cit.*

²⁷ Francisco Sosa, *op. cit.*

²⁸ Fernando Toussaint del Barrio, *op. cit.*

²⁹ Luis Castillo Ledón, *op. cit.*

³⁰ Fernando Toussaint del Barrio, *op. cit.*

³¹ Castillo Ledón, *op. cit.*

³² Francisco Sosa, *op. cit.*

³³ Castillo Ledón, *op. cit.*

³⁴ *Romances de la guerra de independencia*, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 71 SEP. México, 1945.

³⁵ Otero...

JOSEFA ORTIZ DE DOMINGUEZ

³⁶ Castillo Ledón, *op. cit.*

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Juan Ochoa, Archivo General de la Nación, Vol. 108. Fs. 227 y 229.

³⁹ Otero...

⁴⁰ Luis Castillo Ledón, *op. cit.*

⁴¹ Otero dice que uno de los nietos de doña Josefa, el Ing. D. Miguel Iglesias, exhumó sus restos para ser conducidos a la ciudad de Querétaro, en donde deben reposar para siempre.

⁴² Ignacio Ramírez dice en una publicación suya titulada *Panegírico*, que "Querétaro expidió el 10 de diciembre de 1878 un decreto en cuyo primer artículo declaró que doña Josefa Ortiz de Domínguez mereció bien del Estado; en el artículo 3o. se dispuso que su nombre fuese inscrito con letras de oro en el salón de sesiones del propio Congreso, y en el 4o. que se colocase una lápida en la casa que habitó en aquella ciudad.

-

MIS AMIGOS
LOS PAJAROS

MIS AMIGOS LOS PÁJAROS

Yo platico con los pájaros. Mis hermanos se burlan y dicen:
“¡Ahí va ese tonto de Antonio a platicar con los pájaros!”

Y es que cuando vamos al campo me gusta quedarme solo para estar con mis amigos los pájaros.

Me gusta ver cómo les llevan de comer a sus hijitos y cómo les meten gusanitos y semillas en el pico.
Y todo el tiempo hablo con ellos.

Yo sé que los pájaros me entienden, porque no me tienen miedo. Yo les hablo y les hablo como ellos hablan, “piií, piií”. Ellos me contestan y me ven con sus ojos redondos como piedritas brillantes. Aunque mis hermanos se burlen, yo seguiré platicando con los pájaros.

Español. Primer grado

DICEN QUE ASÍ NACIÓ EL COCODRILO

En medio de la selva estaba tirado un tronco de cocotero. Hacia varios días que el huracán lo había tirado y así permanecía, temeroso de que vinieran los hombres con sus hachas a hacerlo pedacitos.

Una mañana calurosa se oyeron pisadas sobre la hojarasca. El tronco tembló de miedo, y tan grande fue su temblor que empezó a rodar hasta llegar a un pantano que estaba cerca. Y pensó:

“¡Qué bueno! Aquí puedo esconderme sin que los hombres me descubran.”

Y se acomodó entre el agua fangosa. Sólo cuando las pisadas de los hombres se alejaron, el tronco se atrevió a mirar para afuera.

Estaba tan bien ahí en lo húmedo y hacía tanto calor en la selva, que decidió quedarse adentro un poco de tiempo. Y empezó a ponerse verduoso. La lama del agua iba quedándose entre sus escamas de árbol. Y más tarde se dio cuenta

de que iban naciéndole cuatro retoños, dos a cada lado del cuerpo.

¡Qué bueno! —pensó— ¡creo que me estoy convirtiendo en animal! Buscaré un nombre que recuerde mi origen. Me llamaré “coco-drilo”.

Español. Segundo grado

ITINERARIO

LA PIÑATA

Aquí en casa haremos la primera posada del año. Los niños andan atareados de un lado a otro. Ya invitaron a todos los vecinos del barrio. Pusieron cordeles en el patio y colgaron papeles de colores. De lejos parecen pañuelos secándose al sol.

También hicieron una piñata. Irene trajo una olla, algunos periódicos y engrudo. Oralia consiguió papel de china. Entre todos lo rizaron y adornaron la olla. Después fueron por frutas y dulces al mercado que está cerca de la casa. Ahora está la piñata balanceándose allá arriba, colgada con un alambre. No sabe lo que se le espera. Cuando empiecen a darle de palos va a llorar dulces lágrimas de colación.

Mi libro de segundo. Parte 1

(Para ilustrar el ejercicio de Las letras y los nombres).

EL ÁGUILA Y EL JILGUERO

El águila, desde su alto nido, escogió a su próxima presa. Con sus alas extendidas como un avión se lanzó en picada, como todos los días, para sorprender a algún conejo desprevenido o a una serpiente color de arena. Pero esta vez sucedió que en pleno vuelo de descenso, el águila alcanzó a oír el canto de un pajarito que jamás había visto por aquellos lugares.

—De todas maneras me lo comeré —pensó el águila desviando un poco su vuelo— lo cogeré del pescuezo, lo sacudiré un poco, lo desplumaré y luego, con toda tranquilidad, lo despedazaré. Para eso tengo este pico fuerte y curvo que tanto me ha servido.

El pajarito cantarín era un jilguero. Entre él y su pareja habían hecho su nido en un árbol muy alto, en donde la hembra iba a poner sus huevitos. Por eso estaba contento y cantaba lo mejor de su repertorio.

—¿Quién eres tú? ¿Acaso me pediste permiso para hacer aquí tu nido? —le preguntó el águila con voz ronca y mirada rencorosa—. Por no acatar mis leyes voy a comerte.

—Perdón, yo no sabía que los jilgueros necesitábamos pedir permiso a las águilas para hacer

nuestros nidos. Perdone mi ignorancia y no me coma usted, se lo ruego. ¿Qué ganaría con comerme? Ni siquiera le calmaría el hambre, porque soy muy pequeño. Apenas soy un trino adornado de plumas, ¿y desde cuándo un trino le quita el hambre a un águila real como usted, reina de los escudos y adorno de las banderas?

—¿Que eres sólo un trino adornado de plumas? ¿Cómo es eso? Explícamelo mejor —pidió el águila un poco menos amenazante.

—Eso no necesita explicación —dijo el jilguero, y enseguida comenzó a cantar. Jamás lo había hecho tan bien. Gorjeaba lentamente inflando el pecho, como si el aire jugueteara en su garganta, subía de tono y remataba con un trino de triunfo o de gozo que el águila escuchaba atentamente.

—¿Lo has entendido ahora? —preguntó el jilguero al águila.

—Sí, ahora estoy segura de que eres un trino adornado de plumas. Y como prueba de que me ha parecido bellissimo tu canto, no te comeré. Pero te ordeno que hagas tu nido más abajo, allá en el bosque, y que desde ahora cantes más fuerte, para poder escucharte.

Desde entonces los jilgueros hacen sus nidos en los altos árboles de las zonas templadas, y las águilas, inmóviles sobre las rocas, los oyen cantar.

Español. Tercer grado. Ejercicios y lecturas
(Para ilustrar el ejercicio El sujeto y el predicado).

EL PINGÜINO Y LA CIGÜEÑA

—Buenos días —saludó una vez el pingüino a la cigüeña—. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde naciste? ¿Qué haces aquí en este zoológico?

—Muchas preguntas para contestarlas de una vez —contestó la cigüeña— y toca la casualidad de que esas mismas preguntas iba a hacértelas en este momento.

—Entonces empecemos el interrogatorio por partes, ¿qué te parece? Porque según lo que me has dicho los dos tenemos deseos de conocernos. Empezaré. Yo soy un pingüino. No puedes negar que tengo un nombre bonito. Y un bonito traje, porque siempre ando vestido de etiqueta. En eso me conocen los niños cuando vienen al zoológico. Me alimento de peces, pero antes de llegar aquí tenía que pescarlos yo mismo. No creas que es fácil pescar entre las aguas heladas, pero para todo hay maña; se para uno muy serio a la orilla del agua, sobre un témpano, sin moverse, quietecito como si fuera una estatua. Lo único que se deben mover son los ojos, para ver cuando pasan los peces. Y de repente ¡zas!, con el pico los atrapa uno. Eso lo hacemos cuando no estamos ocupados empollando los huevos.

ITINERARIO

—¿Cómo! ¿Tú, un pingüino macho, te dedicas a empollar? Explícame esto, porque me interesa muchísimo.

—Es un trabajo que hacemos entre mi pareja y yo. Una semana acomodo los huevos sobre mis patas, pegados al pecho, y así los caliento. La otra semana mamá pingüino hace lo mismo.

—Ojalá así sucediera en mi caso. Como yo nací en el norte de Europa, son otras las costumbres. Cuando el invierno empieza yo escojo alguna chimenea acogedora, y hago mi nido con ramitas y plumas. Allí pongo mis huevos, yo solita los empollo y cuando nacen los polluelos tengo que buscarles alimento. Afortunadamente tengo un pico muy largo para escarbar en los lugares lodosos.

—¿Por qué en los lugares lodosos?

—Pues porque allí viven lombrices y gusanos, que son nuestro mejor alimento.

—Pero todavía no me has dicho quién eres.

—Yo soy una cigüeña, y cuando escriben mi nombre le ponen dos puntitos sobre la *u*, como al tuyo.

Español tercer grado. Ejercicios y lecturas
(Para ilustrar el uso de *güi* y *güe*).

CUITLÁHUAC

Don Pancho, el papá de Miguel, tiene una tienda de abarrotes en el mercado de Tacuba. No es una tienda grande, pero vende mucho al menudeo. Él dice que hay que atender bien a los clientes, para que siempre le compren.

El otro día instaló un teléfono en su tienda para recibir pedidos de las personas que no puedan ir hasta el mercado. Miguel es el encargado de entregar la mercancía que piden a domicilio. Para eso le sirve mucho su bicicleta, ya no muy nueva, pero bien cuidada. Don Pancho tiene otros hijos que también le ayudan, pero dice que Miguel conoce mejor las calles.

—Las calles le enseñan a uno muchas cosas, —dice Miguel—, porque cuando me encuentro alguna que tiene un nombre de persona que nunca he oído, voy a consultar los libros de la biblioteca que está cerca del mercado. El otro día iba a entregar mercancía a la calle de Cuitláhuac. Tan conocida la calle de Cuitláhuac y yo no sabía quién había sido. Por eso en cuanto tuve un tiempcito me fui a la biblioteca y leí:

“En el año de 1476 nació Cuitláhuac, hijo de Axayácatl. Fue hermano menor de Moctezuma II, y cuando éste fue coronado rey entregó

ITINERARIO

la jefatura de los ejércitos a su hermano Cuitláhuac, que era un valiente militar y que sabía muy bien su oficio.

Moctezuma pudo dedicarse a embellecer la ciudad de Tenochtitlan con palacios y jardines, porque era artista más que guerrero. Cuando en 1520, el 29 de junio, murió Moctezuma II a consecuencia de una pedrada, Cuitláhuac fue nombrado rey. Su sobrino Cuauhtémoc tomó entonces el mando de los ejércitos que Cuitláhuac había tenido antes. Cuauhtémoc arrojó a los españoles de Tenochtitlan y los hizo huir por la calzada de Tlacopan, que hoy se llama calle de Tacuba.

Mucho trabajo había en la devastada ciudad de Tenochtitlan; se tuvieron que quemar miles y miles de cadáveres que había tirados en las calles, sacar los que había en los canales, quitar escombros y hacer trincheras para defensa, por si los españoles volvían.

Dos meses se ocuparon en esto.

El 17 de septiembre Cuitláhuac pudo ser coronado rey.

Su coronación fue sencilla. No se sacrificaron prisioneros al dios de la guerra, como en ocasiones anteriores.

Apenas recibió sobre su cabeza, de manos del gran sacerdote, la diadema del mando, siguió trabajando en las obras para la defensa de su ciudad.

Tenochtitlan estaba convertida en hospital, sus campos en hogueras; los cadáveres eran quemados diariamente por centenares para detener la peste.

Fue entonces cuando una mortal epidemia de viruela cayó sobre el pueblo. Cuitláhuac con-

trajo la enfermedad y murió el 5 de diciembre de 1520, a los 44 años de edad”.

Eso fue lo que Miguel leyó, y se quedó pensando que era muy bueno tener una calle llamada Cuitláhuac, ahí cerca del árbol de la Noche Triste, porque con toda seguridad Cuitláhuac pasó por ahí muchas veces, defendiendo su ciudad.

Español. Tercer grado. Ejercicios y lecturas

ADIVINA, ADIVINADOR

Desde que me enseñaron el juego de las adivinanzas, espero la tarde con gusto. Antes jugábamos a las escondidas, pero yo me escondía tan bien que nadie podía encontrarme. Y eso no tiene chiste.

También jugábamos a contar cuentos de miedo, de tanto miedo que por las noches tenía pesadillas.

Ahora con el juego de las adivinanzas estoy mucho más contento, porque se puede jugar a todas horas, en cualquier época del año y en cualquier lugar. Nosotros lo jugamos por la tarde, en la esquina de mi casa, después de hacer la tarea. Como si tocaran una campanita vamos llegando todos, como que no sabemos para qué nos reunimos. Primero llego yo, después Hilario con un palito derecho sobre su mano abierta, luego Matías y Bernabé jugando a la pelota. Todos llegan a la esquina. “Que tal”, dice Hilario, y se guarda el palito en una bolsa del pantalón. “Buenas”, dicen Matías y Bernabé al mismo tiempo, como si se pusieran de acuerdo. Y cuando alguno dice: “A que ésta no la adivinas”, es que ya estamos jugando a las adivinanzas.

No sé de dónde sacamos tantas adivinanzas, lo cierto es que ahora hasta en la escuela, con el maestro y los compañeros, hemos hecho un libro de adivinanzas. Ezequiel fue apuntándolas en un cuaderno; primero era un cuadernito cualquiera, pero como ahora son muchas, hemos pensado hacer un libro con ellas, un libro con letra bonita y con dibujos. ¿Sabes cómo le llamaremos? “Adivina, adivinador”.

Español. Cuarto grado. Ejercicios y lecturas

ITINERARIO

VACACIONES

Para Martín, un niño de la ciudad, vacaciones quiere decir pueblo, lluvia, elotes tiernos, peras de Mazamitla, caminatas por el campo acompañado de Lucía, olor a duraznos recién cortados y muchas cosas más.

Él quisiera volar al pueblo de los abuelos en cuanto las clases terminan. Hay veces que esto no es posible, pero mientras sus papás arreglan los asuntos que los retienen en la ciudad, él sueña y es feliz, mucho menos, sin embargo, que cuando en la realidad va llegando al pueblo.

El camino está rodeado de capulines, agobiadas sus ramas de frutos rojizos; los grillos ágiles y verdes brincas alto, como si tuvieran resortes, y por las veredas que se pierden entre la maleza va Rafael, el vaquero, tras las bestias. Cuando se cansa, el hombre fatigado salta al lomo de las vacas como si fuera un joven. Martín distingue todos los olores, los ruidos, los colores del campo en verano. La lechuza alerta ulula en el hueco de los árboles cuando atardece, y las estrellas, grandes y relucientes, parece que van a caerle encima desprendidas del cielo azul-negro, magnífico y silencioso.

Español. Cuarto grado. Ejercicios y lecturas
(Para ilustrar ejercicios de sujeto y predicado).

INTRODUCCIÓN

Este libro se hizo para tí, para que al leerlo, encuentres alguna cosa bella que te emocione, y te haga sentir como que una chispita empieza a alumbrar dentro de tí, y va convirtiendo la lectura en algo tuyo, como que tú la escribiste, o podrías haberla escrito. Los maestros escogieron cuidadosamente las lecturas; una por una las revisaron, no fuera a deslizarse en ellas algo inadecuado para tu edad o comprensión; los escritores pusieron tu lenguaje en poemas y cuentos; los dibujantes buscaron los colores más hermosos para ilustrarlo. Ya en la imprenta se cuidó que las letras fueran de un tamaño conveniente, para que pudieras leer con facilidad, y luego se encuadernó con limpieza hasta ofrecértelo como regalo .

Es tiempo de leerlo, de gozarlo. Ábrelo. Entre sus páginas te esperan el Principito, vagando solo en un perdido asteroide; el campesino astuto; el rey y el mercader; la colibrí pobre, deseosa de casarse; Prometeo encadenado; el joven decidido que le cuenta al rey un cuento de nunca acabar, y muchos otros personajes de fábulas y poemas.

Ojalá llegues a hacerte uno con tu libro, por-

ITINERARIO

que si lo consideras cosa propia sabemos que lo cuidarás, que lo guardarás para leerlo de nuevo cuando seas más grande; y quizá cuando, ya mayor, llegues a escuchar por ahí a unos niños que, jugando, cantan alguna de las rondas de este libro, el recuerdo te llevará hacia atrás en el tiempo; volverás a ser niño y, de repente, la cara de algún compañero que no habías vuelto a recordar se te aparecerá nítida, clara, cantando a todo pulmón:

¡Qué bonito es El Quelite,
bien haya quien lo formó!

Español. Quinto grado. Lecturas

LA CASITA DEL ROBLE

Lo que más le gusta a Marcela es treparse en los árboles. Durante las vacaciones en el campo se le podía ver arriba del roble grandote, balanceándose, comiendo fruta o cantando. Eso fue al principio, porque después dejó de cantar y hablaba sola en voz baja, como haciendo planes. Desde lejos se veía que algo le preocupaba. De repente se descolgó del árbol por medio de una cuerda que había anudado a una rama y gritó:

—Ven, Fernán, ¡aprisa! —y volvió a gritar:
—¡Fernán, Martín, vengan rápido!

Sus hermanos corrieron hasta el roble con los ojos brillantes y las mejillas coloradas. A Marcela se le había ocurrido una brillante idea: ¡Que entre todos hicieran una casita en las ramas del roble!

—¿Quieres que subamos las tablas que están en el patio? —preguntó Martín, dispuesto a colaborar para que la casita quedara preciosa en medio del follaje.

—Pero hay muy pocas tablas —replicó Fernán—. No nos van a alcanzar. Si tuviéramos muchas podríamos hacer la casita con todo y techo.

—No importa —dijo Marcela—. Con ésas nos alcanza aunque sea para el piso.

Con bastante trabajo, subieron las tablas que había y las acomodaron entre las ramas, hasta formar una tarima. Luego subieron tres cajones. Un cajón es algo muy útil, pues hace las veces de silla, de mesa, de librero o de adorno, si se pinta de un color bonito.

Los tres hermanos estaban felices en su casita del roble; leyeron cuentos, hicieron planes, observaron las abejas que llegaban hasta las flores del árbol para chuparles la miel. Pasaron algunas horas, cuando de repente oyeron las voces de Guillermo, Gustavo y Nando, sus primos.

—¡Qué linda casita hicieron allá arriba! —dijeron—. ¿Podemos subir? Miren, traemos dulces y naranjas.

Los primos veían para arriba con la cabeza ladeada, arrugando los párpados cuando la luz del sol les daba de lleno en los ojos. Esperaban el permiso de subir, y cuando desde arriba les dijeron que sí, que subieran, cogieron la cuerda y treparon rápidamente, como changos. Hubo algarabía arriba del roble, y estaban contentos, aunque tres cajones no eran bastantes para seis niños inquietos. Se podían mover de un lado a otro de la tarima, aunque con precauciones.

En eso llegaron Luis, Arnulfo, Nacho y Lucía, seguidos de Bernardo, Laura, Tere y Pablo, y todos quisieron subir. Los apuros fueron grandes allá arriba, porque todos hablaban al mismo tiempo y nadie se entendía; no podían leer por el alboroto que se armó y Memo le pisó una mano a Laura. Pero lo peor fue que las tablas dejaron oír un ruido extraño. Primero fue como un quejido ligero, y luego las tablas se raja-

ron por la mitad. Los muchachos no tuvieron tiempo de bajar por la cuerda, porque unos lo hicieron de un salto, y los más colgándose de las ramas con manos y pies. El roble balanceaba sus hojas verdes y velludas, mientras los niños trataban de bajar a toda costa.

Español. Sexto grado. Ejercicios
(Para ilustrar un ejercicio sobre crecimiento de la población).

EL TORNAVIAJE*

* Con la autorización de Editorial Novaro

Quando vi que Alonso iba cruzando la calle de la Puerta Falsa, cogí un caracol que detenía la ventana y se lo aventé para atraer su atención. Alonso levantó la cabeza y gritó:

—¡Andrés! ¿Qué estás haciendo allá arriba?

—Estoy castigado. Mi padre me encerró aquí hace como quince días y no me deja hablar con nadie.

—¡Quince días! Pero ¿por qué?

--Porque me fui a las Filipinas con mi tío Andrés sin pedirle permiso.

—¡A las Filipinas! ¡Qué bárbaro! Eso tienes que contármelo despacito. Mira, nomás voy a Santo Domingo a llevar este encargo y luego vuelvo, ¿eh?

Me sentí contentísimo. Por fin iba a tener con quién desahogarme. Mientras esperaba a Alonso estuve mirando los alrededores hasta donde me alcanzaba la vista: la calle de los Sepulcros, a un costado del templo, la calle de la Perpetua, y las torres de Santa Catarina, con su jardín en el atrio. Estaba encerrado, es cierto, pero tenía tiempo de sobra para ver lo que pasaba abajo. Ya sabía a qué hora llegaban los verduleros con sus canoas repletas hasta la compuerta de la acequia. Los veía cómo descargaban la

mercancía y cómo la acomodaban en montoncitos para venderla; escuchaba las campanadas de los templos y los gritos de los vendedores:

—¡Pollos, gallinas, güijolos!

—¡Mezontle, flores, nopales!

—¡Chichicuilotitos viiivs!

Conforme pasaban los días se me iba afinando el oído y la imaginación. Entonces inventé un juego: el de imaginar qué estarían haciendo en ese momento las gentes de la casa. Veía a mi padre ocupado en hacer cuentas en un librote de papel amarillo; a mi madre tejiendo cerca de la ventana que da al jardín; a mis hermanos Juana y Miguel en su clase de música, y a mi tío fray Andrés de Urdaneta, que ocupa dos piezas alejadas del resto de la casa, cruzando el primer patio, lo imaginaba leyendo su librito negro o mirando sus mapas.

Recuerdo que nosotros teníamos prohibido hacerle visitas porque como era fraile, debía hacer vida apartada mientras se iba a vivir al convento, mero enfrente. Sin embargo, el gusanito de la curiosidad me había hecho ir hasta allá. Me miró como enojado, con la capucha del hábito cubriéndole parte de la cara, y me dijo:

—¡Ah... , conque tú eres el sobrino que se llama igual que yo! Ven, acércate, muchacho.

Pasé casi temblando a una pieza que era estudio y biblioteca: había dos librerías no muy altas, pero llenas de libros, cuadernos y papeles enrollados, un escritorio bastante grande y dos o tres sillas, por cierto muy duras. En la otra pieza se alcanzaba a ver una cama angosta con una colcha oscura, y otra silla. En la pared colgaba un crucifijo de madera gorda. El Cristo estaba tan lleno de sangre que daba

miedo. Pero más miedo me dio cuando en un descuido, se le cayó la capucha al tío Andrés y vi que tenía tamaña cicatriz que le atravesaba la cara. Me quedé helado, sin saber qué hacer o qué decir, y entonces aquel hombre tan alto y tan feo, para qué es más que la verdad, me tomó del brazo y me sentó en una de aquellas sillas.

—Yo sé que no te atreves a preguntármelo —me dijo—, pero te voy a contar cómo sucedió lo de la cicatriz. Desde niño, cuando era un rapazuelo allá en España, a mí me llamaba el mar. En cuanto barquito veía salir del puerto, me imaginaba que me hacía a la mar. Nada me daba miedo, al contrario. Y con esa seguridad que dan la ignorancia y la juventud, me embarqué con García de Loaiza hacia las islas Molucas. La flota, que llevaba como piloto al famoso Sebastián Elcano, salió de España el año de 1525. En esos lugares tan primitivos, por un quítame allá esas pajas los hombres sacan a relucir su cris, que es una especie de daga con una doble hoja ondulada. Bueno, pues sucedió que sin saber ni cómo me enredé en un pleito con un malayo, y el muy traidor me dio de repente un tajo en la cara. Me creyeron muerto, y el hombre que me hirió huyó a la selva. Entonces una mujer malaya, bendita sea, me curó con yerbas y me retuvo en su choza hasta que sané.

—¿Y después qué hiciste? —logré preguntarle con la boca seca.

—No perdí el tiempo, pues con los viejos marineros que recalaban a las islas, con sus mapas y cartas de marear, y hasta con los isleños empecé a estudiar los vientos, las mareas, las co-

ITINERARIO

rrientes marinas, las maderas para la construcción de barcos, los animales del mar y sus costumbres, es decir, todo lo relacionado con la navegación. Y así, a fuerza de estudio y de ligar una cosa con otra, me convertí en el mejor navegante de ese entonces. No estoy presumiendo, ¿eh?, te estoy diciendo la mera verdad.

—¿Y qué fuiste a hacer tan lejos?

—La flota de Elcano iba a esas islas de la Especiería a comprar especias: pimienta, canela, macis, azafrán, y también otras cosas como sedas, marfiles y algunas piedras preciosas.

—¿Y están muy lejos esas islas, tío?

—Mira, sobrino, están atravesando un mar grandísimo, tan grande que solamente navegándolo puede uno creer que haya en este mundo tal cantidad de agua salada. Son muchísimas islas. Es como si alguien hubiera cogido un trozo de tierra, y a fuerza de golpes lo hubiera hecho pedacitos.

—¡Y hasta allá fueron por especias! ¿Para qué las querían?

—Las especias, como tú sabes, conservan en buen estado los jamones y todo tipo de carnes. Las perlas y las sedas son muy bonitas, pero no se comen. Y lo primero es llenar la barriga, hijo. En ese viaje tuvimos tantas aventuras y pasamos tantos peligros, que salimos vivos nada más porque no nos tocaba morir todavía. En pleno mar nos encontramos con un barco portugués. La ruta por donde íbamos era de los portugueses, ellos la habían encontrado y la defendían a como diera lugar. En cuanto nos divisaron se dejaron venir con los cañones apuntándonos. Y hubieran disparado, si el capitán Loaiza no hubiera desplegado una bandera blan-

ca, indicando que estaba dispuesto a llegar a un arreglo. Y así fue. Pagamos muchísimo dinero para que nos dejaran navegar su ruta. Para evitar esas cosas, necesitamos encontrar una ruta que sea nuestra, que sea española.

A medida que el tío iba platicándome todas aquellas cosas, sentía que era yo aquel niño que veía con tristeza salir los barcos del puerto; que era yo el que se embarcaba a las Molucas y peleaba con el malayo; que era yo el que se veía ante el peligro de los cañones portugueses. Y una cosa muy bonita, como un cariño muy grande hacia el tío Andrés, me iba brotando no sé de donde.

De repente el tío se quedó callado, mirándome muy feo, como si se estuviera arrepintiendo de haberme contado todo aquello, y me dijo:

—Vete ya, y a nadie le digas lo que te he contado. Si sabes guardar los secretos serás un hombre en quien puede uno confiar.

Me levanté y me fui sin decir palabra. Pero por dentro sentí que estaba ganándome la confianza del tío, puesto que me había contado un secreto, algo que a nadie había confiado. ¡Qué a todo dar! También sabía que muy pronto repetiría la visita.

¡Cuántas cosas se pueden pensar en unos pocos minutos! Tan rápido recordé todo eso que no me di cuenta que Alonso estaba allá abajo, gritándome y haciéndome señas.

—Oye —me decía—, te voy a aventar esta bola de mecate; la atrapas y amarras una punta al barrote del balcón, y me echas la otra punta para subirme.

—¿Y si nos ven?

—Pensarán que estamos jugando.

ITINERARIO

En un minuto, Alonso estaba arriba. ¡Qué gusto me dio verlo!

—Cuenta, cuenta, Andrés. ¿Cómo fue que te escapaste? ¡Qué envidia me das! Haber ido hasta las Filipinas, ¡qué bárbaro!

Y le conté cómo, después de esa primera visita, mi tío siguió hablándome de sus aventuras por mar y tierra. Un día lo vi llegar con el capitán Carrión. Iban discutiendo, pero no supe de qué se trataba. Entonces me les adelanté y me quedé con la oreja pegada a la ventana, para oírlos.

Así supe que el rey Felipe II le decía en una carta al virrey Luis de Velasco que mandara exploradores a las islas del Poniente, hacia las Molucas, y sobre todo que tenían que descubrir una ruta de vuelta hacia la Nueva España. Ya muchos barcos habían intentado volver y se habían hundido en el mar, o se quedaban varados, pues las corrientes eran contrarias a la navegación. Pero la dificultad más grande era que, según decía Carrión, el rey lo había nombrado jefe de la expedición, y el virrey Velasco quería que mi tío Andrés se encargara de todo eso, porque él había estado años en las islas y era un buen navegante; sobre todo lo iban a necesitar cuando quisieran volver a la Nueva España.

El capitán Carrión se puso bravo, pero mi tío le dijo:

—No se preocupe, capitán. Ya he hablado de este asunto con el virrey y le he dicho que a una edad tan avanzada como la mía no puedo hacerme cargo de tamaña responsabilidad. Eso se queda para los jóvenes como usted, capitán, así que no se preocupe.

—Verdaderamente, fray Andrés, sesenta años son muchos años, oí que respondía Carrión, ya muy contento. Mientras, yo me mordía la lengua para no gritarle todo lo que se merecía.

De todas maneras al tío le rogaron tanto, que dijo que sí iría en la expedición, sobre todo para intentar la vuelta o tornaviaje, y sólo por obedecer al rey.

Alonso estaba sentado cerca del balcón, por si tenía que bajarse de repente cuando Felipa llegara a dejarme la comida.

—Apúrate, Andrés —me dijo—, porque si me descubren aquí. . .

—Todavía nos queda tiempo, mira el reloj de la esquina, apenas llega la sombra a las once. Y era cierto; el reloj de sol, a menos que hubiera nublados, marcaba siempre la hora exacta.

Pues un día vi que mi tío Andrés y Carrión llegaban otra vez a la casa, discutiendo como siempre. Entonces tuve una gran idea: me fui hasta el primer patio, lo atravesé corriendo, empujé la puerta que siempre estaba emparejada, y me acomodé debajo del escritorio. Mi corazón hacía pom pom pom pom, y daba unos brincos tan fuertes que creí que mi tío y el capitán iban a oírlo. Pero no. Por primera vez me alegré de que hablaran a gritos.

—Mire, capitán —decía el tío Andrés—, si la flota va a tomar la ruta de los portugueses, yo no voy. No quiero dificultades con ellos. Y menos si atracamos en alguna de sus islas. Hay veces que aceptan oro, es cierto, pero otras lo que quieren es pelea. Lo que me interesa es encontrar la ruta del tornaviaje, y no ser blanco de los cañones portugueses o pasto de tiburones. Entienda, capitán, que mis intereses son otros.

—¡Pues es orden del rey! Usted sabrá si la obedece o no. Después supe que Carrión no iría con la flota, y que empezó a echar pestes contra mi tío. Decía que iba a fracasar la expedición, que las Filipinas no valían la pena, y que los barcos se quedarían en el mar cuando intentaran regresar, igualito a lo que pasó con todos los barcos que querían volver de Filipinas a la Nueva España. De plano, le estaba echando la sal a mi tío.

—¿Y tu padre nunca se dio cuenta de que visitabas al fraile?

—Sí, pero como el tío nunca se quejó, mi padre llegó a creer que hasta era conveniente que me hiciera amigo de su hermano, que vivía tan solo. Mi madre decía que iba a aburrirlo con mis pláticas de niño, pero nunca me prohibió que lo visitara.

Así me enteré que empezarían a fabricar los barcos en el puerto llamado La Navidad, y desde que supe eso no hacía otra cosa que pensar cómo ir a los astilleros y luego con la flota hasta Filipinas. Todo el santo día me la llevaba piensa y piensa, y por las noches tenía sueños raros. Algunas veces soñé que estábamos ya frente a las islas, pero el barco en que íbamos era mi casa que se había convertido en barco, o en una isla flotante. El agua no era azul verdosa, como el agua del mar, sino de muchos colores. De repente aquella agua se ponía espesa, espesa, y no dejaba que nuestra casa-barco llegara hasta las islas. Se hacía de noche, y unos pájaros negros empezaban a volar sobre nuestras cabezas. Era horrible. Entonces despertaba gritando.

Alonso se estremeció. Él también tenía miedo de mi sueño.

—¿Y qué pasó después? —dijo—. Como que tenía prisa por saberlo todo.

—Pues pasaron algunos meses sin que nadie viniera a visitar al tío, hasta que una mañana llegó un hombre muy simpático...

Se llamaba Esteban Rodríguez y era piloto. Le contó al tío Andrés que la fabricación de los barcos andaba a paso de tortuga.

Al capitán Carrión lo habían nombrado jefe de construcción de los barcos. Eso no me gustó nada. Tampoco me gustó que el virrey le dijera mentiras al rey Felipe, cuando le aseguraba que ya la flota estaba por zarpar. Mi tío Andrés decía que no habían escogido bien el lugar para el astillero porque ahí había paludismo, y que los oficiales y obreros que iban a trabajar se enfermaban y morían al poco tiempo. Y el rey dale y dale, que cuándo iban a terminar, que cuándo iba a salir la flota, y el virrey tratando de tapar el sol con un dedo. ¿Por qué no le decían la verdad?

Mientras tanto, Carrión andaba muy campan- te en el puerto, gastándose el dinero de los barcos. Tuvieron que quitarlo y en su lugar pusie- ron a un bachiller Martínez. Con él las cosas fueron más aprisa y yo, a medida que se acer- caba la fecha de partir, andaba tan apurado que no me calentaba ni el sol. Mi madre ya lo había notado, y a cada rato le decía a mi padre:

—Mira a este muchacho, algo le pasa. ¡Mira qué ojeras tiene! Y anoche me despertó con una de sus pesadillas.

Si la pobre hubiera sabido en las que anda- ba, no me hubiera quitado el ojo de encima. Y

cómo no iba a estar preocupado si sabía que ya habían comprado ganado para hacer jamones y carnes saladas, que había un montón de toneleros haciendo pipas para el vino y el agua dulce, y que los cordoneros ya estaban terminando la jarcia para los barcos. Ya habían conseguido las velas. Decían que ya tenían el cobre para hacer calderas, ollas y otras vasijas, azufre para hacer pólvora y frascos para guardarla.

Aquello marchaba, y yo todavía sin plan. Muchas veces pensé decirle al tío Andrés que me llevara aunque fuera de grumete, como al último de los marineros; que yo no iba a asustarme ni con los condenados a muerte que le soltaron para que se los llevara a Filipinas, con la esperanza de que no regresaran nunca... pero no me animé. Tenía que ser algo secreto, algo muy bien estudiado. ¡Cómo envidié a Esteban Rodríguez cuando supe que lo habían nombrado piloto de la nave capitana! ¡Esteban Rodríguez! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Ese hombre que venía tan seguido a ver al tío Andrés era el que yo necesitaba. Desde entonces, cuando él cruzaba el patio yo me hacía el enconadizo, y empezó a saludarme:

—Buenos días, Andrés de Urdaneta, futuro hombre de mar y señor de los océanos.

—¿Así te decía? ¿Y tú qué le contestabas?

—Pues yo le contestaba: “Buenos días, gran piloto de la nave capitana.” Y eso le gustaba, porque nos caíamos bien. Ahora, cuando él platicaba con el tío ya no tenía que esconderme, porque no les importaba que los oyera. Yo era un hombre que sabía guardar secretos.

Ya estaba al corriente de todos los detalles

de la expedición: Lope Martín sería el piloto del San Lucas, y Miguel López Legazpi iba a ser el capitán. El tío Andrés sería el guía, el que señalaría el rumbo a toda la flota. ¡Tenía que moverme rápido!

Un día vi a Mateo, el mozo de confianza, revisando las sillas de montar y los aparejos para las bestias. Como quien no quiere la cosa me le fui acercando y le pregunté:

—¿Vas a acompañar al tío Andrés a La Navidad?

—Así parece —me contestó casi sin verme.

—¿Para cuándo es la salida?

—Para dentro de quince días.

Aunque eso ya lo sabía, hice como si me acabara de enterar, pero no se la pegué a Mateo, porque le cogió una risita burlona mientras engrasaba los aparejos, como esperando que yo me descarara. Y me descaré.

—Oye, Mateo, le dije, ¿no tendrías un lugarcito para mí en uno de esos costales que vas a llevar?

—No.

—Mira, tengo una bolsita llena. Te la doy si me llevas.

—Si vas sin permiso, ni por la bolsita llena.

Me di cuenta de que no lo iba a conseguir, y me entraron ganas de llorar, y creo que hasta empecé a hacer pucheros... Yo no quería que me viera, pero de todas maneras él lo notó, y quiso disculparse.

—Mira, Andresito, me dijo, yo te llevaría de mil amores, pero si tu padre lo sabe, adiós Mateo, seguro que me mata; al menos voy a dar a la cárcel para todos los días de mi vida.

—¿Y quién se lo va a decir? Nadie va a saber que voy, sólo tú y yo.

—¿Y cómo le hacemos con el fraile?

—Mi tío va a ir al frente, y si tú te quedas mero atrás con la recua, ni quien se entere. ¡Ándale, Mateo!

Como que se animaba, como que no. Y yo repite y repite “Ándale, Mateo”. Y por fin le ablandé el corazón, porque me dijo cerrándome un ojo:

—Daca la bolsita, pues. Y acuérdate que aquí nos vemos dentro de quince días, a las cuatro de la mañana.

—¿Y cómo le hiciste en tu casa?

—Ay, Alonso, todos esos días me sentí muy mal. No quería darle tamaño disgusto a mi madre, tan apurona que es. Y mi padre... bueno, no me atrevía ni a pensar en lo que haría mi padre. Pero tampoco podía echarme para atrás.

Y se llegó el día. Eché una mirada a la casa y la volví a ver como en sueños, varada en un mar espeso que no la dejaba avanzar. Entonces corrí a las caballerizas para encontrarme con Mateo.

Mi tío, pendiente de todo, ni cuenta se dio de que yo iba dentro de uno de los costales de cuero, entre ropas y mecates, para disimular. También nos ayudó la oscuridad. Salimos paso a paso, como si no tuviéramos prisa, y cogimos altura por los cerros. Hacía mucho frío y el viento aullaba como coyote. Menos mal que yo iba bien protegido dentro del costal. De cuando en cuando Mateo me decía:

—Órale, ahora puedes bajarte a hacer de las

aguas. Muévete para que no se te engarrote el cuerpo. Haz así, mira.

Y empezaba a hacer como que corría, moviendo los brazos y la cabeza, para entrar en calor. Luego me daba algún taco, o una fruta que cortaba de los árboles del campo. Hambre no padecí, la mera verdad, pero lo que no me dejaba en paz era aquel remordimiento de haberme ido sin avisar.

Por fin empezamos a bajar, y Mateo a decirme que ahora sí, que ya íbamos a llegar. Pero me lo decía nomás para animarme, porque todavía faltaba mucho. Caminábamos todo el día sin parar mas que lo necesario para que las bestias descansaran. Mateo, muy de madrugada, me ayudaba a acomodarme en el costal. Mientras la mula seguía paso a paso a las demás, yo iba haciendo mi plan, pues Mateo me había dicho varias veces:

—Llegando al puerto se acaba el trato. De ahí en adelante vas a rascarte con tus uñas, y si de casualidad nos encontramos tú no me conoces, ¿eh?

—¿Y no te dio miedo quedarte como quien dice abandonado?

—Seguro que me dio. Y mucho. Se me quitó un poquito cuando vi todo aquello. ¡Qué mar tan grandotoote! Pero lo más bonito eran los tres barcos nuevecitos cerca del muelle. Había gente a montones: marineros, oficiales, grumetes, viejitos que habían ido a la novedad, mujeres que bajaban para despedir a sus hombres y niños que lloraban a moco tendido. Había varilleros que vendían ungüentos para llagas enconadas y quemaduras, jarabes para la tos, polvos contra el mal de ojo. Entre aquel río

de gente andaban unos ciegos que cantaban versos de la salida de la flota, y que mentaban a los principales jefes y pilotos.

—¿Y no te aprendiste alguno de memoria?

—¡Qué me iba a aprender! Con tanto olor a chapopote, a grasa, a sudor y a fritangas hasta me dieron ganas de vomitar.

Lo principal era subirme al San Pedro, donde iba a ir mi amigo el piloto Rodríguez. En eso que veo una lancha que iba al barco, y que me subo. El lancharo se me puso al brinco, y me quería golpear con el remo. Estaba jugándome-la, cuando en ese momento voy divisando a mi amigo, el piloto Esteban Rodríguez, que iba llegando al barco por el muelle.

—¡Ahí va mi tío, el piloto mayor!, le grité al lancharo.

—¡Qué tío ni qué tío, escuincle de porra! Ahorita mismo te me bajas o te echo al mar para que te coman los tiburones.

Y empezó a mover la lancha para un lado y para otro, tratando de que me cayera entre las olas.

—Espérate a que lleguemos al barco y si él me niega, haces lo que quieras conmigo.

Afortunadamente el piloto Rodríguez oyó mis gritos y le hizo una seña al lancharo. Entonces se calmó, aunque me echaba unos ojos... Pero qué tal se puso de ancho cuando mi amigo, el gran piloto de la nave capitana le dio las gracias por haber llevado hasta el San Pedro a su sobrino.

Sólo que no conté con el enojo de Esteban. Se estaba comprometiendo con dejarme en el barco y esconderme mientras se hacía a la mar, me decía. Pero yo estaba seguro con él en aquel

barco tan bonito, oloroso a lona, a jarcía y pintura nueva.

Levamos anclas el 21 de noviembre de 1564, me acuerdo rebién. Era muy de mañana. Durante tres días no asomé las narices, pero al cuarto me animé a subir a cubierta porque todo el mundo estaba allí, frente a Legazpi, que leía un papel. Era, según Legazpi, el pliego de Instrucciones de la Audiencia, que él había jurado no leer hasta que nos halláramos a cien leguas mar adentro, y en donde le ordenaban que debía tomar el rumbo directo a las Filipinas. A eso se había opuesto el tío desde el principio, cuando discutía con Carrión en la biblioteca, y por poco le da un patatús, lo mismo que a sus cuatro acompañantes agustinos. Pero no tuvieron más remedio que acatar las órdenes del rey, a pesar de que los habían engañado.

Legazpi dijo también cómo iría la flota, con la nave capitana al frente, cómo se iban a comunicar en caso de necesidad. No supe qué más cosas dijo, porque en ese momento el tío me descubrió, abrió tamaños ojos, y gritó:

—¿Pero qué diablos haces aquí, so rastra? ¡Muchacho atrevido, ahorita mismo te echo al mar!, mientras me zarandeaba para todos lados jalándome de la oreja. Empecé a gritar, y los marineros me quitaron de sus manos. Él agitaba el puño de rabia. Se notaba a leguas que estaba furioso conmigo. . .

Llevaríamos navegando casi veinte días y todo era calma. Esa era mala señal, según Rodríguez. Y era cierto, porque al rato el barco empezó a rechinar como si se fuera a desmoronar. A mí me entró un temblor de miedo, tanto que hasta mi tío Andrés, que no me hablaba, me dijo:

ITINERARIO

—No tengas miedo. Ahora vas a demostrar que eres un buen marinero porque no te vas a marear y vas a ayudarnos en lo que se ofrezca.

Esas palabras de mi tío fueron suficientes. No tuve miedo; al contrario, me sentía fuerte y responsable.

Luego vimos las nubes. Eran negras, negras, y se movían como si fueran un animal furioso, pero más rápido todavía. El viento bramaba entre los mástiles, sin dar tiempo de bajar las velas. El barco se inclinaba tanto para un lado y otro que el agua entraba en el barco y el cuarto de bodegas se inundó. Había que achicar esa agua a como diera lugar. Yo ayudaba como podía. Lo peor fue que hasta los viejos marineros se marearon, y caían de cabeza contra la cubierta y los mástiles. No había dónde poner un pie, pues la gente caída nos estorbaba el paso a los que más o menos podíamos hacer algo. ¡Y los relámpagos! ¡Y los truenos! Nadie escuchaba a nadie, así que los gritos del capitán se perdían en aquel estruendo espantoso. Hasta las ratas, que salieron quién sabe de dónde, corrían chillando por la cubierta.

Se levantaron unas olas tan grandes que el barco parecía una hojita, una cascarita en las crestas altísimas. Y luego ¡BOOOMM!, bajábamos, y por tantito nos traga el oleaje. Sólo eso nos faltó, porque una de esas noches horribles el palo mayor se partió, y con las velas de cuadra empapadas se vino abajo. No supimos a cuántos hombres aplastaría, ni a cuántos se tragó el mar. Sólo Dios sabe los sustos que pasamos esos días.

Afortunadamente no hay tempestad que dure cien años ni barco que lo resista. Nos volvió el

alma al cuerpo cuando notamos que el mar se iba apaciguando poco a poco. Entonces los que quedábamos en pie nos hincamos y le dimos gracias a Nuestro Señor por habernos conservado la vida.

Otra faena, y grande, fue acondicionar de nuevo el barco, arreglar el palo mayor, echar al mar los cuerpos que quedaron sobre la cubierta y rescatar el pan y las galletas que no se habían mojado.

Terminamos casi arrastrándonos. Así estaba yo, tirado en la cubierta, cuando vi llegar al tío Andrés, que apenas podía tenerse en pie. Se sentó junto a mí, cerró los ojos y me dijo:

—Ya eres un hombre, Andrés, y un buen marino. Estoy orgulloso de llamarme como tú.

Todo el miedo y los trabajos que había pasado y todos los horrores que había visto no me habían hecho llorar. Cogí la manota de mi tío y lloré, lloré mucho hasta que descansé. Creo que después me quedé dormido.

De ahí en adelante el tío se dedicó a enseñarme muchas cosas: por qué hay ardentía en el mar; por qué los tiburones siguen a los barcos; qué clase de nubes hay y qué indican; cómo se sabe que va a haber tormenta o que nos acercamos a tierra. Me enseñó a hacer nudos, a usar el astrolabio, a apuntar en las cartas de marear, a distinguir unas velas de otras y los palos del barco, a caminar sobre cubierta cuando el mar está encrespado. Lo que él me enseñó entonces fue el arte de la navegación. Y sobre todo, me enseñó a tratar y respetar a la gente de mar.

Alonso y yo estábamos tan emocionados que no nos dimos cuenta de que Felipa había abier-

ITINERARIO

to la puerta para traerme la comida. Alonso ya iba a saltar por la ventana, pero lo detuve.

—Estábamos platicando. . . ¿Se lo dirás a mis padres? Felipa, con la cabeza, hizo señas de que no.

El nueve de enero avistamos tierra. Eran unas islitas tan llenas de acantilados que el barco no pudo llegar hasta allá, pero les dimos vuelta y dos capitanes, que eran Mateo del Saz y Martín de Goiti, logran bajar en una de ellas para explorarla. Regresaron contando que estaba poblada de pescadores, y que eran gente de paz.

Seguimos adelante con buen tiempo y ese mismo día divisamos otra isla. Era redondita y llena de árboles, pero también estaba rodeada de arrecifes. ¡Y a mí que ya me andaba por pisar tierra!

—Oye, Andrés, ¿y no te aburrías de andar siempre en el barco?

—No me aburría porque cuando no estaba aprendiendo cosas con el tío me iba con Esteban Rodríguez y con él aprendía otras. Él era como un tío bueno, y nos llevábamos muy bien. Además, era simpático y guapo. Yo creo que lo vea así porque lo quería.

Habían pasado doce días más o menos, cuando nos topamos con otra isla con muchas palmas de coco, plantíos de arroz y de camote; había también mucha caña dulce y una hilera grande de navíos atracados en la bahía. Los isleños andaban en los viles cueros. . .

—¡En cueros! ¿Y no les daba vergüenza?

—Nadita, pero a mí sí. No podía creer que anduvieran tan a gusto sin nada encima, y cuando se dieron cuenta de que yo estaba colorado y que volteaba la cara para no verlos, empeza-

ron a reírse en i: ji, ji, ji, ji, y hacían visajes muy chistosos.

Algunos llevaban hondas y otros unas varas muy largas que les servían para cazar. Se acercaban a nosotros sin ninguna desconfianza y pedían cosas. Lo que más pedían eran clavos, porque en la isla no los hacían. Eso sí, por todos lados había piedras de azufre. A estas islas les llamaban Los Ladrones, no sé por qué.

Seguimos navegando, y el trece de febrero de 1565 divisamos por fin algunas islas de las Filipinas.

—Esas son las Molucas, Andrés, dijo el tío con una sonrisa de oreja a oreja, cosa rara en él, pues siempre estaba serio y de mal humor.

En realidad habíamos llegado a la mitad del viaje; faltaba el de regreso por una ruta segura que el tío Andrés tenía que descubrir. Legazpi se quedó en la isla Cebú, y fray Andrés siguió hasta Luzón, donde se encerró a preparar el tornaviaje.

En casi cuatro meses lo vi muy poco. Hacía un calor de todos los diablos, como decía el tío, y nos daba mucho sueño. Dormíamos y dormíamos, empapados de sudor, y nos levantábamos tan amodorrados que no podíamos siquiera abrir los ojos.

Para combatir el tedio, algunos marineros pidieron permiso para recorrer la isla Luzón, que es grandísima, y yo me fui con ellos. También anduvimos curioseando los volcanes apagados de Mindoro, que es una isla cacariza en donde tiembla muy seguido.

Esas escapadas duraban muchos días, pero el tío no se enteraba de nada, ocupado como estaba en una tarea tan importante: encontrar el

ITINERARIO

camino de regreso a la Nueva España. Era algo tan difícil que mucha gente que llegaba a las Filipinas prefería quedarse allá para siempre, antes que tratar de regresar por ese mar trágico de barcos. El tío Andrés me explicaba que tenía que encontrar corrientes marinas que nos llevaran por el Pacífico hasta California, y de allí a Acapulco. Estaba seguro de que las iba a descubrir.

Por fin, un día supimos que íbamos a regresar a la Nueva España. Entonces comenzó toda la gente a movilizarse, y otra vez empezó el trabajo en el San Pedro para aprovisionarlo, para revisar el velamen y las cuerdas, llenar de agua los toneles, acomodar el pan cazabe, hecho de mandioca, las galletas y la carne de carabao, y no sé cuántas cosas más.

—¿Y no tenías ganas de regresar ya?

—Tenía muchas ganas de ver a mi madre y a mis hermanos, pero cuando pensaba en mi padre se me ponía la carne de gallina. No sabía qué iba a hacerme cuando me viera.

Así se llegó el día primero de junio.

—Que Dios nos lleve por buenas corrientes —me dijo, preocupado, el tío Andrés,

Estábamos en cubierta, y hacía bastante calor. Él miraba el mar con los párpados entrecerrados. Todo estaba a punto: los marineros en sus puestos; el piloto Esteban Rodríguez al timón, todas las velas aparejadas, hinchadas por el vientecito de la mañana. El tío ordenó que nos reuniéramos en la cubierta para decir una oración. Todos estábamos callados, cuando de aquel silencio brotó el vozarrón de mi tío:

—Dios de los ejércitos celestiales, envía a tus ángeles para que nos asistan en esta navegación;

envía al Espíritu Santo para que nos ilumine el entendimiento e inflame nuestra voluntad y lleguemos con felicidad hasta nuestro término. Así sea.

—Asíiii seeeaaaa— contestamos todos. En seguida se oyó una voz que todos esperábamos:

—¡Leeevaaar aanclaaas!

Esa voz desencadenó unos ruidos apagados, y el barco empezó a estremecerse y luego a moverse muy despacito. Íbamos en el San Pedro como doscientos hombres.

El tío Andrés había hecho una carta de navegación que el piloto consultaba constantemente, porque allí se explicaba con todo detalle lo que debía hacerse.

Cuando cruzamos el montón de islas, chiquitas y grandes, que forman el archipiélago de las Filipinas, en lugar de tomar derecho por el mar empezamos a subir para alcanzar las corrientes del norte. Según el tío, esas corrientes nos llevarían hasta California. Así de fácil. Yo no quería ni pensar que fuera a equivocarse, porque en ese caso estábamos perdidos. Por algo muchos marineros preferían terminar sus días en Filipinas.

Recuerdo muy bien, como si fuera ahorita, que el tres de septiembre llegamos a la isla que le decían Deseada. Eso lo había anotado el tío en la famosa carta, y todo iba resultando como él lo dijo. Yo estaba muy orgulloso de ser sobrino de un hombre tan sabio e inteligente. Como él lo había pensado, desde allí fue como si el barco se dejara llevar por las corrientes que nos iban arrastrando, arrastrando muy suavemente. Apenas podíamos creerlo cuando el veinti-

*****i

ITINERARIO

*. * * * * *

trés de septiembre avistamos las costas de California.

Ya era hora de que tocáramos tierra, pues la gente había empezado a enfermar de escorbuto, que es una enfermedad de los viajes largos, cuando no se comen alimentos frescos. Cuando veíamos que a alguno le sangraban las encías, mala estaba la cosa. Luego les entraba una debilidad tremenda que no los dejaba mover ni un dedo y el cuerpo se les llenaba de moretones. De ahí a la muerte no había más que un paso. Me acuerdo muy bien cuando murió el contra maestre y lo echaron al mar. Otro día, serían las nueve o diez de la mañana, murió mi amigo el piloto mayor Esteban Rodríguez. No pude aguantarme y lloré mucho cuando vi cómo su cuerpo se hundía entre las aguas espumosas. Mi tío me quitó de la borda temiendo que fuera a hacer una barbaridad.

Cuando llegamos a las costas de California, los misioneros nos recibieron con canastas de naranjas y limones que cultivaban para auxiliar a los enfermos de escorbuto que traían los barcos que recalaban allí.

Después de reponernos un poco, desde la isla de Cedros se dio el aviso de que habíamos llegado con felicidad.

Cuando llegamos a Acapulco el puerto estaba repleto de gente.

El virrey anunció nuestra llegada haciendo que repicaran las campanas del templo para un *Te Deum* de acción de gracias, y los caminos estaban atascados porque todos querían ver el barco cuando llegara al puerto sano y salvo.

El tío Andrés se reía como nunca. Tenía los labios partidos y los dientes amarillos, pero no

* * * * *

le importaba. Ni siquiera le preocupaba su cicatriz; porque la andaba luciendo como si nada. La gente lo saludaba con mucho respeto y aplaudía cuando pasaba. Ese era fray Andrés de Urdaneta: un héroe grandote y feo, pero héroe.

Estaba yo embobado mirando todo eso cuando de repente sentí que alguien quería arrancarme la oreja. Era mi padre.

—¡Tu madre entre la vida y la muerte, y tú tan tranquilo! ¿Qué no tienes corazón? ¡Sólo pensaste en ti, como si no tuvieras familia!

Afortunadamente la cosa no pasó de ahí, porque yo creo que de todas maneras le dio gusto verme regresar. Pero eso sí, en cuanto llegamos me encerró, y me dijo que aquí voy a pasar todo el tiempo que anduve fuera. ¡Y todo no más por irme a las Filipinas sin su permiso! ¡Qué exagerado!

SONORA, VIENTOS
PROSPEROS
SOBRE EL DESIERTO

AL FILO DEL VUELO

El águila es un ave rapaz diurna que puede volar a grandes alturas, subir y bajar en picada, rapidísimo, hasta agarrar a su presa. Desde muy alto puede mirar animales y objetos pequeños. Por eso dicen de algunas personas que tienen mirada de águila, cuando su vista es muy aguda.

Cuando las águilas planean, tienen una área visual muy amplia. Si pudiéramos montar en una águila y recorrer volando un territorio, por más grande que sea, tal vez lo haríamos más a gusto que en un avión, avioneta o helicóptero. Vamos a intentarlo.

Vamos volando despacio, pero bastante alto. Desde el punto donde se juntan Sonora, Sinaloa y Chihuahua, vemos la sierra Madre Occidental que llega hasta la parte media de nuestro estado. Pueden distinguirse las profundas barrancas que atraviesan la sierra de este a oeste, como enormes estrías o canales por donde corren los ríos Álamos y Mayo, este último detenido en parte por la presa Mocúzari.

También desde lo alto de la sierra desciende el río Yaqui, el más importante de Sonora. Es muy caudaloso; recibe agua de afluentes proce-

dentos de Estados Unidos de América, como el Agua Prieta, Fronteras y San Bernardino, y de Chihuahua, como el río Papigochi. Ya dentro del estado, se le unen el Bavispe y el Moctezuma, entre otros. Lleva tanta agua que abastece a tres presas: La Angostura, la Plutarco Elías Calles conocida también como El Novillo y la Álvaro Obregón antes llamada Oviáchic. Estas últimas llevan el nombre de dos sonorenses que fueron presidentes de la República.

El Yaqui desemboca en el golfo de California, en el estero Santo Domingo, después de regar extensas zonas agrícolas que abastecen de productos de primera necesidad no sólo al estado, sino al país.

Al este de Sonora, siguiendo la sierra Madre Occidental que corre de sur a norte, se encuentra una región poco accidentada con terrazas donde se aprecian praderas de pastizales y tierras labrantías. Allí se cultiva maíz, frijol, tabaco, garbanzo, haba y chícharo. La sierra también forma desfiladeros, cañones y acantilados.

La sierra Madre Occidental es majestuosa; en ella sobresalen las sierras de Álamos, Baroyeca (significa lugar de pericos), la del Bacatete —cerca de Ciudad Obregón, antes llamada Cajeme.

Seguimos volando. El panorama es imponente. La cima de esa grandiosa muralla montañosa, que en Sonora ocupa 1 500 km², tiene una parte verde formada por bosques de pinos, abetos, encinos y árboles de hojas caducas; éstas caen doradas en el otoño y estrenan otras verdes y relucientes cada primavera.

Sobre la sierra, antes de llegar al poblado de Yécora, muy cerca del estado de Chihuahua,

está la montaña conocida como el Chomonqui. En la parte baja se encuentra el pueblo de Tarachi, construido en círculo como una fortaleza.

La sierra Madre Occidental, a su paso por Sonora, recibe diversos nombres según el lugar que atraviesa.

Al norte se ven las sierras de Los Broncos, Santa Teresa, La Barranca y otras. Muchas de éstas, como las de Nácori, Huásabas, Lampazos, Moctezuma, Batuc y Los Ajos —cuya mayor altura es la del cerro de Picachos—, son prolongaciones de la serranía de Sahuaripa. Más allá están las sierras de Los Locos, Mazatán, Querobabi, Suaqui y Ures. Luego siguen las de Arizpe, Cananea —con su enorme mina de cobre— y Nacozari con la suya, que se llama La Caridad; Bacoachi, la sierra Azul, sierra de Teras, Buenos Aires, San José, Santa Rosalía, Pinitos, San Antonio y la de Aconchi, casi siempre envuelta en niebla y a veces con nieve durante el invierno. En el otoño maduran allí el tabaco de hojas enormes, pegajosas, velludas y olorosas, tejocotes y buen chile, que llevan a vender a Opodepe, Rayón, Ures y Hermosillo. Antes lo hacían a lomo de burro: largas recuas bajaban cautelosamente desde Aconchi, a vender su mercancía en los pueblos. Ahora lo hacen en camiones, pues ya hay buena carretera.

En lo alto de la sierra tienen su origen casi todos los ríos del estado, como son el Mayo, Yaqui, Magdalena y Mátape, que desembocan en el golfo de California. El río Sonora, junto con su afluente el San Miguel, llega al mar sólo en época de lluvias; durante el periodo de secas se pierde por evaporación y filtración en la llanura costera del golfo de California.

En la parte alta de la sierra, el clima es templado subhúmedo y en las laderas semiseco.

Si fuéramos por una vereda de las que vemos desde lo alto, no sería extraño escuchar la voz de algún serrano que canta:

Soy un pobre venadito
que habita en la serranía;
como no soy tan mansito
no bajo al agua de día,
ahí nomás poco a poquito
y a tus brazos, vida mía.

Al este de Sonora, cerca del límite con Chihuahua, surgen las sierras de Pinitos y Planchas de Plata. Cerca de las salinas del río Colorado, la planicie arenosa del desierto de Altar está interrumpida por pequeños cerros y a veces por aisladas serranías de regular altura, como la de Sonoita y la sierra del Pinacate.

En nuestro vuelo imaginario apreciamos un paisaje fantástico. Desde arriba aparece que vamos sobrevolando la Luna, por la soledad y los numerosos cráteres de arena negra. El Elegante, por ejemplo, tiene dos mil metros de diámetro y 500 de profundidad. Hay más de 600 cráteres. Es como si alguien, con un inmenso punzón, hubiera marcado la sierra. Hay allí un gran silencio, una soledad absoluta; rocas despedazadas por explosiones espontáneas, restos volcánicos, fascinante surtido de lavas, uno de los más completos catálogos mundiales de magma. El Pinacate es actualmente un parque natural, destinado a preservar la ecología de la zona.

Siguiendo la costa, un poco más hacia el sur

encontramos la sierra del Seri y el Cerro Prieto, casi frente a la isla Tiburón, donde viven ocasionalmente los seris, una tribu casi extinguida.

UN HOMBRE DE LA SIERRA

—Ya ve, nosotros vivimos aquí en la sierra desde que tengo memoria. Con unas cuantas vacas y ese pedacito de tierra nos mantenemos. Aquí no sabemos de lujos ni tenemos grandes necesidades. Eso sí, trato de que mi familia coma como es debido: leche, huevos, frijoles y tortillas no nos faltan. Si no todos los días, por lo menos una vez a la semana comemos carne machaca. Hay veces que alguna vaca se desbaranca por ahí y la aprovechamos de todo a todo. También comemos carne de venado; cuando tengo tiempo subo casi a lo más alto de la sierra y traigo venados, algún jabalí, onzas y tlacuaches. También hay buras y berrendos, esos animales que tienen unos cuernos muy grandes, pero nunca he logrado cazar ninguno.

Siembro mi tierrita. Ya ve qué bonito se da el frijol, el maíz, el trigo y el chile. Cuando levanto una buena cosecha de chile, toda la familia se pone a hacer sargas grandes, medianas y chicas; luego bajamos a venderlas a Sahuaripa y a los pueblos vecinos. Ahí compran las sargas de chile colorado para comerlo, pero algunos los cuelgan en los corredores como adorno, aunque de todas maneras el chile acaba en la cazuela.

Mucha gente de por aquí se va a Lampazos, a trabajar en la mina. Toda esta sierra está re-

ITINERARIO

tacada de oro, plata, cobre y otros minerales, pero nadie las explota. Para qué se lo voy a mandar decir, a mí no me gusta trabajar en las minas. Ha de ser muy feo eso de andar en la oscuridad, bajo tierra, cuando aquí arriba está el sol, tan rebonito. Y luego hay el peligro de los derrumbes... Cuando se tiene familia hay que pensar en ella.

Ya ve, tengo cuatro hijos y todos van a la escuela. Yo quiero que se preparen, que sean personas de provecho, pero en esta escuela que tenemos aquí sólo hay hasta cuarto año; cuando un chamaco pasa a quinto hay que mandarlo a donde pueda si quiere terminar la primaria. Así se va uno desprendiendo de los hijos y ellos de sus padres. Para evitar eso, muchas familias se van, y los pueblos y ranchos se están quedando sin gente. Si es necesario que mi mujer se vaya con los buquis, ni modo. Yo aquí me quedaré sembrando mi pedacito de tierra y cuidando el ganado, porque francamente yo soy hombre para vivir en lo alto.

EL DESIERTO

Según se va bajando de la sierra Madre Occidental hacia el mar, vemos que el suelo pierde fertilidad hasta convertirse en un páramo. La vegetación es dispersa y escasa, de matorral espinoso adaptado a terrenos áridos, y de grandes cactáceas. Allí crece una planta llamada rodadora, de raíces superficiales, que el viento arranca fácilmente. Sus ramas secas forman enormes esferas, que van dando vueltas, como juguetes del viento; también hay sahuaros, mez-

quites, palofierros, pitahaya, paloverde, torote espinoso, guayacán, vinorama, chollas, biznagas y aislados ocotillos de flores rojas en la punta, con pequeñas hojas y espinas ganchudas pegadas al tallo, largo y esbelto como una vela. Aferrado al suelo, el pastizal desértico forma mechoncitos dorados que el viento mueve constantemente.

Muchas de esas plantas contienen proteínas y aceites comestibles, y son usadas por la gente del desierto como medicinas. Es el caso de la joboba, cuyo fino aceite se usa contra las enfermedades del cuero cabelludo, para úlceras, llagas y hasta para lubricación de motores de aviones.

Esta región de semidesierto empieza en la parte media del municipio de Hermosillo —hacia el noroeste—, en donde comienza, precisamente el desierto de Altar.

El desierto de Altar abarca parte de los municipios de San Luis Río Colorado, Caborca, Pitiquito, Altar y Trincheras, con una superficie de 12 mil km². Forma un plano inclinado hacia el golfo de California, que junto con la frontera del vecino estado norteamericano de Arizona, el río Colorado y la cuenca del río Concepción, limitan el desierto sonorense.

El clima de esta región es muy seco; ahí no llueve casi nunca y la aridez es terrible. Hace mucho calor. Sólo en las noches de invierno el frío es inaguantable. Pero no todo es arena. A veces el desierto es pedregoso y se levantan lomeríos o cerros aislados, algunos de ellos bastante altos. El río Sonoita es el único que suele llevar un poco de agua, pues casi todo el año está seco. Lo mismo pasa con el Santa Clara y

ITINERARIO

otros arroyos que duran muy poco. Sin embargo, hay tres depósitos rocosos donde el agua nunca se acaba: los llamados Tinajas de los Pápagos.

A medida que nos adentramos en el desierto, aparece una arena fina y dorada que forma montículos o dunas.

Hasta hace poco, decían de esta región que era hostil a la vida por su clima y constitución geológica. Ahora varios cultivos, principalmente vides, olivo, nogal y datileros, están dando otro aspecto a esta región. Por medio de pozos y de diversas técnicas de regadío, los hombres de Sonora han logrado cosas increíbles.

A pesar de su aspecto desolado, el desierto sonorense no está muerto. Por las tardes y noches algunos roedores como juancitos y diferentes tipos de ratas salen sin hacer ruido, esquivando el calor del día, a buscar alimento, al igual que las culebras y camaleones, iguanas y tarántulas —llenas de tarantulitas que la madre transporta en el lomo—, hormigas, mochos, alacranes ponzoñosos y lagartijas (o cachoras) que se han adaptado a esa forma de vida entre la arena caliente y los peñascos.

LOS SERIS

Se están acabando los seris. Ya quedan muy poquitos, un poco más de doscientos. Los seris tan altos, tan levantados de pecho, de piernas tan largas, se están acabando.

Antes se veían pasar en grupos por las calles de Hermosillo; ellas con sus faldas hasta el suelo, sus blusas de holán en la cintura, sus colla-

res de caracoles. Pasaban sin hacer ruido, solemnes, distantes. Como si no estuvieran en la ciudad, como si anduvieran en su isla del Tiburón, en el Desemboque o Punta Chueca. Nosotros las veíamos con respeto, como se ve lo desconocido o misterioso. Algo de su sierra Kunkaak traían en los ojos. Así eran de calladas e inaccesibles. Traían aquella resequedad consi-go, aquel viento inacabable que mueve las dunas, el sol reconcentrado del largo verano, el frío implacable del invierno corto, pero feroz.

Pero han sobrevivido. ¡Cuánto han luchado sólo para sobrevivir! Largas horas de caminata por los cerros pelones para recoger los frutos que les pichicatea la naturaleza; para cortar y entretejer los carrizos para sus canoas, ligeras pero fuertes, que los mantienen como dioses antiguos sobre el agua inquieta, mientras luchan empecinadamente para sacar la caguama o pescar la totoaba que van a asegurarles alimento por varios días.

Hablan sin levantar la voz, en lenguaje diferente al de otros grupos. Los que saben de estas cosas dicen que ellos son distintos y que no están emparentados con ningún grupo racial conocido.

Es una comunidad única y extraña, comedora de tortugas y mariscos, de pájaros costeros y de buras, tan difíciles de cazar. Gente que no cultiva la tierra, que recolecta los frutos que temporalmente dan la pitahaya y el sahuaro.

Como un tesoro guardan las mujeres su concha llamada "valva de chama". Una noche el mar la arrojará sobre la arena, y la seri la recogerá al otro día muy temprano, contenta de su color, de su nácar.

ITINERARIO

En ella va a preparar la pintura para decorar su cara con dibujos. Los hará sin copiarlos de nadie, reconcentrada y minuciosa. Esa será como una marca que transmitirá a su descendencia. Y cuando muera, enterrarán su concha con ella.

LA FRONTERA

Al decir la frontera casi siempre nos referimos a la línea divisoria internacional que nos separa de Estados Unidos. Tanto es así que para nosotros Estados Unidos de América es “el otro lado”. Ya sabemos que la sierra Madre Occidental es el límite con el estado de Chihuahua y que al sur, a la altura de Agiabampo, empieza el límite con el estado de Sinaloa. Viajemos ahora por el límite con Estados Unidos de América.

Empezando en el ángulo que nos separa de Chihuahua y el vecino país, cerca del hondo cañón del Pulpito, se localiza el pueblo de San Bernardino, a la orilla del río que lleva el mismo nombre. Si caminamos al oeste, siguiendo la línea fronteriza, nos encontramos con la pequeña ciudad de Agua Prieta, que tiene como vecina a Douglas, Arizona. En Agua Prieta sucedieron hechos muy importantes cuando estalló la Revolución Mexicana. Luego nos topamos con Naco, Noria de Santa Cruz y Nogales. Esta última recordada en alguna canción que dice:

Nogales, frontera
por donde quisiera
a mi suelo volver,

frontera querida
yo diera mi vida
por volverte a ver.

Nogales es la ciudad fronteriza más grande de Sonora. Está asentada en una cañada cuyo fondo es la calle principal. Esta calle nos lleva a la línea divisoria internacional. Al otro lado está Nogales, Arizona; sus casas están construidas en los cerros, aprovechando el terreno a lo máximo. Mucha gente se dedica al comercio ambulante, llevando mercancía al interior del estado. Otros trabajan en las maquiladoras (empresas extranjeras que se establecen en el país para aprovechar nuestra mano de obra barata). Son casi 70 establecimientos que en Sonora dan empleo a más de ocho mil personas; el dinero para fundarlas, la maquinaria para su funcionamiento y las materias primas utilizadas, provienen generalmente de Estados Unidos de América.

Pasando Nogales y siguiendo siempre la línea divisoria internacional que desde allí enfila al noroeste, nos encontramos con un pueblito llamado Sásabe. De allí en adelante es la soledad. Grandes extensiones desérticas interrumpidas por algún cerrito aislado nos van llevando, a través de 180 km hasta Sonoita y Santo Domingo.

Sonoita, al pie de la sierra del mismo nombre, es una población importante. No se destaca por las minas inexploradas de sus alrededores, ni por su extensión, ya que es bastante chico, sino por su carácter de oasis en medio del desierto. En efecto, los viajeros que desde el sur van a Mexicali o Tijuana toman allí su ali-

ITINERARIO

mento, se refrescan y descansan un poco, pues saben que para llegar a San Luis Río Colorado todavía faltan casi 200 km de calurosa y difícil travesía por un desierto implacable.

Los terrenos que están en las orillas del río Colorado forman dunas casi blancas. Apenas se destacan, de trecho en trecho, las serranías de la Tinaja, Malpaís y El Tule.

Al otro lado del río Colorado están las tierras de Baja California: los enormes campos de cultivo del valle de Mexicali.

Bajando desde el punto donde el río Colorado desemboca en el golfo de California, encontramos la costa sonorensis, que tiene 860 km. Empieza con los médanos (pequeñas elevaciones de arena) de Pelicano, que un poco más adelante van cediendo lugar al golfo de Santa Clara, en el municipio de San Luis Río Colorado. Los habitantes del desierto próximo al mar son buenos nadadores y gustan de los mariscos.

Siguiendo la costa solitaria se llega a la bahía de Adair, que pertenece al municipio de Caborca. Es de bajo fondo y de difícil navegación por las pronunciadas entrantes y salientes rocosas. Más adelante nos encontramos con Punta Peñasco, una pequeña península. Ahí está la población de Puerto Peñasco, que es cabecera de municipio, asentada sobre rocas negras de origen volcánico. Este puerto empezó a formarse en 1937, cuando se iniciaron las obras del ferrocarril que uniría a Sonora con Baja California. Es un importante centro de pescadores y desde allí principia una carretera que termina en Sonoita. Muy cerca de Puerto Pe-

ñasco empiezan los amplios médanos de la bahía de San Jorge, contemplados tierra adentro por la sierra Prieta. El río Sonoita desagua en esta bahía su caudal, que no es muy abundante.

A 40 km del litoral sonorense hay un islote deshabitado que también se llama San Jorge. Es árido y sólo visitado por las aves que dejan, sobre sus altos peñascales, el guano o excremento que puede ser utilizado como abono. Frente a esta pequeña isla está El Socorro, un ranchito aislado y solitario, y más al sur encontramos otro cuyo nombre sintetiza paisaje y situación: se llama Soledad.

El poblado de El Desemboque está situado precisamente en el punto donde el río Concepción desemboca en el golfo de California. Antes recibe las aguas de su afluente el Asunción.

Siguiendo la costa encontramos el cabo Tepoca y la bahía del mismo nombre. Son lugares impresionantes. Retenidos entre el mar y el desierto, en plena soledad, parece que jamás el hombre hubiera puesto pie en sus costas, alumbrados por los colores increíbles de los crepúsculos.

En el cabo Lobos está el puerto de la Libertad; se usó para facilitar el movimiento de mercancías en la zona norte del estado, pues en ese tiempo el puerto de Guaymas —que era y sigue siendo el puerto más importante— se veía atacado por los seris y los yaquis.

Bordeando la costa encontramos otro lugar llamado también El Desemboque, por estar en la desembocadura del río San Ignacio. Ahí habitan algunos indios seris que se dedican a la cestería. Con la corteza del torote hacen cori-

ITINERARIO

tas de apretado tejido que al mojarse se cierra completamente y así se usan para guardar líquidos. También elaboran collares de conchas y caracoles, sobre todo las famosas esculturas de palofierro, ese árbol de madera tan pesada y hermosa.

Separada de la costa por el canal del Infiernillo está la isla Tiburón, la más importante del litoral sonoreense y del golfo de California, pues tiene 1 208 km² de superficie. Desde que se descubrió hace casi 300 años, ha estado habitada por los seris. Su suelo es montañoso. Sus serranías más altas son la Menor y la Kunkaak, que alcanza los mil metros de altura.

Donde el canal del Infiernillo se abre un poco, está bahía Kino, en el municipio de Hermosillo, que es una estación pesquera llamada antiguamente San Juan Bautista. Frente a la bahía se alza el Cerro Prieto, trinchera de los seris. Una de sus cuevas, llamada La Pintada, guarda pinturas rupestres muy antiguas. Ahora algunos de los habitantes de Bahía Kino tienen casas para descansar a la orilla del mar y gozar de la playa abierta, de arenas doradas y finas. El turismo se deleita con el pescado y los mariscos que se sacan del mar a la vista del consumidor, mientras los veleros y yates recorren pausadamente la bahía. Aquí los visitantes compran a los seris sus artesanías, sobre todo esculturas de palofierro, que alcanzan buenos precios y tienen fama internacional. Frente al litoral de bahía Kino está el islote llamado Alcatraz, rico en guano, pues ese lugar es dormitorio de numerosas aves marinas que se posan sobre las rocas blanquizas.

Pasando la llamada costa de Hermosillo, donde se han abierto tierras al cultivo —principalmente de viñedos—, están Punta Baja, El Colorado, San Agustín, las playas de Tastiota, Algodones y San Carlos, este último convertido ahora en lugar turístico, con hoteles y condominios que dan a la playa y al mar, donde navegan barcos y yates de recreo. Es un lugar muy bello, situado entre las puntas de Paredones y San Guillermo, cercano a Miramar, una playa grande y arenosa conocida como playa de Cortés.

El puerto de Guaymas, llamado heroico, pues ha detenido varias veces las embestidas de piratas y traficantes que intentaron ocuparlo, está a escasos cuatro metros sobre el nivel del mar. El lugar es más bien plano y está inclinado de este a oeste. Cerca de Guaymas se hallan las serranías del Bacatete, Cerro Prieto, San José, San Pedro y Lista Blanca. Próximas a la costa y como empujando el puerto hacia el mar, se distinguen los cerros del Vigía, Tetas de Cabra y Santa Ursula. En la parte media, donde se encuentra el puerto, el litoral es montañoso; pero al norte y al sur empieza a descender suavemente hasta llegar a las playas bajas y arenosas. Frente a éstas y resaltando entre las brillantes aguas, se hallan las islas de San Pedro Nolasco, Lobos, Pájaros, Almagre, San Vicente y otras más pequeñas. La pesca es importante en su litoral; se recoge camarón, ostión, sierra, marlín, pez espada, totoaba, baya y pescados de varias clases. Tiene, además, plantas frigoríficas para conservarlas: de allí se distribuyen a los centros de consumo.

Enseguida la costa empieza a romperse. Entre esas entradas y salidas caprichosas se encuentra el estero de Huivulay, donde el arroyo Cocoraqui desemboca en el golfo de California.

Costeando hacia el sur, después de la punta Arboleda y el pequeño pueblo de Huatabampito, se abre imponente la boca de Santa Bárbara, donde muy protegido se halla el puerto de altura de Yavaros. Allí fondean barcos grandes que transportan granos, principalmente garbanzo y trigo, a otros países.

Enseguida encontramos Las Bocas y Basacori, cerca de Agiabampo, antes de topar con el límite entre los estados de Sinaloa y Sonora.

EL VALLE DEL YAQUI

Antes de que el río Yaqui desemboque en el estero de Santo Domingo, en el golfo de California, riega extensos terrenos que forman el Valle del Yaqui, de 450 mil hectáreas. (Una hectárea tiene 10 mil m², entonces podemos calcular lo grande que es este valle.)

Hacia el este y el norte lo limitan las estribaciones de la sierra Madre Occidental; al sur se extiende hasta el Valle del Mayo, y por el oeste lo cerca el golfo de California.

Antes de que el valle se abriera al cultivo, los yaquis vivían en la orilla derecha del río. Se dedicaban a la agricultura, para lo cual aprovechaban los desbordamientos del río. Era una agricultura de autoconsumo, es decir casi doméstica, que alcanzaba para alimentarse entre una y otra cosecha. Sembraban trigo, maíz, frijol y garbanzo. De ahí el conocido verso de:

Cajeme tan rico
donde hasta el más chico
tiene su tostón.
Pueblito tan manso,
frijol y garbanzo,
tú diste a Obregón.

Más tarde, el sonorenses Carlos Conant imaginaría un plan de riego, una forma de llevar el agua por medio de canales hasta esas tierras desoladas y pobres que han sido la manzana de la discordia entre yaquis y blancos —llamados yoris por los indígenas—. Gerardo Cornejo, un escritor nacido en Tarachi, en lo alto de la sierra, nos relata su visión del valle del Yaqui, cuando su padre llegó como colono a tierras de Cajeme: “Estaba claro que no habría paso atrás y que había que enfrentarse a aquel terrible desierto con toda decisión.

Y lo que siguió fue una hazaña de bravura y valor. Aquello no era sino un terrible páramo desértico salpicado de chaparral espinoso que consumía hombres y bestias de carga sin piedad. Cada hectárea exigía tres meses de duro trabajo, porque había que arrancar los mezquites desde la raíz y tumbar las pitahayas, echándose a correr después de cada hachazo para no ser alcanzados por las espinas que saltaban como avispas al impacto. La intrincada maraña de cactus de todas las especies imaginables se prendía en sus ropas rasgadas para hundirse en su carne negra. ¡Cuántas veces tuvieron que correr a auxiliar a alguien que había sido mordido por una cascabel [. . .] Platicaban de caballos que habiéndose quedado heridos a la ori-

lla de un canal, perecían en una sola noche chupados por millones de mosquitos.”

El clima es muy caluroso y seco. En los meses de julio, agosto y septiembre el termómetro ha llegado a marcar hasta 46 grados centígrados a la sombra. En cambio, en el invierno la temperatura baja mucho, sobre todo durante las noches.

Las lluvias de verano son escasas y escandalosas: muchos rayos y truenos, vientos huracanados y poca agua. En noviembre y diciembre llegan las equipatas, lluvias menudas pero persistentes, muy necesarias para la agricultura de la región.

Estas tierras ahora productivas, con capacidad para vender a otros países parte de sus cosechas, han sido causa de conflictos, primero entre yaquis y blancos; ahora entre ejidatarios y terratenientes.

EL VALLE DEL MAYO

Al sur del estado de Sonora, entre Huivulay —cercano a Ciudad Obregón— y Yavaros, se encuentra el Valle del Mayo, cuya ciudad principal es Navojoa. Este valle está regado por el río Mayo, que baja de la sierra. El río nace en Chihuahua, con el nombre de Moris, y descien- de hacia Sonora donde se le une el río Cedros, cuyas aguas alimentan la presa Mocúzari, antes de bajar al valle. A un lado del río está la ciudad de Álamos, conocida por sus famosas minas de plata. Después, el Mayo desemboca en el golfo de California, cerca de Tabaré y Etchoropo. Antes distribuye su caudal en ese distrito

de riego, es decir una de las regiones en que está dividido el estado en cuanto a la distribución del agua.

Es una valle muy poblado, pues las aguas de su río fecundan las tierras de San Ignacio, San Pedro, Bacobampo, Etchojoa, Tesia, Bamoa, Huatabampo, Moroncárit, Cahuirimpo y Bacabachi, que suman 45 mil has. Hay un sistema de canales que casi llega a la desembocadura del río en el golfo de California.

Es la región menos árida de Sonora; sin embargo no tiene bosques, aunque podemos encontrar mezquites, diferentes clases de cactus y vegetación propia de tierras secas. A la orilla de los ríos crecen unos arbutos llamados guásimas, que tienen propiedades medicinales. Habitan allí conejos, venados, zorras, coyotes, ardillas, liebres; también zopilotes, palomas, tecolotes y aguilillas que se dejan caer en picada sobre serpientes, coralillos y otros animales pequeños que puedan levantar en vuelo ascendente, hasta encontrar una roca o árbol donde devorarlos en paz.

“QUE DE DÓNDE, AMIGOS VENGO. . .”

¿Cómo es que estamos anclados aquí, en Sonora, hechos al calor del desierto, a la vida en las montañas; pescando en las costas, labrando la tierra donde se puede? ¿De dónde vendrán nuestras más remotas raíces?

Numerosas son las preguntas que los investigadores se han hecho al respecto y que han tenido respuesta en los últimos años. Sin embargo, al conocer más de cerca el pasado de

Sonora, surgen otros interrogantes que requieren de explicación. Especialmente sobre el origen de los primeros pobladores del territorio, de los cuales en la actualidad sobreviven algunos grupos: yaquis, seris, pápagos, pimas y otros.

La manera en que vivieron durante muchos siglos los habitantes de la zona desértica de Sonora, es una respuesta admirable de la adaptación humana a condiciones ambientales verdaderamente difíciles. Si pudieron sobrevivir, se debió a que poseían una organización social, aunque en algunos casos fuera muy elemental.

Durante 300 años y a través de muchas generaciones, los indígenas sonorenses han sabido defender su cultura, su territorio, su libertad y su dignidad. Sonora y todo el país deben admirar el valor de los indígenas del noroeste de México.

En algunos lugares del noroeste de Sonora, los grupos agricultores dejaron restos de la llamada cultura Trincheras. Estos sitios se localizan en el sistema que forman los ríos Magdalena, Concepción y Altar. Las ruinas se caracterizan por sus terrazas o fortificaciones hechas con muros de piedra, en las que a veces se encuentran junturas o uniones hechas de lodo. (A quienes las vieron más adelante, por primera vez, les parecieron construcciones con fines militares). También existen, asociados a estas trincheras, restos de cerámica de varios colores, montículos ovalados o circulares, empleo del adobe, agujeros utilizados para almacenar comestibles o usados como hornos. Acostumbraban enterrar a sus muertos en forma rígida o flexionada —encogida—, aunque también solían quemar los cadáveres.

Otro de los grupos sedentarios de esta región creó la cultura llamada Río Sonora. Aunque es vecina de la de Casas Grandes y en algunos casos se llegan a confundir, es una cultura diferente. Se localiza a lo largo del río Sonora. Se trata de pequeñas aldeas que tuvieron casas rectangulares con cimientos de piedra; sus habitantes utilizaban metates, molcajetes (morteros de piedra), hachas de piedra pulida, puntas de flechas y pipas de codo.

Acerca del río Sonora se ha escrito mucho, y hay quien señala que se puede narrar la historia de nuestro estado, tomando como punto de referencia este río. De él se dice que entró muy temprano en la historia, pues fue donde se reunieron los españoles sobrevivientes de una expedición por el golfo de México, que después de cruzar de este a oeste el norte del país se encontraron allí con otros exploradores españoles.

También hay ruinas en Moctezuma, Nácori Chico, Bacadéhuachi, Sahuaripa, Naco, Fronteras, Cananea y Agua Prieta.

Además, se han encontrado habitaciones construidas dentro de cavernas en Bavispe, Bacerac y Huachinera, muy parecidas a las de los tarahumaras de Chihuahua, y restos de metates, molcajetes, puntas de flecha y pedazos de vasijas de color gris y rojo.

Ya en plena sierra Madre Occidental se han encontrado ruinas de pueblos, algunos amurallados. También en Granados y en Caborca hay rocas con dibujos, llamados petroglifos.

Los dibujos que representan figuras humanas son muy simples, pues los pies y las manos

ITINERARIO

están formados por tres rayas, como si fueran patas de pájaro. Los círculos concéntricos y otros dibujos en rojo y negro casi son idénticos a los que se han hallado pintados sobre rocas en Nuevo México y Arizona.

Y no sólo eso. Se descubrieron momias cerca de Yécora y Soyopa, y un esqueleto humano completamente petrificado, sepultado a una gran profundidad bajo una roca localizada en la sierra de Santa Teresa.

Todos estos testimonios indican que desde hace muchos miles de años, el hombre ha habitado estas tierras.

No se puede decir que todos los grupos que habitaron Sonora tenían el mismo nivel cultural o desarrollaban las mismas actividades. Mientras algunos eran cazadores y recolectores, otros eran agricultores sedentarios. Si había quienes construían con varas y ramas, también hubo otros que edificaron verdaderos pueblos dentro de los cuales podían vivir numerosas personas. Lo mismo se puede decir de sus conocimientos, ya que si en algunas partes fabricaban cerámica muy elaborada y herramientas bien hechas, en otras carecían de estos conocimientos.

Pero en general, quienes vivían en las regiones semiáridas y que formaron la cultura del desierto siguieron siendo cazadores, recolectores y pescadores, con muy pocos instrumentos para trabajar, atacar o defenderse.

Los restos de los materiales de los antiguos pobladores de Sonora abundan en muchas partes. A través de su estudio, se sabe que tenían intercambios con los grupos del suroeste de los

Estados Unidos de América, de Chihuahua y de Sinaloa, y que en tiempos posteriores también lo hacían con los pueblos mesoamericanos del centro y sur del país.

En lo que toca a las creencias religiosas, estos grupos suponían que el mundo se había creado en varios periodos. Pensaban que existían seres sobrenaturales controladores de lluvias y secas, serpientes asociadas a manantiales y otras fuentes de agua, también creían en la existencia de seres —hombres y mujeres— relacionados de alguna manera con las estrellas.

Había un sacerdote que era adivino, curaba enfermedades y, según se decía, controlaba el clima. Para esto se organizaban ceremonias donde grupos de hombres y mujeres bailaban toda la noche. También curaban ayudándose de una ceremonia en la cual se utilizaban dibujos hechos en el suelo, bebidas y máscaras.

Restos de estas culturas se han encontrado principalmente en las orillas de los ríos, en donde se asentaron grupos de población para asegurarse el suministro de agua.

LOS PÁPAGOS

Cuando se fijó la frontera entre Estados Unidos y la República Mexicana, el territorio pápago se dividió: unos quedaron en Arizona, Estados Unidos y otros en Sonora, México. Los de aquel lado hablan pápago e inglés; los de acá, pápago y español.

Margarita Nolasco, una antropóloga que ha estudiado la vida de este grupo, dice:

“El área ocupada por los pápagos correspon-

de a la parte sur del desierto Sonora-Arizona, el segundo en el mundo en lo que respecta a resequeidad y aridez. En el verano, cuando corren los ríos que bajan de la sierra, el desierto florece en forma exuberante [...] los sahuaros parecen florecer, los chaparros mezquites dan péchita, la pitahaya cae madura sobre el árido suelo; es decir, el desierto vive en verano y ofrece sus recursos naturales al hombre. En esta época es posible sembrar algo en algunas partes; en otras, los manchones de matorral espinoso del desierto proporcionan cierto alimento para el ganado, y en todos lados es posible la recolección de los frutos, las semillas y las raíces silvestres, la caza de algunos animales, como la liebre, el bura o el cola blanca, o la recolección de insectos.

Sin embargo, los pocos recursos que se ofrecen al hombre en el desierto no permiten grandes concentraciones humanas; así, sólo es posible que vivan en él esparcidos y recorran de un lado a otro el desierto para aprovecharlo totalmente en la época adecuada. Desde hace mucho los pápagos han sabido dónde estaban los bosques de sahuaro y los matorrales más tupidos, y hacia ellos se han dirigido para aprovechar al máximo esta época de florecimiento; después suelen regresar a sus poblados y sembrar sus pequeñas parcelas que les proporcionan algún alimento más. El resto del año viven de la caza y de la recolección de las pocas hierbas comestibles de invierno, de los insectos, o de lo que les ha quedado de la cosecha y de los pocos productos que pueden conservar

y almacenar por un tiempo: semilla de péchita, jalea de pitahaya, etcétera.”

Como vemos, el principal problema ha sido conseguir alimento. Si se mueven de un lugar a otro, si no pueden establecerse definitivamente en un sitio, es por la necesidad de conseguir comida.

Se cree que los pápagos descenden de los hohokan, que vivían en el desierto no se sabe desde cuándo. Eran un grupo de familias nómadas que se fueron asentando en un lugar. Esto se debe a que aprendieron a conservar algunas semillas de las que recogían en el campo y porque encontraron abasto de agua más o menos permanente. Todavía hoy existen tres depósitos de agua que casi nunca se secan.

Otra poderosa razón para que los hohokan se quedaran fue quizá que comenzaron a practicar una agricultura que, aunque incipiente, los ayudó a resolver el problema de la alimentación. Así las familias pueden crecer, reunirse y cultivar en común la tierra, o juntarse para ocupar un solar con diversas casas, según muestran los restos arqueológicos encontrados.

Más tarde los pápagos descendientes de esta familia usarían pequeños canales para regar sus siembras de maíz, algodón, calabaza y frijol.

Sus poblados y pequeñas rancherías estaban separados unos de otros, las casas eran pequeñas y estaban semienterradas, quizá para que fueran más frescas. Tenían techos de arco o planos y les llamaban *juquis*.

En la actualidad los pápagos —reducida su población sonorenses a sólo 450 individuos—,

ITINERARIO

habitan casas con paredes de adobe o de carri-
zo, techos de zacate o paja cubiertos de barro,
con un ligero declive. La pieza destinada a dor-
mitorio suele estar separada de la cocina por
medio de un pasillo angosto, con dos puertas.
El piso es de tierra.

Los muebles que usan los pápagos son rús-
ticos y escasos: una cama hecha de varas o ca-
rriños para el jefe de la familia y pieles de
animales que sirven de cama para el resto de
la familia. Tienen también mesas, sillas, ban-
cos de madera, cajones y percheros. En algunas
casas hay catres de fierro o latón y máquinas
de coser. Hasta la fecha siguen compitiendo en
cantos y danzas con los grupos indígenas veci-
nos. Conservan una ceremonia de purificación
de los alimentos, que según sus creencias, tam-
bién sirve para alejar el mal. Todavía se fer-
menta la fruta del sahuaro para hacer licor, y
se bebe y se canta para atraer el agua. Durante
la ceremonia de la lluvia se canta:

Dentro del monte Quijotoa
hay un estremecimiento;
el agua del océano allí dentro
está temblando.

LOS PIMAS

En la sierra de Sahuaripa y en las cañadas
que forman el río Yaqui, han vivido los pimas,
tan mezclados con otros grupos que los últimos
censos de población no dicen nada de ellos.
Las rancherías pimas se encuentran en los mu-
nicipios de Soyopa, Ures, Batuc y Onavas.

El paisaje es de sierra. Abundan los pinos, ailes y oyameles. Es frecuente encontrar tigriillos, onzas, venados, jabalíes y aves silvestres. “Y entre el pedregal de los cerros, cercana a la humedad de las barrancas se arrastra la tortuga, buen platillo si se guisa con maestría, con papas y abundante pimienta, mientras que el camaleón de collar, color de tierra, color de hierba, resopla inflando el pescuezo, escudado en su mimetismo ancestral”.

Los pimas son respetuosos y hospitalarios. Cuidan de la limpieza de su persona con lo cual reducen el número de enfermedades. Sin embargo, aún padecen el paludismo y enfermedades del aparato digestivo. Se curan con medicinas modernas, pero también lo hacen con hierbas medicinales, y a veces recurren al curandero.

Recordemos las dos regiones ocupadas por los pimas: la Pimería Alta, que abarcaba parte del estado de Arizona y el norte y noroeste de Sonora, y la Pimería Baja, en las regiones del sur y sureste de nuestro estado. En esta última zona es donde subsisten como grupo, pues la del norte se ha mezclado totalmente.

Los pimas se alimentan de maíz, frijol, chile, papas, trigo y frutas silvestres, les gusta el atole y el champurro, un atole con chocolate endulzado con panocha. También toman café. Pero la bebida que preparan para las fiestas es el tesgüino, hecho con maíz fermentado y endulzado.

Los hombres visten pantalón y camisola de mezclilla, sombrero de palma y zapatos. La mujer casi siempre lleva falda y blusa de algodón

floreado y sólo usa zapatos en día de fiesta o en ocasiones especiales.

Sus casas son bastante sencillas: dos piezas hechas de adobe o piedra pegada con “zoquete” (lodo). Hay también chozas hechas de varas de ocotillo o de madera. A veces varias familias comparten un mismo patio. El mobiliario consta de bancos, una mesa, un catre sobre bancos de madera y otros hechos de varas. En la cocina casi siempre hay un hornillo de adobe y un horcón de tres palos para colocar la olla del agua, hecha de barro para conservarla fresca. Usan también bateas de madera, ollas y jícaras.

En semana santa mezclan la religión católica y sus costumbres indígenas. Los muchachos se ponen máscaras y recorren el pueblo cantando y haciendo gestos, acompañados por los músicos. En la escuela celebran las fiestas patrias con desfiles y discursos.

Una ocupación fascinante sigue siendo la de buscar oro. Algunos lo hacen en los lechos de los ríos; para eso utilizan una charola plana y grande, en donde ponen la arena que se supone contiene pepitas de oro. Le echan un poco de agua y empiezan a moverla suavemente, de manera que por su peso se separe la arena de las pepitas. A eso se le llama gambusear y a quienes lo hacen se les conoce como gambusinos.

Los pimas también tienen otra manera de buscar oro: en un patio bien aplanado depositan montones de tierra, la pasan por un cernidor fino, y por medio de un saco de lona que utilizan como fuelle, soplan y eliminan el polvo inútil hasta que se asientan las arenitas de oro.

Cada familia es dueña de varias cabezas de ganado mayor (vacas, burros, caballos, borregos), que engordan para venderlos en los pueblos de la región.

Cuando levantan su cosecha, en noviembre o diciembre, hacen una fiesta que llaman Yúmari. Entonces beben tesguino y comen carne cocida envuelta en unas grandes tortillas de harina de trigo. A todo alimento enrollado en esas tortillas les llaman “burros”.

En esa fiesta del Yúmari no debe faltar música. Para eso contratan un conjunto formado de tambor, violín y guitarra. Además hay cantores que cantan en su lengua indígena. Después del banquete bailan hasta que ya no pueden más.

Para sus tareas en el campo y en la casa usan arados de madera, palos, azadones, harras, mazos, cuchillos, lezas, agujas y cernidores.

Para cocer sus piezas de cerámica, emplean hornos apropiados.

Entre los pimas la autoridad máxima en la familia es la del padre. Sus órdenes no se discuten, se obedecen, aunque no son particularmente dominantes ni autoritarios.

Los pimas observan, hasta donde es posible, las leyes que rigen el estado. Sin embargo ellos nombran un gobernador propio —siempre es un anciano—, quien durante dos años aconseja a las autoridades del municipio.

Los pimas de más edad guardan y transmiten las tradiciones, leyendas y costumbres del grupo. Ellos cuentan que sus antepasados adoraban al sol y a los animales, principalmente al co-

ITINERARIO

yote, porque creían que era hijo del sol y la luna.

Viven a la intemperie. Para defenderse del sol hacen un pequeño refugio con varas de ocotillo y ramas de gobernadora, todo provisional, pues han de abandonarlo pronto, cuando se trasladan a otro lugar.

No tienen muebles, sólo una caja de madera donde guardan algunos anzuelos, un cuchillo y polvos de colores.

De noviembre a enero los hombres se dedican a la pesca y cuando hay pitahayas las juntan para hacer una miel espesa y oscura que, según dicen, es muy alimenticia. Si algo de miel les sobra, la venden en bahía Kino.

Cuando un miembro del grupo quiere casarse, todos deben estar de acuerdo. La madre de la novia es la más importante, sobre todo porque ella tiene la autoridad dentro de la familia. El pretendiente hace visitas frecuentes a la casa y lleva regalos a la futura suegra. Con ella habla, platica y planea el matrimonio. Con la novia no cruza palabra.

Hay que pagar un precio por la mujer: un rifle o cualquier otro objeto que ellos consideran de valor. Esto hace que los jóvenes seris se casen después de los 25 años, por lo cual el grupo de seris no crece tan rápidamente como los otros. Entre ellos hay muchos que jamás se casan.

La ceremonia del matrimonio es muy sencilla: la tribu se reúne con su gobernador, que es el más diestro en la caza o en la pesca. Si todos están de acuerdo, les dice a los novios que ya están casados. Eso es todo.

El mes de mayo es la fiesta de la pesca de

la caguama y el mes de julio por la recolección de la pitahaya. Entonces bailan sobre una concha de tortuga al compás de una música monótona. En la cabeza se colocan una corona de carizo y unas orejas de coyote y se apoyan en un bastón largo adornado con listones de colores. Toman bebidas fermentadas que ellos mismos fabrican. La fiesta dura toda la noche, entre bailes y cantos.

A una isla cercana mandan a quienes han cometido algún delito leve; esa es su prisión. Quienes son acusados de delitos mayores pagan con su vida la falta.

Antes, los seris se dedicaban a la guerra. Ahora pasan en canoas el difícil canal del Infiernillo (por algo lleva ese nombre) para ir a Bahía Kino, a Punta Chueca o al Desemboque. Allí venden esculturas de palofierro o de conchas, collares de semillas, caracoles y miel de pitahaya. Jamás proponen sus mercancías, simplemente las exponen y el cliente llega a comprarlas.

Hablan seri, español, y algunas palabras en inglés, las indispensables para decir el precio de sus mercancías.

Ya no acostumbran, como antes, colocar los cadáveres envueltos en pieles en lo alto de los sahuaros, para que allí se sequen. Ahora los entierran junto con sus conchas, alimentos y objetos de uso personal. Los familiares del muerto se pintan la cara con ceniza y lloran.

Los seris veneran a un dios del centro de la Tierra, de los cerros y a algunos animales. Temen a los rayos y a las tormentas, porque creen que es señal de que los dioses están enojados.

LOS YAQUIS

Los yaquis han vivido, y viven aún, en los márgenes del río que le da nombre al valle: el río Yaqui. Es el más grande, el que tiene más afluentes a medida que baja de la sierra y el que alimenta tres presas importantes: La Angostura, El Novillo y Álvaro Obregón u Oviáchic.

Se desconoce el origen de los yaquis, aunque se cree que son uno de los grupos que se quedaron rezagados cuando ocurrió la gran peregrinación del norte, ocurrida hace miles de años y que siguiendo el curso del río, se desviaron hacia el oeste.

Se piensa que desde entonces la tribu estuvo compuesta por ocho grupos, cada uno de los cuales tenía un animal como su tótem —representación del mismo que en algunos pueblos antiguos se considera como emblema de una tribu o familia y al cual, a veces, se le rinde culto.

Cada uno de los ocho grupos formó un pueblo: Bácum (agua estancada); Rahúm (lugar del arrastrado); Benaléi, que algunos llaman Belén (cuesta abajo); Cócorit (chile); Güiribis (pájaro); Torin (rata); Vícam (punta de flecha), y Pótam (topo o tuza).

Los yaquis fueron la tribu más numerosa, más unida y batalladora de cuantos grupos poblaban la costa del golfo de California y aun más al este. Aunque los grupos eran independientes entre sí, estaban muy ligados por el lenguaje, creencias, costumbres e intereses. Cada uno de ellos tenía su cacique principal. Por otra parte, en cada grupo iba organizándose una especie de casta militar formada por los guerre-

ros más distinguidos. Contaban asimismo con el conjunto de sacerdotes, integrado por los hechiceros encargados del culto a los dioses, juegos, fiestas y danzas. Todo esto iba fortaleciendo a los yaquis como grupo, porque participaban en esas celebraciones no por diversión, sino para rendir comunitariamente culto a sus dioses. Adoraban a los astros, de quienes pensaban que eran las divinidades responsables del origen de la lluvia, la tormenta, los rayos y la fertilidad.

Los guerreros usaban arco y flecha, macana y escudo. Como símbolo de su rango, los caciques y los capitanes se adornaban con sargas de conchas, brazaletes y collares, más una cinta de piel de venado con plumas de águila incrustadas, que se ataban en la frente.

Los yaquis se consideran independientes de cualquier otro gobierno que no sea el suyo. Para eso han dictado leyes que son obedecidas y respetadas. Un capitán general es el jefe mayor, pero gobierna de acuerdo con su consejo formado por los gobernadores de los ocho pueblos. En realidad, quien manda es el consejo, pues tiene poder para quitar al capitán general, si éste no se ajusta estrictamente a las leyes; además somete a juicio a los que cometen delitos. Si éstos son graves, como la traición y el homicidio, se castigan con la muerte; si el delito es menor, todo se reduce a algunos azotes. En todo caso el acusado tiene oportunidad de hablar y defenderse.

Actualmente, los yaquis consumen a menudo platillos de carne, como el llamado guaca-poponi, guiso de carne de res machacada y frita, y el guaca-vaqui, una especie de puchero de carne

ITINERARIO

cocida con garbanzo, arroz o trigo. Nunca faltan los frijoles acompañados con tortillas de maíz o de trigo, ni el café negro bien caliente, bueno contra el calor.

Los yaquis acostumbran beber mezcal y sotol. Suelen agregarle alumbre a estas bebidas; los comerciantes llaman “tumbayaqui” a esta mezcla.

Ahora los yaquis se visten como los campesinos de la región: camiseta y calzoncillos, pantalones de dril, chaqueta de mezclilla, zapatos o huaraches y sombrero de palma a veces adornado con un listón rojo o plumas.

Los yaquis son estupendos bailarines. En las ceremonias religiosas, en los funerales y en cualquier otra celebración bailan La Pascola y El Venado.

La Pascola se baila al son del arpa y del violín. Para esto tres hombres se ponen máscaras con barbas. “Van desnudos de la cintura para arriba y de su cuello cuelgan collares; entre las piernas llevan una cobija sostenida por un cinturón con cascabeles y patas de venado. En las pantorrillas unos capullos de orugas secas que suenan al paso del danzante; la música es dulce, con acentos y ritmos orientales. El arpa y el violín ceden su lugar al tamborcillo y al pito de carrizo. Los danzantes se mueven con pasos complicados, sacuden el busto [...] se ponen encorvados hasta alcanzar la tierra con las manos, sacuden sus sonajas y suspenden un momento la danza para respirar un poco, momento que aprovechan para entablar diálogos ingeniosos y de doble sentido.

La danza de El Venado se baila al compás

de los mismos instrumentos que emplean en La Pascola. Es en realidad esta danza un episodio de la cacería. La perfecta imitación de los movimientos de la bestia perseguida, motiva el aplauso de la concurrencia. El atavío de los danzantes de El Venado es muy semejante al que llevan en La Pascola; en ocasiones los bailarines atan a su cabeza una de venado disecado”.

En sus grandes extensiones de tierra cultivables, los yaquis siembran principalmente trigo, del que levantan muy buenas cosechas. También siembran maíz, frijol y garbanzo con muy buenos resultados, ahora que el trabajo se les facilita con el uso de arados de fierro, sembradoras, segadoras y tractores.

Los yaquis celebran fiestas en semana santa, el día de muertos, el 12 de noviembre, y la del santo patrono de cada pueblo. En ellas danzan y rezan. A veces también se festeja con partidos de futbol; porque los yaquis son buenos deportistas.

LOS MAYOS

Las tierras que ocupan los mayos comprenden los municipios de Navojoa, Etchojoa, Huatabampo, Álamos, Quiriego y Rosario, al sur-este del estado de Sonora. Viven a orillas del río Mayo, en un valle grande y en las primeras estribaciones de las sierras de Álamos y Baroyeca.

El río Mayo nace en el estado de Chihuahua y baja por la sierra de este a oeste. Aprovechando que en tiempo de lluvias crece muchísimo, su caudal ha sido canalizado en la parte plana

ITINERARIO

al sur de Ciudad Obregón y en los terrenos de Tesia y San Ignacio. Sin embargo también hay grandes extensiones de tierra de temporal.

Se supone que los mayos son otro grupo de los que se quedaron rezagados en tierras de Sonora cuando se realizó la gran emigración hacia el sur. El grupo mayo se dividió en varias ramas: tepehuis, macoyahuis, conicarís y otros. Todos hablaban y hablan el mismo idioma, aunque actualmente hay cada vez más individuos que hablan español.

Los mayos están organizados como los yaquis. Tienen las mismas creencias religiosas, costumbres y forma de vivir. Por algo comparten el mismo clima y tienen las mismas ocupaciones, tipo de vestido y alimentación.

Siembran trigo, garbanzo y maíz, principalmente. También crían gallinas y puercos. Todos procuran tener algunas vacas, mulas y caballos.

Los mayos prefieren comer carne seca y asada, también gustan del guaca-vaqui, como los yaquis. Consumen una bebida llamada bacanora, aunque también toman cerveza.

Su vestido es igual que el del yaqui, así como las casas, con su portal que sirve de comedor y dormitorio en el caluroso verano. En el invierno comen y duermen en la cocina.

La mujer y los hijos trabajan también en el campo, ayudando al padre. En la casa ellas tejen sarapes y ellos fabrican muebles, petates de carrizo y de palma y, sobre todo, sombreros de muy buena calidad.

En la familia se reconoce la autoridad del padre, y a falta de éste, la del hijo mayor, si ya tiene edad para eso. Los padres son cariñosos con los hijos, a quienes tratan muy bien; les

exigen que trabajen desde pequeños con lo cual siguen el ejemplo de los mayores.

Cuando un joven piensa casarse lo consulta con sus padres y procura que estén de acuerdo con él en la elección de la novia, en la petición de matrimonio y en todos los pormenores de la boda.

Celebran las fiestas religiosas con rosarios, misas, fuegos artificiales, abundante comida y bebida, carreras de caballos con apuestas y danzas de La Pascola, El Venado y El Coyote.

Cuando se celebran las fiestas del venado se organizan las cacerías llamadas arriadas o aventadas. Los hombres a caballo o a pie, se acercan a la orilla del mar o de alguna laguna para esperar a los animales que los demás vienen arreando desde los montes. Cuando los venados están a la vista, los persiguen con los caballos y lanzan fuertes gritos hasta hacerlos que se arrojen al mar o a la laguna. Así es más fácil cazarlos.

Los mayos entierran a sus muertos envueltos en petates. Después de que alguien muere se le pone ropa limpia o nueva y se le tiende en medio del jacal. En cada esquina del petate se coloca una vela. Amigos, familiares y vecinos se juntan para velar al muerto. Consumen mucho café, bacanora y cigarrillos. Velan toda la noche entre tristes canciones, acompañados de un violín y un tambor. Si el muerto se distinguió por algo, bailan incansablemente La Pascola. Sobre la tumba dejan agua y algunos comestibles que le servirán al muerto para su largo viaje.

FIN DEL VUELO

El águila abate el vuelo y se posa en tierra. El vuelo y la mirada aguilina nos dejaron ver la naturaleza de Sonora. La observación a través del tiempo, obliga a reconocer y admirar a todos los hombres y mujeres que, con tenacidad y perseverancia, transformaron el panorama de esta tierra y le ganaron la batalla al desierto.

Aún queda mucho por realizar y mejorar. Cuidar de la naturaleza y aprovecharla sabiamente, para que nos brinde sus frutos. Y aunar esfuerzos para que todos los sonorenses tengan trabajo, alimentos, educación, servicios médicos, electricidad, agua potable, drenaje, protección social y diversiones.

Al mirar atrás, nos queda la certeza de que el empeño demostrado continuará.

ÍNDICE

Prólogo	7
Armida de la Vara y Robles, Alfonso Iberri	12
Canto rodado	17
La creciente	55
Josefa Ortiz de Domínguez	147
Mis amigos los pájaros	199
El tornaviaje	221
Sonora, vientos prósperos sobre el desierto	247

Itinerario de Armida de la
Vara, se terminó de imprimir el día 25 de junio de 1985, en los talleres de Imprenta Madero, S. A. Avena 102, la edición consta de 2 000 ejemplares. La coordinación técnica editorial estuvo a cargo de Servando Morales.

PUBLICACIONES DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE SONORA
1979-1985

1. Horacio Sobarzo: *Crónica de la aventura de Raousset "Boulbon en Sonora.*
2. José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo: *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida*, 2ª edición corregida.
3. Álvaro Obregón: *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), 2ª edición corregida.
4. Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios: *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional.*
5. Juan Antonio Ruibal Corella: *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota.*
6. Juan de Dios Bojórquez: *Crónica del Constituyente.*
7. Armando Quijada Hernández: *Sonora, génesis de su soberanía.*
8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta* (transcripción y comentarios de Roberto Guzmán Esparza).
9. Charles W. Polzer: *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta*, 2ª edición corregida.
10. Ramón Corral: *Obras históricas.*
11. Cuauhtémoc L. Terán: *Jesús García, héroe de Nacozari.*
12. Antonio G. Rivera: *La Revolución en Sonora.*
13. Carlos Moncada: *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta.*
14. Horacio Sobarzo: *Crónicas biográficas.*
15. Alfonso Iberri: *El viejo Guaymas.*
16. Agustín A. Zamora: *La Cohetera, mi barrio.*
17. Gerardo Cornejo: *La sierra y el viento.*
18. Juan Antonio Ruibal Corella: *Los tiempos de Salvador Alvarado.*
19. Francisco P. Troncoso: *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo I.
20. Francisco P. Troncoso: *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo II.
21. Arthur Woodward: *Misiones del norte de Sonora.*
22. Alberto Francisco Pradeau: *Sonora y sus casas de moneda. Álamos y Hermosillo.*
23. Jorge Russek: *Sonora.*
24. Francisco R. Almada: *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses.*

25. Palemón Zavala: *Perfiles de Sonora*.
26. Ignacio Pfefferkorn: *Descripción de la provincia de Sonora*, libro I (traducción de Armando Hopkins Durazo).
27. Ignacio Pfefferkorn: *Descripción de la provincia de Sonora*, libro II (traducción de Armando Hopkins Durazo).
28. Gerardo Cornejo: *El solar de los silencios*.
29. Roberto Acosta: *Apuntes históricos sonorenses*.
30. Carlos Moncada: *30 años en esto*.
31. Manuel R. Uruchurtu: *Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900)*.
32. Gilberto Escobosa Gámez: *Crónicas, cuentos y leyendas*.
33. Louis Lejeune: *La guerra apache en Sonora* (traducción de Michel Antochiw).
34. Horacio Sobarzo: *Vocabulario Sonorense*.
35. *Temas sonorenses a través de los simposios de historia*.
36. Eduardo W. Villa: *Historia del estado Sonora*.
37. Juan Mateo Mange: *Diario de las exploraciones en Sonora/Luz de tierra incógnita*.
38. Andrés Perez de Rivas: *Páginas para la historia de Sonora/Triunfos de Nuestra Santa Fe, tomo I*.
39. Andrés Perez de Rivas: *Páginas para la historia de Sonora/Triunfos de Nuestra Santa Fe, tomo II*.
40. José Francisco Velasco: *Noticias estadísticas de Sonora (1850)*.
41. Ignacio Zúñiga: *Rápida Ojeada al Estado de Sonora (1835)*.
42. Manuel Baldás / Fortunato Hernández: *Crónicas de la Guerra del yaqui*.

Publicaciones del
Gobierno del Estado
de Sonora 1979-1985